

PUNTO

ROJO

B&B



ASESINATO CON PREMIO

clark carrados

CLARK CARRADOS

**ASESINATO
CON PREMIO**

1.ª EDICIÓN
MAYO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 6.990 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1266/63

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

762 — La carta del muerto. 792 — Carrera de sangre. 802 — Hombre de pistola.

En Colección SERVICIO SECRETO:

653 — Lanzados al infierno. 656 — Secreto de Estado. 663 — Atraco imperfecto.

En Colección BUFALO:

438 — Capitán Fracaso. 479 — La puerta de los ahorcados. 490 — La emboscada.

En Colección SALVAJE TEXAS:

297 — El juez Damas. 307 — La vuelta del yanqui. 336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:

302 — Encaje de revólveres. 332 — La jauría. 340. — Matanza en Arroyo Loco.

En Colección COLORADO:

106 — ¡Bandidos! 228 — Seis al infierno. 289 — Río satánico.

En Colección KANSAS:

221 — La séptima estrella. 229 — El tercer *sheriff*. 346 — La herradura mellada.

En Colección PUNTO ROJO:

43 — Retrato en rojo. 51 — Trece a la mesa.

En Colección BRAVO OESTE:

82 — Savia roja. 98 — Alias el perezoso. 114 — La mecha y el barril.



ASESNATO. CON PREMIO

por **CLARK CARRADOS**

CAPÍTULO PRIMERO

Los expertos suelen decir que el arte del buen fotógrafo consiste en elegir el tema, más que en el manejo propio de la cámara. Naturalmente, esto influye también en una buena fotografía, pero si el tema vale la pena, la marca de cámara y la película utilizada quedan relegadas a un segundo lugar, muy discreto.

Y los temas suelen hallarse en todas partes. Tomemos, por ejemplo, lo que se ve desde los ventanales de mi estudio. Tejados y azoteas, chimeneas y respiraderos; a lo lejos, sumida en una perpetua semineblina, la cinta plateada del Oyster, cruzada por dos puentes, uno de cemento armado y otro colgante; a mi derecha, las empinadas agujas pseudogóticas de la St. John's Church; al frente, el grupo de rascacielos de la *Merchandise General, Co.*, y a mi izquierda, la alta y delgada torre, rematada en un bulbo cebollesco estilo ruso, de la emisora local de T.V., todo ello, amén de unas cuantas chimeneas de fábrica y algunos accidentes urbanos más sin importancia, como, por ejemplo, la masa arbolada de Jefferson Park y la apenas visible cúpula del City Auditorium, que es, al mismo tiempo, Palacio de los Deportes.

Bien, he aquí un paisaje urbano para fotografiar cuando se trata de optar a un premio, enlazándolo con el esfumado fondo de las «Grays Mountains» y la llanura intermedia entre la ciudad y las mismas. Uno puede fotografiar temas inmediatos, mediados o lejanos, empleando, naturalmente, la película adecuada, el objetivo correcto y la velocidad de obturador ajustada. Según el tiempo, puede usar también el filtro amarillo, amarillo fuerte, verde claro u oscuro, naranja o rojo; y también puede acoplar un teleobjetivo a la cámara para retratar escenas lejanas que interesa aparezcan cercanas. Hay infinidad de trucos para utilizar con una cámara, sobre todo, cuando se trata de optar al premio anual de 5000 dólares, que disciernen a un tiempo la Cámara de Comercio local y

la *Haffner Photograph Company, Inc.* Hay, además, una infinidad de premios, pero yo soy un cínico y las «hueveritas» de fingida plata y las chapas grabadas con una dedicatoria, en la cual consta se ha ganado el séptimo premio, pongamos, por ejemplo, no me han agradado nunca. Mi divisa es la del Borgia. *Aut Caesar, aut nihil.* O César o nada. César en el sentido de emperador, jefe gordo, mandamás o como quiera llamársele. O los 5000 dólares o nada, porque si esperaban que me presentase a recoger el séptimo premio, se iban a aburrir largo rato.

Había temas, por supuesto. ¿Un contraluz a mediodía, con el ya fuerte sol de la primavera? ¿La neblina de la mañana? ¿O la luz dorada y gloriosa del crepúsculo, sobre los tejados de la ciudad?

De repente, me animé mucho. Tres azoteas más allá, y cinco metros más abajo, es decir, a un nivel inferior al de mi estudio, había ya una anticipada devota del verano tomando el sol, sobre una toalla roja, en un rincón de su azotea. La chica vestía —es un decir— un minúsculo dos piezas del mismo color que la toalla, y tenía un tipo fantástico. Como las que a mí —y a usted también, ¡que diablos!— me gustan.

Busqué el teleobjetivo y lo acoplé a la cámara. Era una morena espeluznante, y merecía la pena guardar un buen recuerdo de ella. Gradué bien la distancia, luz, velocidad y demás zarandajas, tomé el foco correcto, pulsé el obturador, sonó un ¡click! y la foto estuvo hecha.

Pareció como si la morena hubiese escuchado el ruidito del obturador, porque casi en el acto se sentó en el suelo. Alargó un brazo de fascinante morbidez y tomó un cigarrillo de una cajetilla situada al lado de la toalla, colocándoselo entre los labios. Prendió, un mechero y aspiró el humo con evidente placer, ignorante de que era la causa de que un sujeto joven y no mal parecido se hubiese olvidado por completo del concurso fotográfico al cual pensaba acudir.

Tomé varias fotografías de la mujer, sin que ella se percatase de mi acción. Al cabo, la morena se puso en pie y, después de tirar el cigarrillo a un rincón, ejecutó varias flexiones gimnásticas, que provocaron en mi boca una repentina sequedad. Estuvo así cosa de cinco minutos, al cabo de los cuales recogió sus cosas, se envolvió en la toalla y, caminando con la gracia de una pantera, se dirigió a

la puerta que conducía a la salida de la azotea. Desapareció, y lancé un suspiro de resignación.

En aquel momento, una nube muy gorda, panzuda, oscura, se acercó al sol. Empecé a buscar el mejor modo de aprovechar los efectos de luz y sombra que se iban a producir a continuación. Entonces me di cuenta de que la puerta de la azotea citada volvía a abrirse.

Una mujer salió corriendo por la misma. No era la morena de antes, sino una pelirroja algo madurita ya, a juzgar por lo poco que podía ver desde mi estudio. Casi al mismo tiempo, salió un hombre detrás de ella.

El hombre la alcanzó. Ella trató de rechazarle con ambas manos. «Disputas de enamorados», pensé yo, mientras me aprestaba a disparar el obturador para conseguir un singular efecto de sol, nubes, sombras, tejados y azoteas. Lo hice así, y cuando terminé, vi que la pelirroja y el sujeto rodaban por el suelo, confundidos en estrecho abrazo.

«¡Qué sinvergüenzas!», pensé, mientras me retiraba, todo ofendido, al interior de mi vivienda. Pasé a mi laboratorio particular, instalado por mi cuenta en el cuarto de baño, éste ligeramente ampliado, de acuerdo con el dueño de la casa, y empecé a realizar las operaciones tendentes al revelado y positivado de las pruebas obtenidas.

Tiempo después, las fotografías estaban en el secador. Examiné las de la morenaza; habían quedado fantásticas. Luego contemplé detenidamente las que pensaba enviar al concurso fotográfico; el contraste de luces y sombras sobre los tejados había resultado muy bien. Mientras terminaba de secarse, pasé a mi despacho, en donde preparé un sobre para enviarla a la *Haffner Photograph*.

Después tomé un ligero refrigerio, regado con una cerveza bien fría. Encendí un cigarrillo, y pasé de nuevo al laboratorio. Las fotografías del concurso ya estaban secas. Dado el tema de que trataba, juzgué oportuno emplear blanco y negro; un conjunto de rayos de sol, nubes sombrías y tejados no es el más apropiado para usar película de color.

Llevé las tres pruebas obtenidas y estuve examinándolas, a fin de decidir cuál de ellas era la que había quedado mejor. Al fin me decidí por una de ellas. La metí en el sobre, pegué la goma y

empecé a vestirme para salir a la calle, después de haber dejado las anteriores fotografías, junto con las de la morena del «bikini» rojo, en el interior de una carpeta.

Era ya de noche, las diez, más o menos, cuando regresaba a mi casa, después de haber cenado a gusto y contemplado una película policíaca en un cine de las inmediaciones. Al llegar cerca de casa oí a un vendedor de periódicos pregonar su mercancía a grito limpio.

Acuciado por la curiosidad, compré un ejemplar. Los titulares eran escandalosos.

HERMOSA PELIRROJA APUÑALADA EN UNA AZOTEA

Se desconoce la identidad del asesino, así como sus motivos, aunque no se descartan los celos como móvil del crimen. La mujer muerta se llamaba Helen Mac Drake, y anteriormente había sido artista de «music-hall». En la actualidad, estaba empleada como secretaria...

No leí durante mucho rato. Una repentina sospecha acababa de asaltar mi mente.

El periódico traía una fotografía de la muerta, obtenida sin duda de su tarjeta de Seguridad Social. El rostro me pareció vagamente conocido. ¿Se trataba de la pelirroja a quién había visto salir corriendo por la puerta de la azotea?

Los pelos se me pusieron de punta. Entonces, cuando ella y el fulano habían caído rodando por el suelo, no había sido en un juego amoroso, sino al realizar otra acción mucho peor. Sencillamente, había presenciado un asesinato.

De pronto, recordé un detalle. Doblé apresuradamente el periódico y eché a correr como un loco hacía mi casa. Subí en el ascensor, yo creo que empujando el techo con las yemas de los dedos, a fin de hacerlo llegar antes. Mi estudio estaba en el ático y había doce pisos en la casa, pero todo tiene su fin en este mundo, y, al fin, salí del ascensor. Entré en el estudio como una trompa... ¡y casi me rompo las narices al chocar con la morena del «bikini»!

Por supuesto, ahora vestía mucho más recatadamente. Sus formas, audaces, atrevidas, casi agresivas diría yo, estaban enfundadas en un ceñido traje de color rojo, de brillante seda, adornado aquí y allá con algunos toques de negro. La cabellera le

pendía suelta a lo largo de los hombros, y de su cuello colgaba, descansando sobre el seno opulento, una gruesa cadena de oro, con un elefante de jade en el centro. Sentí envidia del elefante, palabra.

En la mano izquierda sostenía un bolso negro de buen tamaño, del mismo color que los zapatos, que encerraban unos pies diminutos, arranque del más perfecto par de piernas que he contemplado. El espectáculo, desde las rodillas a la cintura, delgada como un junco, era también fascinador. En cambio, lo único que no me gustaba en absoluto era la diminuta pistolita que empuñaba firmemente con su mano derecha.

Parpadeé, asombrado. Jamás había visto a aquella beldad en los días de mi vida, pero el arma desvirtuaba todo lo que pudiera tener de hermoso; incluso la mirada de sus ojos, extrañamente claros, me pareció glacial.

—Deme las fotografías —dijo en voz baja, sin elevar el tono.

—¿Las... las fotografías? —tartamudeé.

—Eso he dicho. Démelas o le perforo las tripas, maldito fisgón, cerdo aprovechado.

Creo que mi nuez empezó a subir y a bajar como una pelotita de caucho en un mar embravecido. Los dedos de su mano se crisparon en torno a la culata del arma.

—Por última vez —me intimó.

—Está bien —dije, extendiendo una mano—. Le daré las fotografías...

—Y los negativos.



—Los negativos, pronto

—Y los negativos —repetí.

—Pero no intente gastarme una broma o le pesará.

—Soy un hombre pacífico —dije, mientras empezaba a buscar en la carpeta.

Saqué las fotografías; eran un primor. La morena las tomó,

mirándolas con un ojo, en tanto que tenía el otro fijo en mí.

—Los negativos —pidió.

—Están en el laboratorio.

—Muy bien, vamos allá. ¡Usted delante!

Eché a andar, sintiendo en mi nuca un frío más que regular. Siempre he tenido un pánico horrible a las armas de fuego, y aquella pistolita en manos de la morena me ponía los pelos de punta. El diablo las carga, suele decirse.

Entré en el laboratorio. El rollo de negativos pendía del secador, todavía sujeto. Lo examiné al trasluz y vi que, efectivamente, era el mismo. Solté la pinza y me volví hacia ella.

—Hay unas fotografías que me gustaría conservar...

—¡Váyase al infierno! ¡Venga ese rollo!

Se lo entregué, con un suspiro. ¡Quién sabe! me dije; a lo mejor me libro de un buen jaleo. Que se les arregle como pueda.

La morena me miró directamente a los ojos. Su pistola estaba ya guardada en el bolsillo. Salían llamas de sus ojos.

—De todos los individuos que se inmiscuyen en la vida de los demás, los que más asco me dan son los chantajistas como usted, asquerosos mirones, que no son capaces de buscar a una mujer para entretenerse con ella, y se contentan con espiar por encima de las azoteas y de los ventanucos de los cuartos de baño. De todas formas, no quiero marcharme sin pagarle por las molestias.

Antes de que pudiera aprestarme a la defensiva, levantó la mano derecha y ¡pam, pam! me asestó los dos sopapos más hermosos que jamás me hayan propinado en los días de mi vida. Luego giró sobre sus talones y se alejó, hermosa, cimbreada, magnífica en su cólera... pero dejándome en la mejilla el recuerdo de sus cinco dedos y en los oídos un desagradable zumbido.

Pasó un buen rato, hasta que me hube rehecho de la sorpresa. Entonces me dirigí a un aparador y me serví una copa. El licor me entonó, y empecé a pensar en la conveniencia de olvidarme de tan desagradable incidente. Sobre todo, pensando en que tenía otra cosa más importante que resolver.

Me senté ante la mesa y levanté la tapa de la carpeta. Saqué las dos fotografías y una lupa, y empecé a examinar la escena captada por el ojo de la cámara con todo cuidado.

En una de ellas, sólo se veían los rostros de ambos protagonistas,

es decir, del criminal y su víctima. En la otra, la cámara había captado ambas figuras hasta la cintura. Como había usado teleobjetivo, la escena se veía con bastante claridad, sobre todo al través de la lupa. Lo que yo había creído abrazo amoroso, no había sido tal, sino sencillamente, la lucha de una persona por su vida en peligro, lucha que había tenido un final desastroso. El aumento del cristal óptico era lo suficiente para que se viera claramente la larga línea blanca del cuchillo mortífero, en el momento de acercarse al pecho de la víctima. La expresión de terror de la pelirroja muerta era patente, así como la mueca de furia de su asesino.

Pero no cabía la menor duda de que era una prueba contundente, una prueba tal que bastaría para enviar al criminal a la silla caliente. El fiscal saltaría de gozo cuando la tuviese en sus manos.

Y entonces, de modo incongruente, me asaltó un temor.

Había obtenido tres negativos del mismo panorama, a fin de elegir, como ya he dicho, el mejor para el concurso. Naturalmente, el ángulo del objetivo había variado ligerísimamente en cada una de las tres fotografías, como lo demostraba el hecho de que, mientras que una de ellas sólo se veían las caras, en la otra se divisaba claramente la mitad de los cuerpos. ¿Qué había en la tercera fotografía, esto es, en la que había enviado por correo a la *Haffner Photograph*?

Como fuera, aquello era ahora lo de menos. Lo importante era poner en conocimiento de la policía que yo poseía una fotografía del criminal. Esto les ahorraría muchos pasos y...

Levanté el teléfono. En el mismo instante, una voz bronca dijo:

—No toque el disco o le abraso.

Levanté la vista. Me estremecí.

Tres sujetos habían entrado sigilosamente en mi apartamento, sin que yo me apercibiese de su presencia hasta oír la voz que me intimaba. Si antes sentí frío al ver la pistolita de la morena, ahora fue como si me hubiesen zambullido de cabeza en las aguas polares.

La pistola del individuo me pareció un cañón de grueso calibre. Los dos que iban tras él no llevaban armas en la mano, pero sus chaquetas abultaban por el lado izquierdo más de lo conveniente. Eran dos tipos pétreos, inescrutables, de los que matan a su tía por cincuenta centavos, y se quedan tan frescos.

El de la pistola parecía el jefe, era muy alto, casi uno noventa, con hombros de hércules y manos como sacos de patatas. Tenía las orejas como hojas de escarola, la nariz torcida y la cara llena de cicatrices. Un exboxeador metido a pistolero, eso era.

Otra vez me bailó la nuez. Miré fascinado el negro ojo de la pistola y me pareció un túnel del ferrocarril. Dejé caer lentamente el teléfono sobre la horquilla.

—Así está mejor —dijo el tipo. Se guardó la pistola, avanzó hacia mí y cogiéndome por el cuello con una sola mano, me alzó en vilo.

—¿Dónde están las fotografías? —preguntó.

—Ah... ahí... Enci... encima de la mesa —contesté con grandes dificultades, muerto de miedo.

—Es cierto, Nob —dijo uno de los de la cara de piedra—, ahí las veo.

La manaza se abrió, y caí sobre el sillón de nuevo. El sujeto tomó las fotografías y las contempló especulativamente durante unos instantes.

—Es usted un buen fotógrafo —comentó al fin.

—Aficionado, solamente —manifesté, dándome masaje en el cuello.

—Sí, el efecto de luz y sombra es muy bonito. Bien, ahora necesito los negativos.

Los pelos se me pusieron de punta otra vez.

Hubo una pausa de silencio. El «Manazas» repitió:

—Los negativos, vamos.

Estaba a punto de echarme a llorar.

—No los tengo —gemí.

—¿¡Qué!? —rugió el tipo.

—Lo que oye —dije, echándome hacia atrás en el sillón—. Yo...

Su mano me golpeó un lado de la cara. Creo que fue un simple toquecito, pero bastó para lanzarme a un lado, con sillón y todo. Una sinfonía de campanas rotas y cacerolas abolladas estalló al instante dentro de mi cerebro.

«Manazas» se arrojó de nuevo sobre mí, me izó a pulso y acercó su cara a la mía, despidiendo fuego por los ojos.

—Escuche, Paul Mereth —dijo con tono seseante—, no nos venga con cuentos. Quiero los negativos o, de lo contrario, le haré

pasar un mal rato.

—Pero es que no los tengo —insistí.

Me pegó una solemne bofetada con la mano izquierda. Creí que el tímpano del lado izquierdo me iba a estallar.

—Los negativos —repitió el sujeto tercamente.

—Le digo que no los tengo —sollocé. Aquellos tipos parecían muy capaces de hacerme pedacitos y luego marcharse a cenar carne picada, tan tranquilos.

«Manazas» lanzó una orden:

—Sujétenlo, chicos.

Los «chicos» vinieron y me asieron por ambos brazos, uno cada uno de ellos. «Manazas» metió mano en el bolsillo y sacó una navaja, cuyo resorte hizo funcionar en el acto. El filo del acero me acarició la garganta. Una mano se apoyó en mi nuca, empujándome la cabeza hacia adelante.

—Escuche, Mereth —dijo «Manazas»—, esto va en serio. Si cree que no soy capaz de rebanarle el desfiladero de los huevos con jamón, está loco. Le hago la pregunta por última vez: ¿Dónde están?

Sudaba de miedo. Tragué saliva un par de veces. ¡Maldita curiosidad mía y maldita mi afición a la fotografía! ¿Quién diablos me habría mandado a mi meterme en semejantes jaleos?

—Quite... la navaja de ahí —balbuceé—. No los tengo, se lo aseguro. Vino... vino alguien a buscarlos...

—Ésa no cuela, Mereth —gruñó «Manazas»—. Vamos, suéltalo ya de una vez.

—Puede registrar mi casa de arriba abajo —manifesté—. No encontrará esos clichés. Le juro que vino una persona y me amenazó con una pistola y se los llevó.

La punta del acero se clavó en mi piel. Di un grito de pánico...

—¡No! ¡Por lo que más quiera! —Traté de evadirme, pero los dos gorilas parecían haberse convertido en estatuas de cemento y no cedieron una pulgada tan siquiera. Estaba a punto de romper a llorar—. Le aseguro que se llevaron los negativos... Una mujer, morena, joven y muy hermosa... Vive... vive en la misma casa donde ocurrió... donde se produjo esta tarde... bueno, donde murió Helen McDrake...

—¿Una morena? —Gruñó a mis espaldas un gorila.

—Debe referirse a Sheila Ayers —gruñó «Manazas»—. ¿La

conoces tú, Nob? —preguntó el mismo rufián.

—Éste no es momento de discusiones, habiendo un testigo delante —farfulló el gigante. Guardó la navaja, con gran alivio por mi parte—. Así que Sheila Ayers se llevó los negativos.

—Bueno, si la morena que yo digo se llama así, ella fue —contesté.

—Y le amenazó con una pistola.

—Por eso se los di, claro.

—Pero ella expresaría alguna razón para llevárselos.

Me puse colorado. No obstante, era preciso decir la verdad.

—Bueno —rezongué—, lo cierto es que la vi tomando el sol, en «bikini», y saqué unas cuantas pruebas fotográficas. Ella debió advertirlo y vino a buscarlas. De paso se llevó el negativo; creyó, sin duda, que yo era un chantajista o algo por el estilo.

Nob miró detrás de mí.

—Es posible que este sujeto diga la verdad —gruñó.

—De todas formas, es fácil comprobarlo —dijo uno de los gorilas.

—Sí, registraremos el apartamento, por si acaso —concordó «Manazas». De pronto, hizo un guiño con el ojo derecho.

Presentí que algo feo iba a sucederme. Y me sucedió. El rostro de «Manazas» se descompuso de repente en mil pedazos, todos los cuales se alejaron de mí con velocidades meteóricas. Cuando la cara del sujeto hubo desaparecido, llegó la oscuridad.

CAPÍTULO II

Desperté ya de día, en medio de un terrible revoltijo. Los fulanos habían registrado mi apartamento a conciencia, durante mi inconsciencia. Noté un terrible dolor en la cabeza. Pasé los dedos por el lugar más sensible y noté dos bultos. Esto me dijo que, con toda seguridad, mientras registraban la casa, debía haber hecho algún movimiento y me habían golpeado de nuevo. Con gran dificultad, pude ponerme en pie y caminé hacia el cuarto de baño.

Tardé quince minutos al menos en sentirme medianamente bien. Luego empecé a recoger las cosas, renegando interiormente de mi afición a la fotografía, de las morenas en «bikini» y de los sujetos con propensión a degollar a las pelirrojas. Al cabo de una hora, más o menos, la casa quedó un tanto presentable.

Entonces me cambié de ropa. Se me había ocurrido una idea y quería probarla. Una o dos veces traté de disuadirme a mí mismo que lo que iba a realizar era una locura absurda, pero a última hora acabé por resolver que o lo hacía o reventaba.

Salí a la calle, alrededor de las diez de la mañana. Ya había situado la casa de la azotea donde se había cometido el crimen. Yo vivo en la calle Trece —¡menudo numerito!— y la casa del crimen estaba situada en una calle transversal, la de Pensacola. Diez minutos más tarde entraba en el edificio.

Me hubiese gustado pasar desapercibido, pero el conserje estaba celosamente en su sitio y me miró con gesto inquisitivo. Traté de utilizar mi mejor sonrisa.

—¿La señorita Ayers? —pregunté.

—Décima planta, letra H —contestó el hombre, secamente.

—Gracias.

Entré en el ascensor, el cual me llevó al décimo piso. Salí y recorrí el pasillo buscando el apartamento marcado con la letra H. No tardé mucho en encontrarlo. Me detuve ante la puerta y apoyé

el dedo en el timbre. Nadie respondió a mis llamadas, pese a insistir un par de veces. Hube de pensar en que Sheila no estaba en su casa.

De pronto, noté que la puerta estaba ligeramente abierta. Un invencible sentimiento de curiosidad me impulsó a cruzar el umbral.

Cerré a mis espaldas. El apartamento estaba silencioso, tranquilo. Olía ligeramente a lavanda y en él se veían toques femeninos de indudable buen gusto. Sheila Ayers era mujer que sabía vivir bien, con relativamente poco dinero.

El silencio del departamento me impresionó un tanto. Inesperadamente, noté que el silencio no era total. Se oía un ligero «chap-chap», algo así como si gotease un grifo mal cerrado. El goteo provenía de una habitación inmediata.

Crucé el vestíbulo y pasé a un dormitorio. Un nudo muy gordo se me hizo al instante en el estómago. Entonces comprendí las causas del «chap-chap». No había tal grifo de agua abierto, sino que era la sangre de un cadáver que yacía atravesado sobre un lecho que no había sido utilizado para dormir aquella noche.

CAPÍTULO III

Permanecí unos momentos en el umbral del dormitorio, convertido en una estatua, mientras procuraba dominar la rebelión de mi estómago. Inspiré fuertemente un par de veces, tratando de acostumbrarme al espantoso aspecto que ofrecía el cadáver.

No conocía al muerto ni le había visto en mi vida. Tenía la garganta rajada de oreja a oreja, y la cama era un lago de sangre, parte de la cual goteaba lentamente a lo largo de uno de sus brazos, que pendía inerte fuera del lecho. La vista de aquellas rojas gotas, cayendo lenta y monótonamente, con un ritmo sostenido, me fascinó morbosamente durante unos segundos.

El muerto era un hombre joven, de mi edad, aproximadamente, y en vida debía haber tenido un aspecto atractivo. Ahora, claro está, aparecía muy feo, con una espantosa mueca de horror deformándole el rostro. Estaba completamente vestido, y sus ropas se veían en buen estado, salvo la alteración causada por la postura, lo cual declaraba indudablemente que el asesinato se había producido sin lucha. ¿Era amigo suyo o, por lo menos, conocido, el criminal? Los indicios así parecían afirmarlo.

Como fuera, yo no podía seguir allí mucho tiempo. Solamente me faltaba comprobar que Sheila Ayers no había corrido su misma suerte, y, efectivamente, la curvilínea morena no se hallaba en el apartamento. Respiré aliviado; en medio de todo, se me había hecho simpática, a pesar de las dos bofetadas tan estupendas que me había sacudido.

Era preciso largarse de allí cuanto antes. Pasé por delante del muerto y en aquel instante reparé en un trocito de papel que sujetaba con los dedos de la mano izquierda. Venciendo mi repugnancia, saqué el papel y leí su contenido, el cual no podía ser más extraño.

Un enigma triple, me dije, mientras guardaba el papelito en mi bolsillo y me dirigía hacia la salida. Debía estar muy pálido y, para disimularlo, me pellizqué fuertemente las mejillas, en tanto el ascensor me conducía a la planta.

Pasé por el vestíbulo. El conserje me dirigió una mirada escrutadora, a la cual contesté con una sonrisa de circunstancias. Ansiaba llegar a mi casa para beber un buen trago y reflexionar sobre cuanto acababa de sucederme.

Diez minutos más tarde, me hallaba sentado de nuevo en mi despacho, con una sonrisa de circunstancias. Ansiaba llegar a mi casa para beber un buen trago y reflexionar sobre cuanto acababa de sucederme.

Diez minutos más tarde, me hallaba sentado de nuevo en mi despacho, con una botella en la mano y un cigarrillo en la otra. Resultaba evidente que me había metido en un buen lío. Unas fotos comprometedoras, una morena tan agresiva como hermosa y un trío de rufianes, dispuestos a despellejarme vivo, si lo creían conveniente para sus fines. Ah, y para remate, un joven degollado con algo muy parecido a una navaja barbera.

¿Quién era el muerto? ¿Por qué lo habían asesinado? ¿Cuáles eran sus relaciones con Sheila Ayers? ¿Era su prometido, su esposo o... su amiguito del alma?

Quizá podía conocer la respuesta a tales preguntas, hablando con míster x. Sí, claro, pero ¿cuál era la calle x y qué número era el número x? ¡Menudo rompecabezas! me dije, mientras me atizaba un soberbio trago de buen coñac francés.

De pronto, sonó el zumbador de la puerta, sacándome de mis amargos pensamientos. Todos mis nervios se pusieron en tensión inmediatamente. ¿Quién era el que venía ahora a verme? Y para remate, no tenía en casa ni un mal abrelatas para defenderme. Todos mis cuchillos de cocina eran de punta roma. Bonito panorama, a fe mía.

Haciendo de tripas corazón, me dirigí hacia la puerta, mientras mi imaginación concebía batallones enteros de *gangsters* atormentándome con mil instrumentos, a cual más diabólico. Por esta vez, sin embargo, mis lúgubres previsiones resultaron erradas.

El hombre que había en el umbral de la puerta era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, elegantemente vestido como un maniquí de moda masculina, con sombrero hamburgués, guantes de cabritilla y bastón de ébano con puño de oro. Sus zapatos eran un puro centelleo y en su sonrisa, cortés y acogedora, brillaba un incisivo de oro. Tenía el pelo muy negro y los pómulos ligeramente salientes. A pesar de su aspecto amable y sonriente, a pesar de que parecía un diplomático de vacaciones, el hombre me dio frío.

—El señor Mereth, según presumo —dijo con educado acento, en el cual creí descubrir una ligerísima inflexión extraña.

—El mismo, señor...

—Permítame que me presente. Me llamo Charles, Eldon Charles. ¿Podría conversar a solas unos momentos con usted?

Me eché a un lado. Charles pasó, escrutando rápida y concienzudamente la decoración de mi estudio. Le ofrecí un sillón y, después de apoyar el bastón contra la mesa, sobre la cual ya estaba el sombrero, empezó a descalzarse los guantes con toda parsimonia. Sentado frente a él, yo le miraba hacer en silencio.

El visitante dejó los guantes en la copa del sombrero. Luego extrajo de su bolsillo una costosa pitillera de oro, que abrió, ofreciéndome uno de los cigarrillos contenidos en su interior. Él eligió el suyo con tanto cuidado como si fuese la joya más costosa. Al fin, después de un largo preámbulo de silencio, me dirigió otra refulgente sonrisa.

—Sin duda se preguntará usted cuál es el motivo de mi visita, señor Mereth —dijo.

—Nada más cierto —contesté.

—Bien, entonces se lo expresaré de la forma más sencilla que pueda. Tengo entendido que ayer obtuvo usted una serie de fotografías muy interesantes, señor Mereth.

Conque era eso, me dije. Bueno, ahora ya sabía a qué atenerme, aunque, diciendo la verdad, ya me lo había imaginado apenas le vi en la puerta del piso.

—En efecto —contesté—; obtuve dichas fotografías, pero se me las llevó la persona indicada.

—El señor Melville Xavier, supongo —dijo Charles, sin abandonar su sonrisa ni por un instante.

¡Xavier!

El apellido me golpeó en el cráneo con la fuerza de un martillo pilón. ¡Ahí tenía ya al misterioso sujeto de la notita hallada en la mano del cadáver! ¡Míster X era, pues, *míster* Xavier!

—No —contesté, con la mejor de mis sonrisas—, se equivoca usted, señor Charles.

El diplomático alzó una ceja.

—¿No fue Xavier?

—Vino una linda dama, morena, alta, de un tipo escultural, con los ojos grises más bonitos que he visto en los días de mi vida. Me amenazó con una pistola y se me llevó las fotografías que había obtenido. Comprenderá, señor Charles, que, ante semejante argumento, no hay quien se resista.

Por primera vez, Charles pareció perder su equilibrio.

—¿Una mujer, ha dicho?

—Exactamente.

—Sí que es extraño —murmuró, como si hablase consigo mismo. Levantó la voz—: ¿De verdad que no fue un hombre?

—Bien —concedí con cortés sonrisa—, sé que hay hombres a los cuales les agrada vestir de mujer, y, además, engañan a cualquiera; pero en el caso que nos ocupa, la duda está fuera de lugar. *Era* una mujer, señor Charles.

—Y, ¿le dio su nombre?

—No —yo decía la verdad. Si me había enterado por otro conducto, no tenía por qué manifestárselo. Añadí—: Cuando alguien me mira por encima del cañón de una pistola, mi curiosidad se evapora instantáneamente.

—No acabo de entender por qué tenía esa dama tanto interés en las fotografías, señor Mereth.

—Yo tampoco, pero le aseguro que no se lo pregunté, señor Charles —repuse un tanto evasivamente.

Eldon meditó unos instantes. Luego, lanzando un suspiro de resignación, se puso en pie.

—Bien —exclamó—, es una verdadera lástima. Sobre todo para usted.

—No entiendo —dije.

Me miró fijamente durante unos segundos.

—Hubiera podido ganarse usted una importante cantidad, caso de tener esas fotografías en su poder, señor Mereth.

Traté de echar la cosa a broma.

—Bueno, fotografías de chicas guapas las hay en muchos sitios. Por diez centavos puede usted obtener una docena de pruebas...

—No me refería a los negativos que registraron los indudables encantos de la dama que le amenazó con su pistola, sino a otra clase de escenas, señor Mereth.

—Repito que no entiendo. Yo sólo hice unas cuantas fotografías en cuestión. Ella pensó que yo era un chantajista o cosa por el estilo y se llevó todo, fotografías y clichés.

—Creí que habría venido a verle el señor Xavier.

—No conozco a ese sujeto ni lo he visto en los días de mi vida. Insisto, señor Charles —repetí un tanto enfáticamente.

El «diplomático» hizo un gesto de desencanto.

—¡Qué se le va a hacer! Lo siento casi más por usted que por mí. Se hubiera ganado una buena recompensa, créame.

Ya estaba poniéndose los guantes. Recogió el sombrero y el bastón, y se dirigió hacia la puerta. Al llegar allí, le llamé:

—¡Señor Charles!

Se volvió y me contempló con ojos escrutadores.

—¿Quién le dijo que yo había impresionado tales fotografías?

El aludido meditó cuidadosamente la respuesta:

—Un amigo —contestó al fin.

—Debe tratarse de un amigo muy perspicaz —sugerí.

—No es tonto —contestó.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, evidentemente, no lo es.

—Celebro que estemos de acuerdo, señor Mereth. Nuestro entendimiento subiría de punto si usted olvidase mi visita y los motivos que la originaron.

—Padezco de amnesia crónica —mentí con toda desvergüenza.

—No se la cure —recomendó Charles, después de lo cual, cerró la puerta y se marchó.

Volví a mi mesa y me senté a reflexionar un momento. Ya eran dos los interesados en la fotografía del crimen. «Manazas» y aquel sujeto, que tenía todo el aspecto de un diplomático... ¿de qué nación? Por supuesto, no era norteamericano; su inglés era excelente, pero había una nota en su voz que le traicionaba de inmediato, a poco observador que fuera uno. Sudamericano

tampoco parecía; su acento era demasiado duro, sin la menor sombra de la dulzura que los que viven al sur del Río Grande ponen en su entonación. ¿Europeo, acaso?

Fuese como fuese, me había dejado una pista importantísima: el nombre de mister x. Para conocer más detalles de mister x, busqué la guía telefónica, quedándome bastante sorprendido al ver que no había ningún sujeto registrado con tal apellido en la ciudad.

El hecho me produjo cierto desencanto. Claro que, pensé inmediatamente, podía haber llegado hacía poco, sin tiempo para que la Compañía telefónica le hubiese incluido en el listín. Pero ¿cuál era la calle x?

Reflexioné durante unos momentos. Al cabo me levanté y busqué una guía de la ciudad. Trataba de hallar una calle que empezase con la antepenúltima letra del alfabeto.

No tardé mucho en hallar dicha calle. Xenia era su nombre. ¿Xenia? ¿Qué quería decir un nombre tan incongruente?

Me decidí a buscarlo en el diccionario. El diccionario me dio pronto su respuesta. Xenia es una pequeña ciudad del Estado de Ohio, situada a unas dieciocho millas al este de Dayton. El diablo me lleve si sabía los motivos que habían impulsado a algún concejal a dar el nombre de dicha población a una de las calles de Wamptan Falls. La verdad, tampoco me importaba mucho en aquellos momentos. Lo realmente interesante para mí era que había descubierto ya que mister x era *mister* Xavier, que la calle x era Xenia Street y que el número x...

¡Naturalmente! Sólo podía ser un número. Sustituyamos, me dije, la numeración romana por la arábica. ¿Qué nos da? El número 10, inapelablemente.

Sonreí, satisfecho. Posiblemente, sin la involuntaria ayuda del diplomático, no habría podido resolver jamás aquel enigma, porque, ¿quién diablos iba a saber de la existencia de un tal Xavier, excepto los propios interesados? Así, pues, la nota hallada en la mano izquierda del cadáver podía traducirse de la manera siguiente:

El señor Xavier vive en la calle Xenia, número 10.

Ahora bien, después de haber averiguado esto, surgían una serie de preguntas que no tenían respuesta, al menos por el momento. ¿Quién era el señor Xavier? ¿Cuál era su relación con el muerto,

con el asesino de la pelirroja y con Sheila Ayers? ¿Quién y por qué lo había asesinado? ¿Qué hacía, completamente vestido a las diez de la mañana, hora en que, minutos más o menos, había sido degollado?

«Demasiadas preguntas», me dije, atizándome un buen trago de coñac. Sólo podría hallar las respuestas, o al menos alguna de ellas, visitando personalmente al señor Xavier. Y dicho y hecho, agarré mi sombrero y me lancé a la calle. Tomé un taxi y me hice conducir a las proximidades de la calle Xenia, que es una transversal de la Segunda Avenida.

El número diez estaba a pocos pasos de la Avenida. Caminé lentamente, estudiando el panorama. Era una calle tranquila, limpia, sin apenas circulación, con edificios de moderna altura, un tanto antiguos ya en su estilo arquitectónico, pero cómodos y confortables en su interior, a lo que parecía. Entré en el edificio y me dirigí al conserje.

—¿El señor Xavier? —inquirí cortésmente.

—Cuarto, 3 C —contestó el sujeto.

—Gracias.

Entré en el ascensor. Momentos después me hallaba ante la puerta del departamento 3 C del cuarto piso. Cuando iba a llamar, sentí un repentino escrúpulo. ¿Qué diablos iba a decirle? ¿De qué modo iba a justificar allí mi presencia?

Los escrúpulos me conturbaron tanto, que estuve a punto de enviarlo todo al diablo y dar media vuelta, pero había dos muertes de por medio. Era preciso resolver aquel asunto. Nadie contestó a mis llamadas.

Fruncí el ceño, contrariado por la presunta ausencia de Xavier. Iba ya a marcharme, cuando se me ocurrió hacer girar el pomo. Con gran sorpresa por mi parte, advertí que el piso no estaba cerrado con llave.

Un sudor frío me corrió al instante por la espalda. ¿Iba a encontrarme con otro cadáver?

CAPÍTULO IV

Entré en el apartamento, el cual estaba decorado con buen gusto, aunque sin excesos que indicasen demasiada bonanza en su propietario. Era un piso medio, con el mobiliario corriente en tales casos: Un diván, dos sillones, una mesita en el centro, un televisor en un ángulo, un pequeño bar en el lado opuesto, varios cuadros, abstractos y figurativos, distribuidos estratégicamente por los muros, una estantería con libros y pare usted de contar. El interior prometía ser adecuado al *living*.

Pero había alguien en la casa. Y digo tal cosa, porque se oía la suave música de un aparato de radio, funcionando en tono apagado. Esto volvió a reavivar mis aprensiones. Nadie había contestado a mis llamadas, pero la radio seguía funcionando. «Los muertos no oyen la música», me dije.

Crucé la pieza y pasé a la inmediata, un comedor de estilo clásico muy bien montado. La radio estaba sobre uno de los aparadores, y su música sonaba constantemente. Estuve tentado de desconectarlo, pero lo deje al cabo.

De pronto, sentí un estremecimiento de pies a cabeza. Había alguien en la casa... ¡y ese alguien estaba vivo!

Era de día, y el sol entraba por una de las ventanas de la habitación contigua al comedor. Parte de una sombra humana era proyectada hacia afuera por los rayos de sol, que penetraban hasta un tercio del comedor. La puerta de separación con la estancia adyacente era grande, con el dintel en ardo y unas cortinas floreadas, recogidas a los lados por sendos cordones. En la cortina del lado derecho estaba la persona cuya sombra veía a dos pasos de distancia.

Tragué saliva, muerto de miedo. ¿Había sorprendido al asesino sin darle tiempo a escapar, después de cometido su tercer crimen? Verdaderamente, no tenía yo ganas de ser el cuarto. Y no estaría de

más ayudar a la justicia, procurando detener a tan peligroso sujeto.

En el rincón inmediato a la cortina había una pequeña consola con un gran jarrón de mayólica. Silenciosamente, agarré el jarrón con ambas manos y, después de levantarlo, descargué el golpe con todas mis fuerzas.

El jarrón estalló ruidosamente. Sonó un agudo grito y una persona cayó al suelo. Inmediatamente pasé a la habitación vecina, dispuesto a luchar con el asesino a brazo partido, si era necesario. Después de haberlo derribado, me sentía tan valiente como Buffalo Bill.

Una exclamación de sorpresa se escapó inmediatamente de mis labios. La persona derribada era nada menos que Sheila Ayers.

Tardé algunos momentos en reaccionar. Gracias a la protección de la cortina, Sheila estaba todavía con vida, extremo que me confirmó su pulso regular y sostenido. Sufría una ligera conmoción a causa del golpe, eso era todo.

La examiné críticamente durante unos instantes. Dormía apaciblemente y ni siquiera había sangrado a consecuencia del golpe. Aprovechando su desmayo, tomé su bolso y lo registré concienzudamente.

Lo primero que hice fue guardarme en el bolsillo su pistolita. Después bucéé en el interior del bolso, en donde no encontré sino las cosas propias de una dama, aparte de sus documentos y una billetera con trescientos dólares, más o menos. Los documentos me dijeron su edad: veinticuatro años, y su profesión: secretaria comercial, aunque no indicaban la empresa para la cual trabajaba. Su licencia de conductora estaba al corriente y, por último, había una libretita de fósforos de propaganda, con la indicación de uno de los más lujosos locales de la ciudad: el *Golden Arms*.

Devolví todos los objetos al bolso, en el momento en que Sheila comenzaba a rebullir. Encendí un cigarrillo y esperé.

La morena tardó aún algunos minutos en recobrar la noción completa de las cosas. Cuando al fin lo hizo, se sentó en el suelo y me miró airadamente.

—De modo que fue usted —dijo con los labios prietos. Tenía la falda subida hasta bastante más arriba de las rodillas, pero ello no parecía importarle en exceso.

—Pensé que sería el asesino y me dije: «Paul, dale tú primero antes de que él te sacuda a ti» —contesté con la mejor de mis sonrisas.

—Podía haberse figurado que era yo —expresó con indignación.

—¿El asesino?

—¿El asesino de quién, señor Mereth?

—Vamos, vamos, Sheila Ayers, no se haga la ingenua. Y, por favor, no me llame con tanta prosopopeya. Dígame Paul y así quedará la cosa mejor. Oiga —propuse—, ¿por qué no nos vamos al *living*? Hay allí un bar y parece bien provisto. Ah, vaya a la cocina; quizá encuentre unos cubitos de hielo en el frigorífico.

Esto último lo dije ya por encima del hombro, mientras me dirigía al *living*. Era preciso demostrarle que sabía ser discreto; a fin de cuentas, después del golpe, Sheila debía arreglarse un poco.

Vino diez minutos más tarde, con un cubo lleno de dados de hielo en las manos, tan recompuesta como si no le hubiese pasado nada. Sin embargo, su rostro aparecía serio, hermético. Cogí el cubo de sus manos y deposité sendos bloquecitos de hielo en los vasos que ya tenía dispuestos. Le entregué uno y levanté el mío.

—A la salud del asesino.

Sheila me miró por encima de su vaso.

—¿Qué asesino, Paul?

—El hombre que mató a Helen McDrake ayer por la tarde, y cuya efigie está grabada en uno de los negativos del rollo que usted me arrebató a punta de pistola. No iré a decirme que no está enterada del asunto, ¿verdad?

—Es cierto —confesó, mordiéndose los labios—. Sí, he leído todos los detalles referentes a la muerte de la pobre Helen McDrake.

—Bien, ahora ya sólo resta que me entregue el negativo para llevarlo a la policía y que detengan al asesino.

—No lo tengo ya, Paul.

—¡Cómo!

Sheila me contempló con fijeza durante unos instantes.

—En cuanto regresé a mi casa, quemé las fotografías y el negativo.

Sentí una rara contracción en mi estómago.

—Eso no es cierto —dije.

Se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera, Paul.

—¿Se ha detenido a pensar que destruyendo los negativos, destruye la prueba que puede condenar a un asesino? —pregunté.

—En aquel momento yo no sabía que usted había fotografiado también al asesino —contestó en tono rotundo.

—Entonces, ¿por qué diablos asaltó mi casa y me amenazó con su pistola?

—Ya se lo dije ayer: pensé que sería un chantajista...

—¡Chantajista, un cuerno! —barboté—. Obtener fotografías de una dama agraciada, en *bikini*, no es hacer chantaje, Sheila. Y usted lo sabe; lo único que podía verse en usted era su tipo espléndido, pero nada más. No tenía un hombre al lado, no estaba en ninguna posición comprometedora... y, aunque muy poco, el *bikini* es algo de ropa, al fin y al cabo. Si no lo hubiese llevado, si mi cámara la hubiese registrado a usted en traje de Eva, sí podría hablarse de chantaje. Pero de la forma en que la retraté... y, bueno, su manera de asaltarme con la pistola y encontrármela ahora aquí... ¿quiere que me trague semejante fábula?

—Nadie le ha pedido que me crea —contestó ella orgullosamente—. Doy las excusas que me placen y a quién me parece, eso es todo.

—¿De veras? Sería muy curioso contestar lo mismo a la policía, Sheila Ayers. En especial, si tenemos en cuenta varias circunstancias.

Me miró con aire retador.

—Dígame cuáles son esas circunstancias.

—Primera: anoche, a poco de irse usted, entraron en mi apartamento tres sujetos, pidiendo los negativos que usted acababa de llevarse. Como no me creyeron, empezaron a sacudirme de lo lindo hasta cansarse. Uno de ellos mencionó su nombre. ¿De qué la conocía a usted? ¿Cuáles son sus relaciones con aquella cuadrilla de rufianes?

—Seguramente se trataba de un tal Andy Nob —murmuró ella, sumamente pensativa.

—Exactamente —casi grité—. ¿Le conoce usted?

—Me niego a contestar —dijo secamente.

—Bien, continuemos. Posiblemente no le dirá lo mismo a la policía cuando... Esta mañana vino a verme un sujeto llamado

Eldon Charles.

—No sé quién es, Paul.

—También quería los negativos. Le contesté lo mismo: que estaban en su poder. Se marchó diciendo que era una lástima, pero si quiere que le diga la verdad, no me gustó su forma de hablar. Era cortés, educado... tan cortés y tan educado como una serpiente venenosa; usted sabe que esos reptiles atacan sin hacer ruido.

—Continúe. Su narración es sumamente interesante.

—Muy bien. Esta mañana fui a visitarla a su propio apartamento. No estaba allí. ¿Dónde pasó la noche?

—Sin comentarios.

Emití una risa sarcástica.

—¿De veras? Mire, Sheila, en su departamento había un sujeto. Tenía en la mano un papelito, en el que indicaba esta dirección y el nombre del ocupante del piso. ¿Quién es míster Xavier?

—Primero, dígame usted quién era el sujeto que se hallaba en mi apartamento. ¿Qué le dijo?

—Nada. No cruzamos la palabra.

—Usted me ha dicho que le dio un papel...

—Perdone —la interrumpí educadamente—. He dicho que *tenía en la mano* un papelito con esta dirección. Yo sé lo tomé, eso es todo.

Sheila enarcó las cejas.

—¿Y no protestó él?

Hice una profunda inspiración.

—Cuando uno tiene el pescuezo cortado de oreja a oreja, la verdad, no está en condiciones para discutir el hecho de que le arrebatan un papel de la mano.

Los ojos de Sheila se agrandaron enormemente. Palideció de tal modo que por un momento pensé se iba a desplomar en redondo sobre el suelo del *living*.

Hubo una pausa de silencio entre nosotros dos, densa, llena de tensión. En la habitación contigua, la música continuaba sonando suavemente.

De pronto la música se interrumpió. Un locutor emitió un boletín de noticias.

CAPÍTULO V

El locutor dijo:

—Acaba de descubrirse un espantoso crimen en un apartamento del número 658 de la calle Pensacola. Alertada la policía por una llamada anónima, acudió en el acto, descubriendo el cadáver de un hombre, cuyos documentos han demostrado era un tal Edgar Hacking. Hacking fue degollado con un instrumento cortante, posiblemente una navaja barbera o un puñal muy afilado, y su muerte debió ser instantánea. El apartamento estaba ocupado por la señorita Sheila Ayers, cuyo paradero se desconoce desde ayer por la tarde, y acerca de la cual tiene la policía fundadas sospechas de que ha sido, si no autora, sí cómplice o inductora del crimen, cuyos motivos se desconocen por el momento. Todas las unidades policiales han recibido una circular de alerta general, en la cual se incluye una detallada descripción de la señorita Ayers, facilitada por el conserje del edificio...

Miré a Sheila. Su rostro estaba tan blanco como la pared que tenía a mis espaldas.

—¡Pero usted no creerá que yo he sido la asesina de Hacking! —exclamó angustiosamente.

—Ayer, en la azotea de esa misma casa —manifesté—, fue apuñalada una mujer llamada Helen McDrake. La cosa ocurrió apenas cinco minutos después de abandonar usted la azotea.

—Le repito que yo no fui —gritó con no fingida vehemencia.

—Hacking está muerto. Degollado sobre su misma cama, Sheila. ¿Qué puede uno creer, en tal caso?

—Oh, eso es sencillamente monstruoso. Yo no conozco al tal Hacking. Jamás oí hablar de él, nunca lo he visto en mi vida. Puedo jurárselo, Paul.

—Júreselo a la policía, Sheila. A mí...

Me callé de pronto. El locutor de radio continuaba hablando:

—Nuevas noticias sobre el crimen de la calle Pensacola. La policía ha recibido una llamada anónima, en la cual se denuncia como autor del mismo a un tal Paul Mereth, con domicilio en la calle Trece, número 883. Interrogado el conserje de la casa donde se cometió el crimen, ha dicho que, en efecto, Paul Mereth estuvo esta mañana en el apartamento de la señorita Ayers y que salió minutos después, seguramente después de haber puesto fin con sádica violencia a la vida del infortunado Hacking. La policía sospecha también que Mereth pueda ser el hombre que mató ayer por la tarde a Helen McDrake en la azotea del mismo edificio de la calle Pensacola, dado que las dos muertes tienen una notable similitud entre sí, y ambas fueron cometidas con arma blanca. La descripción de Mereth: es raza blanca, cabellos castaño claro, ojos azules, uno setenta y siete de estatura aproximadamente, rasurado por completo, viste traje azul oscuro, camisa blanca y corbata granate, con zapatos de color marrón. No tiene señas particulares que puedan colaborar a su identificación, y la policía indica que puede tratarse de un maniático peligroso, aunque no se tienen antecedentes de que haya estado internado anteriormente en algún establecimiento psiquiátrico. Todos los ciudadanos tienen el deber de informar...

Sheila me miró, horrorizada.

—Así, pues, fue usted —dijo, retrocediendo un paso.

—¡Un cuerno! —rezongué—. Cuando llegué a su apartamento, Hacking estaba muerto ya. Bien es verdad que la muerte no se había producido sino hacía escasos segundos, ya que la sangre goteaba todavía. Pero de ahí a creer que fui yo...

—Si usted no fue, yo tampoco —exclamó Sheila vivamente.

—¡Pero murió en su apartamento! Y la muerte de Helen McDrake se produjo en su misma casa. Usted vino por las fotografías...

—Porque creí que era usted un tipo aprovechado y luego querría quizá venderlas a una revista o causarme extorsión con ellas. Pero por nada más, se lo aseguro.

—¿Y por qué vino aquí? ¿Quién es ese señor Xavier?

Sheila se sintió incómoda de repente. Avancé hacia ella.

—Escuche —dije—, los dos estamos en el mismo bote... y ese bote tiene numerosos agujeros. Si no nos ayudamos mutuamente, nos hundiremos irremisiblemente. Tal vez, actuando en estrecha colaboración, podamos salvarnos. Vamos —urgí, viendo su indecisión—, ¿qué me contesta?

—¿Qué garantías tengo yo de que no sea usted el asesino? —preguntó, todavía muy recelosa.

—De Helen McDrake, desde luego, no; y usted lo sabe muy bien. Cronometre el tiempo de su muerte; hubiera sido matemáticamente imposible para mi llegar a su casa desde la mía y matarla. Además de que no tenía motivos contra ella ni la conocía en absoluto.

—Eso sí es cierto —murmuró—. Pero, en lo referente a Hacking, no estoy tan segura...

—Escuche, permanecí inconsciente durante toda la noche. Esos sujetos me arrearón bien. No salí de casa sino hasta bien entrada la mañana. El conserje del edificio donde vivo podrá atestiguarlo. Además, míreme, demonios, ¿tengo yo pinta de asesino?

—El hábito no hace al monje —especuló ella.

—Vamos, Sheila, usted sabe de sobra que no soy yo. ¿Por qué no trata de ayudarme?

—¿Y por qué no va a la policía y se lo cuenta todo? ¿No cree que así sería mucho más fácil?

—Bien —exclamé—, vamos. Los dos, porque, desde luego, en mi historia, usted tendrá que salir a relucir. ¿Me acompaña?

Extendió la mano, deteniendo el gesto.

—¡Espere!

La miré en silencio durante unos momentos.

—Voy a ayudarle, Paul. Pero usted también me ayudará a mí.

—Conforme.

—Iremos a mi apartamento... Oh —agregó al ver mi gesto de sorpresa—, no al de la calle Pensacola, sino a otro que tengo alquilado en la calle Veintidós. Es allí donde pasé la noche, después de verle a usted.

—¿Y por qué se fue a la calle Veintidós en lugar de volver a Pensacola? —pregunté.

Sheila se sonrojó.

—Después de que le arrebaté las fotografías, me entró un poco

de miedo, créame, Paul. Pensé que quizá usted podría reaccionar y venir en mi busca. Entonces organizaría un poco de escándalo y... bien, el caso es que no he dormido allí.

—¿No sería mejor porque tenía miedo de Andy Nob y sus chicos? Ellos mencionaron su nombre, apenas les facilité su descripción.

—Pongamos las dos cosas, Paul —contestó ella, sin pestañear.

—¿Quién es ese Nob y por qué tenía tanto interés en las fotografías que obtuve?

—Es el brazo derecho de Ray Cummings, el dueño del *Golden Arms*.

Lancé un suave silbido. Acababa de recordar la libretita de fósforos que había visto en el bolso de Sheila.

—¿Tiene usted alguna relación con Cummings?

Sheila se mordió los labios.

—Preferiría no contestar, Paul.

—Está bien —contesté—. No puedo obligarla a ello, pero tenga en cuenta que esa actitud no le favorece en nada.

—Por favor, Paul —contestó, retorciéndose las manos con gesto aprensivo.

Levanté los hombros.

—Bueno, a su gusto, pero insisto en que la falta de franqueza puede resultarle altamente perjudicial. Y ahora, vayamos a algo más urgente. ¿Quién es el señor Xavier?

—Vive aquí...

—Pero ahora no está —corté rápidamente—. Sheila, necesito más información. Vamos, no se haga de rogar. Recuerde, el muerto tenía su dirección en la mano. ¿Qué hacía usted aquí? ¿Por qué vino? ¿Qué es lo que encontró?

—Hace demasiadas preguntas, Paul —se quejó Sheila.

—Más le hará la policía si la atrapa y, por supuesto, con menos educación.

Ella apretó los labios, indicándome con el gesto que no estaba dispuesta a hablar. Di un par de pasos hacia el teléfono y lo levanté con rápido ademán.

—Voy a llamar a la policía —manifesté—. Sé que pasará un mal trago, pero acabaré demostrando que no tengo ninguna relación con ambos asesinatos, cosa que usted no puede afirmar, ciertamente...

—¡No!

Sheila saltó hacia mí y me arrebató el auricular.

—Paul, por lo que más quiera —dijo—, ¿no podría tener usted un poco de paciencia? Si fuese bueno, esperaría un poco y luego lo sabría todo.

—Sí, cuando esté ya en la silla eléctrica —contesté con agrio sarcasmo.

—Le aseguro que no —exclamó con gran vehemencia—. Sólo le pido un poco de paciencia. Por favor, Paul.

La miré en silencio. Estaba encantadora. El rostro encendido, los ojos brillantes y el seno moviéndose con suaves palpitaciones. Ya no vestía aquel estallante vestido rojo, sino otro mucho más discreto, pero que, no obstante, revelaba casi igualmente las compactas formas de su cuerpo juvenil. Sí, parecía sincera, pero ¿y si no lo era?

Me rendí. Su forma de mirar me hizo alzar bandera blanca.

—Está bien —admití de mala gana—. Pero antes, dígame una cosa, Sheila.

—Lo que quiera.

—¿Ha encontrado aquí algo de particular?

—No, en absoluto. Xavier no estaba cuando yo llegué. He examinado el apartamento a conciencia, pero no he podido hallar nada que me llame la atención.

—A mí lo que más me intriga —dije, sumamente pensativo—, es su relación con el muerto. ¿Sabe usted algo al respecto?

—Ya le dije antes que debía tener paciencia, Paul.

Levanté los brazos.

—Mientras no nos encuentre antes la policía. Recuerde, también sospechan de usted.

—Eso no sucederá en mi apartamento, Paul. Ah, y deme mi pistola, por favor.

—¿Cómo sabe usted que la tengo? —exclamé, sorprendido.

—Miré el bolso antes de servir el hielo —sonrió.

—Bueno, de todas formas, me va a permitir que, por el momento, la guarde yo, ¿eh?

Sheila hizo un mohín encantador.

—Si eso le va a servir de tranquilidad... ¡Andando a la calle Veintidós!

Mi tranquilidad, en aquellos momentos, era que, a pesar de la descripción radiada, todavía no había habido tiempo de que se publicase una fotografía mía. Por supuesto, en aquellos momentos —tenía la seguridad—, mi estudio estaba atestado de policías que lo estarían poniendo todo patas arriba. Encontrarían alguna fotografía y la reproducirían centenares de veces. Cuando eso sucediese, se desencadenaría una gigantesca caza y... Era mejor no pensar en ello, me dije, en tanto descendíamos por el ascensor.

Llegamos a la calle. Sheila tenía allí aparcado su coche, un *sedán* negro, de aspecto corriente. Entramos en el interior del vehículo y en aquel momento vi que un sujeto doblaba su periódico y se dirigía hacia otro coche situado detrás del nuestro.

El tipo era fuerte, robusto, de cara cuadrada y expresión seria. Por un instante, llegué a sospechar de él; hasta aquel momento, tenía la sensación de ello, había estado esperándonos frente a la puerta de la casa de la calle Xenia. Pero mis sospechas se desvanecieron de inmediato cuando vi que el coche del sujeto derivaba hacia el norte, en lugar de hacia el sur, que era la dirección que seguíamos nosotros.

Quince minutos más tarde entrábamos en el edificio donde Sheila tenía alquilado su segundo apartamento. El ascensor nos condujo hasta el piso noveno. Salimos al corredor. Ella me precedía, taconeando ágilmente. Llegó a la puerta de su domicilio, abrió el bolso y sacó la llave, que insertó de inmediato en la cerradura. Hizo girar el pomo y abrió la puerta, cruzando el umbral en el acto.

—Aquí estaremos seguros, Paul —comentó, por encima del hombro, equivocándose lamentablemente.

Digo que se equivocaba, porque apenas habíamos dado un par de pasos dentro del vestíbulo, dos individuos, armados con unas pistolas que parecían cañones, salieron a nuestro encuentro, con cara de muy pocos amigos. Naturalmente, Sheila y yo nos quedamos clavados en el suelo, sin ánimo para abrir la boca siquiera.

CAPÍTULO VI

La descripción de los sujetos es la de todo individuo que aparece con el papel de *gángster* en un melodrama al uso. Trajes oscuros, camisas ídem, corbatas chillonas, algunas cicatrices por el rostro, mirada poco amable y una pistola en la diestra. Cómo habían llegado hasta allí era cosa que no podíamos entender, por el momento, ninguno de los dos.

Pero todavía había un tercer personaje. Casi en el mismo instante en que nosotros cerrábamos la puerta, él salía por la que conducía a una de las habitaciones interiores.

Era un sujeto de baja estatura, delgado, recto como una espada, vestido como un maniquí y con unos ojos que daban frío sólo de mirarlos. Estaba rapado a lo Yul Brynner, y su rostro, blanco, color tripa de pez muerto, tenía unos rasgos fisonómicos claramente definidos como lo que los antropólogos llaman tipo mongólico. En resumen una edición de bolsillo del citado artista.

Sonreía. Su sonrisa me dio mala espina. Tenía en la mano un bastoncito largo, delgado, de madera de ébano, rematado en un artístico puño de oro. Avanzó hacia nosotros, que permanecíamos mudos, silenciosos, inmóviles y, de repente, con inesperado movimiento, sacó un largo y afilado estoque a la superficie.

El estoque silbó en el aire unos instantes. Su punta quedó apoyada en la garganta de Sheila.

—¿Los negativos? —preguntó en voz baja, curiosamente seseante.

Sheila estaba palidísima. Apenas si tenía fuerzas para contestar.

—No... no los tengo. Los de... destruí...

Un relámpago de ira brilló en los ojos del mongol.

—Estás mintiendo, maldita.

Aquello me enojó sobremanera. Por un momento, olvidé mi pánico a las pistolas, olvidé la espada del repelente sujeto, olvidé

todo, en suma. Sintiéndome un héroe, moví la mano izquierda, apartando el estoque de la garganta de Sheila. Luego, antes de que el imitador de Brynner pudiese enterarse de lo que le sucedía, le aticé un soberano puntapié en el bajo vientre.

El sujeto cayó al suelo, chillando como un gato al que acaban de pisarle la cola. Fui a apoderarme del estoque, olvidado por completo de los dos pistoleros, pero en aquel momento algo estalló en mi cabeza con inenarrable estruendo.

Me desperté momentos después, tendido de bruces en el suelo. Mi mejilla derecha descansaba sobre la alfombra de la estancia, en tanto que en el lado derecho de mi cabeza sentía un dolor intolerable.

Un pie me golpeó la cadera.

—¡Arriba, tú! No sigas haciéndote el dormido. Vamos, pronto.

Empecé a rebullir. El forajido me arreó otro puntapié. Me puse a gatas, sacudiendo torpemente la cabeza. Vagamente entreví las piernas de los dos pistoleros, a tres pasos de distancia.

Sheila se hallaba contra la pared de enfrente, mortalmente pálida, mirando con ojos desorbitados la hoja del estoque, cuya punta continuaba apoyada en su garganta. El mongol me miró de reojo.

—Vamos, Mereth, no se entretenga tanto. Estamos perdiendo el tiempo y tenemos mucha prisa.

—U... un momento, por favor —rogué—. Todavía estoy... estoy muy torpe...

Sí, estaba torpe, pero se me acababa de ocurrir una idea que quizá pudiese tener sus frutos. Todo consistía en hacerlo bien y rápido.

Había caído al suelo junto al borde de la alfombra, de modo que mi rostro permaneció apoyado en la misma durante todo el tiempo que permanecí inconsciente. Ahora tenía las manos en su borde. Los dos pistoleros se hallaban en el lado opuesto. Súbitamente, antes de que pudieran percatarse de mi acción, agarré el extremo de la alfombra con ambas manos y tiré de la misma con todas mis fuerzas.

Los pistoleros cayeron al suelo de espaldas, con los pies por alto, lanzando sendos gruñidos de sorpresa. Me puse en pie, y antes de que hubiesen tenido tiempo de recobrase, me apoderé de una de

las pistolas, con la cual les apunté.

Mi acción había resultado tan rápida, que el mongol no había tenido tiempo de hacer nada. Retirándome precavidamente a un lado, le intimé con el arma.

—Suelte la espada o le vuelo la cabeza —dije truculentamente.

El mongol obedeció. Aún no acababa de comprender del todo lo que le había sucedido.

—Sheila —dije—, coge la otra pistola.

La muchacha no se lo hizo repetir. Tomó el arma y encañonó con ella a los pistoleros. Entonces, yo me acerqué al mongol y le sacudí un espantoso guantazo que lo tiró de espaldas contra la pared. El forajido se quedó lívido.

Acto seguido, me agaché y recogí el estoque. Guardé la pistola en el bolsillo de la chaqueta y, sin más preámbulos, empecé a darle con el estoque de plano, empleándolo como si fuese un garrote. El forajido chilló y trató de cubrirse de aquella lluvia de golpes, pero todo fue inútil; si se tapaba la cabeza, le arreaba en la espalda o más abajo todavía. Al fin cayó de rodillas, suplicando piedad abyectamente. Le aticé unos cuantos golpes más y luego acabé lanzando el estoque a un lado.

Los dos pistoleros habían contemplado la escena, impotentes para intervenir, sujetos bajo la amenaza de la pistola que Sheila empuñaba con sólida decisión.

Le pegué una patada en el costado.

—¡Arriba, tú!

El mongol se puso en pie, sangrando por una oreja.

Toda su arrogancia había desaparecido. Ahora no era más que un pelele, aterrorizado por la punta de su propio estoque, dirigida contra su garganta.

—Bien —dije—, y puesto que las cosas han cambiado, vas a decirme, antes de diez segundos, quién es el sujeto que aparece en los negativos...

—Mi amigo Frantzek no le dirá nada, señor Mereth —exclamó una voz en aquel instante—. Por su propio bien y el de la señorita Ayers, le recomiendo que deje caer ese estoque al suelo. Usted, señorita Ayers, suelte la pistola.

Volví la cabeza. Eldon Charles estaba en la puerta del apartamento, empuñando un revólver del 38. Su expresión de

amabilidad no había desaparecido.

Traté de jugar una carta. Acentué la presión del estoque sobre la garganta de Frantzek.

—Si no tira ese revólver antes de un segundo, señor Charles, juro que atravieso el pescuezo de su sicario con el estoque.

El revólver se movió un poco.

—Lo cual —dijo Charles— acarrearía indefectiblemente la muerte de la señorita Ayers. ¿Cree usted que vale tanto la vida de uno de mis hombres como para cambiarla por la de la encantadora Sheila Ayers?

Hubo una pausa de tenso silencio durante unos momentos. Al fin, lanzando un suspiro, abrí la mano y dejé caer el estoque al suelo. Sheila hizo lo propia con su arma.

Los pistoleros se agitaron.

—¡Quietos! —dijo Charles imperativamente—. No quiero que mis prisioneros sufran el menor daño. Deben ser tratados con toda corrección —y con un acento que infundía pánico, añadió—: Al menos, aquí.

Sheila se encaró con Charles.

—¿Qué es lo que pretenden hacer con nosotros?

—Mi hermosa señorita, deberá permitirme guardar la respuesta a esa pregunta para más adelante.

—¿Cómo averiguó la dirección de este apartamento?

—Usted no es muy cuidadosa con sus cosas, señorita Ayers. La encontré, sencillamente, en el de la calle Pensacola. Entonces envié aquí a mis muchachos, pero al ver que tardaban más de lo preciso, se me ocurrió que tal vez pudieran encontrarse en un apuro. ¡Y se encontraban! —añadió, mirando a Frantzek con ceño duro—. Luego hablaremos de esta cuestión, en un lugar más apropiado.

—Está bien —dije, procurando dominar el temblorcillo de mis piernas—, pero ¿qué es lo que van a hacer con nosotros?

—Le diré —contestó Charles con acento pensativo—. De momento, vamos a salir por parejas, perdón, por tríos. Usted vendrá conmigo y con uno de esos muchachos. La señorita irá con Frantzek y con el otro. Tanto usted como ella procurarán mantener en todo momento una actitud normal y circunspecta, so pena de morir en el acto. ¿Me he expresado bien?

—Maravillosamente —suspiré.

Charles inclinó la cabeza.

—Celebro mucho su espíritu de cooperación, señor Mereth —se dirigió al mongol—: Frantzek, vosotros saldréis de aquí dentro de dos minutos exactamente. Dirígete a dónde ya sabes.

—Sí, señor —contestó el individuo.

Charles movió ligeramente el bastón hacia la puerta.

—¿Señor Mereth?

Mientras caminaba hacia la salida, pensé desesperadamente. El fin que nos aguardaba no tenía nada de atrayente. Aquellos tipos no se creerían jamás que Sheila no tenía los clichés, yo mismo dudaba de que me hubiese dicho la verdad al respecto. Por lo tanto, lo lógico era esperar que nos torturasen para arrancarnos una declaración que no podíamos facilitar en modo alguno, y que luego nos enterrasen en cualquier lugar solitario. El panorama, por tanto, no podía ser más lúgubre.

Salimos del apartamento y nos encaminamos hacia el ascensor, deteniéndonos frente a la puerta de acceso al mismo. Era de un tipo algo antiguo, sin sirviente, y de «cabina» bastante amplia. El pistolero que me acompañaba, el cual, por cierto, ya había recuperado su pistola de mi bolsillo, oprimió el timbre de llamada.

Transcurrieron unos momentos. El ascensor llegó al fin. Se abrió primero una puerta y luego la otra.

Entonces pegué un fuerte empujón al pistolero, derribándolo dentro de la «cabina». Antes de que Charles pudiese percatarse de lo que le sucedía, recibió otro terrible empujón que lo proyectó inmediatamente al interior del ascensor. El pistolero se incorporaba en aquel instante, pero al recibir el impacto del cuerpo de Charles, volvió a caer. Los dos se revolvieron frenéticamente, en un alocado torbellino de brazos y piernas, tratando de ponerse en pie.

Cerré la puerta del ascensor y luego la exterior. Apreté el botón de descenso y el aparato empezó a bajar. Miré al indicador luminoso que tenía encima de mi cabeza. Cuando vi que el aparato estaba entre dos pisos, más abajo, abrí la puerta exterior. El ascensor se detuvo en el acto.

Los rufianes quedaron así bloqueados, sin posibilidad de salir hasta que el conserje del edificio acudiera a socorrerles, lo cual no podía hacerse armando mucho alboroto, so pena de levantar demasiadas sospechas. No, tenían que actuar con gran

circunspección, y esto me convenía a mi muy particularmente.

Charles había dicho dos minutos. Regresé junto a la puerta del apartamento de Sheila. No tenía más armas que los puños, pero contaba con la sorpresa a mi favor. Lo único que deseaba era que transcurriesen los dos minutos sin que apareciese nadie por el corredor; de otra forma, mi intento de salvación podría frustrarse.

El tiempo transcurrió infernalmente lento. Por fin sentí que se abría la puerta. Me preparé para actuar. ¿Quién saldría en primer lugar?

El gorila asomó la cabeza. Levanté la mano, dispuesto a descargar el filo sobre su nuca. Nunca lo había hecho, jamás había golpeado a un hombre hasta aquel momento y, por lo tanto, no tenía la menor idea de si el golpe daría los resultados apetecidos. Dicen que, bien asestado, puede resultar incluso hasta mortal; pero que haya producido efecto, la verdad, hasta entonces sólo lo había visto en las películas.

De todas formas, no tuve opción de emplearlo. El gorila miró primero hacia su derecha y luego a la izquierda. Yo estaba a la izquierda y me vio. Ya no podía golpearle la nuca con el canto de la mano. El rufián advirtió mi presencia allí y por un instante se quedó paralizado a causa de la sorpresa. «¿Cómo es que está este sujeto aquí y no con el jefe?», debió preguntarse.

Le metí el pulgar por un ojo. El tipo empezó a bramar. Ya había iniciado la acción de sacar la pistola, pero cuando a uno le meten el pulgar por el ojo, se olvida de todo cuanto pasa en este mundo. Detrás de él, Frantzek preguntó:

—Slim, ¿qué sucede?

Slim no estaba para contestar a demasiadas preguntas. Pero por si acaso reaccionaba, empecé a patearle las espinillas. Slim rugió como león que pierde la presa. Le pegué un terrible empujón con ambas manos en los hombros y lo derribé dentro del apartamento.

Sheila lanzó un grito de alegría:

—¡Paul!

Frantzek la empujó violentamente a un lado. Sacó el estoque y me apuntó al pecho. Tampoco comprendía por qué estaba yo allí, en lugar de hallarme en un coche con su jefe, pero era hombre de acción rápida.

—Quédese quieto, Mereth —dijo en voz baja y silbante—.

Quédese quieto o le ensarto como a un pollito.

Me detuve a dos pasos, con los brazos entreabiertos. El pistolero se revolcaba por el suelo, ajeno por completo a lo que sucedía a su alrededor. El golpe en el ojo y luego el pateo de sus espinillas le habían hecho bastante pupa.

Los ojos de Frantzek me miraron con expresión inhumana. En aquel instante percibí un movimiento hacía mi derecha.

Mi enemigo también se dio cuenta, quizá me vio mover los ojos. Pero cuando quiso reaccionar, era ya tarde. Sheila tenía en alto un jarrón de porcelana y se lo estrelló en la cabeza, con todas sus fuerzas. Frantzek gruñó algo y se desplomó sin sentido.

Me arrojé sobre el gorila, le quité el arma y luego, para proporcionarle un ligero alivio a sus dolores, le aticé un golpe en la sien con la pistola. Slim suspiró y se quedó quieto.

Sheila corrió hacia mí.

—¡Paul! ¿Cómo has podido...?

—Ya te lo contaré luego. Ahora, lo más urgente es escapar. Pero no podemos hacerlo por la escalera ni por el ascensor.

—Utilizaremos el montacargas de servicio —exclamó Sheila con ojos brillantes.

—Muy bien —dije—. Vámonos... No, espera.

El estoque yacía a un lado. Lo tomé por el puño, apoyando la punta sobre un par de libros que deposité previamente en el suelo. Luego pegué un fuerte taconazo a la hoja, cerca ya de la empuñadura. El acero se quebró con sonido casi cristalino.

Coloqué el puño, con diez centímetros solamente de hoja, junto al resto del bastón, devolviendo a éste su aspecto primitivo. Luego lancé el trozo de acero inútil debajo de un diván. Acto seguido agarré la mano de Sheila y echamos a correr.

Al pasar junto al ascensor, vi el bastón de Charles caído fuera del mismo. Repetí con el arma idéntica faena, pero llevándome ahora el fragmento de acero, el cual se quedó más tarde en el montacargas. Hecho esto, escapamos de allí a todo correr.

CAPÍTULO VII

Sheila entró, con un gran paquete en las manos. Me apresuré a aliviarle de su peso. El paquete contenía víveres, unas botellas de bebida y los periódicos de la tarde.

—Las noticias son buenas, Paul —dijo Sheila, dejándose caer sobre un sillón.

—¿Estás segura?

—Lee los periódicos.

Abrí uno de ellos en el acto. Sí, Sheila tenía razón. La policía me exculpaba. Yo no había sido el asesino de Hacking, según los indicios y testimonios recogidos. Sheila quedaba también exculpada, aunque a los dos se nos rogaba pasáramos por la Jefatura para deponer sobre algunos extremos relacionados con ambos asesinatos.

Hice una pelota con el periódico y lo tiré a un lado.

—Es una trampa, Sheila, te lo aseguro.

—¿Lo crees así?

—¡Pues claro que sí! No saben cómo ni dónde encontrarnos, y por ello recurren a...

—Paul —me interrumpió ella.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Tú crees de veras que si la policía hubiese puesto verdaderamente empeño no nos habría encontrado ya?

—No lo creo. Wamptton Falls es una ciudad grande; tiene más de doscientos mil habitantes, repartidos en un área extensísima...

—Está el conserje del hotel —dijo ella—. Eso de que una pareja que se firman como señor y señora Smith, se alojan sin un solo maletín y con las ropas en no muy buen estado, después de todos los jaleos, es más que suficiente para que el conserje haya dado el soplo a la policía.

—Le di cincuenta dólares, recuérdalo. Habrá callado.

—¿Tú crees? Escucha, estamos en un hotel de mala muerte, y las parejas que se alojan aquí para esconder lo que románticamente podría llamarse amores culpables, no dan una propina de cincuenta dólares. Simplemente, traen dos maletas, aunque estén vacías, y se registran como los señores Mac Lean o Warren o algún otro apellido más lógico y menos sospechoso que el de Smith.

—Todo lo que quieras, pero los cincuenta dólares le habrán hecho cerrar la boca. Además, ya llevamos aquí más de una hora. Tú, incluso, has vuelto a salir para comprar algunos alimentos y los periódicos. El conserje habrá leído los periódicos y escuchado la radio. Sabe que nos han exculpado, al menos oficialmente, y que lo único que se nos pide es que nos presentemos en Jefatura a declarar. El conserje dirá: «Pobres, lo han pasado muy mal. Bueno, y si no quieren ir, ¿qué? Al diablo con la policía; que pasen buena noche...».

Sheila se puso muy colorada.

—¡Paul!

—Lo siento —refunfuñó—, pero es así cómo pensará el conserje del hotel.

Ella miró en torno suyo.

—No hay más que una cama —murmuró, todavía sonrojada.

—Es lo mismo. Total, no vamos a dormir esta noche aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Mira, prepara algo de cenar primero. Estoy desfallecido, querida; no he tomado nada desde el desayuno... y desde que descubrí el cadáver de Hacking no he cesado de ir de un sitio para otro, y recibiendo más golpes que una estera, además. Anda, dame de comer o me caeré redondo.

Sheila me miró, sonriéndome con simpatía. Luego, empezando a actuar con rapidez y destreza, dispuso la cena en pocos minutos, sobre una mesita baja, situada en un lado de la habitación.

Cenamos con magnífico apetito. Había traído, incluso, cigarrillos, y encendimos uno al terminar la comida.

Entonces empecé a hablar:

—Querida Sheila, si no te importa, voy a hacer un resumen muy extractado de los principales acontecimientos.

—Muy bien, Adelante, Paul.

—Primero, obtengo unas fotografías. Tú me ves desde tu azotea

y te preguntas quién diablos es ese fisgón que está obteniendo muestras de tu lindo cuerpo con una cámara fotográfica. Te enojas, te vistes, y vienes a mi encuentro, armada con una pistolita. Te llevas la fotografía y los negativos y desapareces sin dejar rastro.

»En el intervalo es asesinada Helen McDrake. Yo capto la escena, cuyo negativo te llevas tú. Al poco rato, vienen tres sujetos, me apalean a conciencia y se marchan. Uno de ellos conocía tu nombre. ¿Por qué?».

Sheila bajó la vista.

—Helen y yo éramos amigas —murmuró.

—Y ella, ¿lo era de Andy Nob?

—Le conocía.

—¿De qué? ¿Cuáles eran sus relaciones?

—Oh, no lo sé, Paul. Además, mi amistad con Helen era superficial. Vivíamos en apartamentos fronteros, y nos visitábamos con alguna frecuencia, pero sin llegar a profundizar demasiado. Calculo que cuando tú le diste mi descripción física, ellos dedujeron que era yo. Nob me había visto un par de veces, eso es todo, te lo juro.

—Sigamos, ya que debo aceptar tus palabras como buenas. Al día siguiente, viene un señor muy peripuesto, Eldon Charles, a comprarme los negativos. Le digo que no los tengo, que te los llevaste tú y luego él dice: «Creí que habría venido a verle el señor Xavier». Charles se marcha, yo voy a tu apartamento y me encuentro a Hacking degollado. En su mano tiene un papelito con la dirección de Xavier. Voy allí y te encuentro a ti. ¿Por qué? ¿Qué hacías en casa de Xavier? ¿Quién es ese Xavier?

Sheila se puso, de pronto, en pie.

—Paul —dijo agitadamente—, lo siento. No puedo contestar a esas preguntas.

—¿Por qué?

—Ni siquiera puedo contestar a ese «¿por qué?». Paul, te aseguro que lo que te he dicho respecto a Helen McDrake es cierto. En cuanto al resto, no puedo responder a ninguna otra pregunta que me formules. Lo siento, pero es así.

Aplasté el cigarrillo en un cenicero.

—¿Ni después de los riesgos que hemos estado corriendo?

Movió la cabeza bruscamente.

—Ni aun así, Paul.

Me puse en pie lentamente y busqué mi sombrero. Ella se percató de la acción.

—¿A dónde vas?

—Encontré en tu bolso un librito de fósforos de propaganda del *Golden Arms*. Quizá allí consiga averiguar algo. Tú me dijiste que Nob es el brazo derecho de Ray Cummings, el propietario del *Golden Arms*.

—Es cierto. Helen me lo confesó.

—¿Qué papel desempeñaba Helen ante Cummings?

—Era su secretaria.

Enarqué las cejas.

—¿Su... secretaria?

—Sí, pero sólo de la parte que pudiéramos llamar estrictamente comercial. En este aspecto, sin embargo, Helen era tremendamente reservada; nunca me contó nada de particular, salvo lo que te he dicho de Nob.

—Si no hubieses destruido los negativos —exclamé rabiosamente.

—Bueno, yo no sabía que en ellos estaba la imagen del asesino —ella trataba de defenderse.

Y de pronto, recordé un detalle olvidado hasta entonces.

—Sheila, pero... si tenemos una fotografía del asesino.

El rostro de la joven se animó repentinamente.

—¿Dónde, Paul?

—En la *Haffner Photograph*. Impresioné tres placas. En dos de ellas estaban Helen y su asesino. Esto lo vi mucho más tarde, después de haber enviado ya la fotografía por correo. Por supuesto, envié la prueba que me pareció mejor. Las otras dos fueron destruidas por «Manazas». Aunque los negativos que reflejaban el crimen hayan sido inutilizados, queda una fotografía. Y ésta puede ampliarse y repetirse una infinidad de veces.

—Es cierto —exclamó ella excitadamente—. Ahora, lo que tendríamos que hacer es ir a la *Haffner Photograph* para recuperar esa fotografía, Paul.

—¿Y por qué no mañana por la mañana? Simplemente, digo que ya no quiero concursar y que deseo retirar la fotografía remitida, eso es todo.

—No —resolvió ella decididamente—, cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

—Pero no podemos entrar en la *Haffner Photograph* así como así —objeté.

—Lo intentaremos —contestó Sheila con resolución. Agarró el bolso y agarró mi mano—. Vamos, camina.

Lancé un suspiro de resignación. Era imposible resistirse, así que me dejé llevar sin otra objeción.

Sheila tenía guardado su coche en un garaje cercano. Lo sacó y se detuvo para que yo pudiera montar en él. Su arrancada resultó tan brusca, que me pegó la espalda contra el asiento, dejándome literalmente sin aliento.

La *Haffner Photograph* estaba en las afueras de la ciudad. Era una empresa que fabricaba película fotográfica, montada no hacía mucho, y que se esforzaba en afianzarse en el mercado, a base, por supuesto, de una campaña de publicidad bien asentada y mejor dirigida. Constaba de varios edificios, destinados a laboratorios, salas de fabricación, montaje, embalaje y demás. Otro más pequeño, situado en el ángulo N, del conjunto, era el de la administración y hacia este debíamos dirigir nuestros tiros.

La fábrica estaba circunvalada por una tapia no exageradamente alta, casi más por delimitar el área que por prevenir robos. La tapia era de mampostería y se llegaba a su borde fácilmente con las manos. En unos momentos estuve a caballo sobre la misma, pensando un tanto irónicamente que en poco más de veinticuatro horas me había visto complicado en una serie de aventuras como jamás las hubiera sospechado en los días de mi vida.

Inclinándome, ayudé a Sheila a trepar a la tapia. Ella se quejó de sus medias, con una incongruencia que a mí me pareció absurda. Pero las mujeres son así.

Salté el primero al suelo y elevé los brazos para recibir en ellos a la muchacha. Primero la sostuve por las piernas y luego por el talle. Cuando hubo puesto los pies en el suelo, atraje su rostro hacia el mío y estampé en su boca un magnífico beso. Ella trató de devolverme la caricia con una bofetada, pero esta vez supe adivinarle el gesto y atrapé la muñeca a tiempo.

—¡Grosero! —dijo en voz muy baja.

—¿Qué quieres, chica? —contesté con gran desparpajó—. Las circunstancias...

—Está bien, pero si intentas aprovecharte de nuevo, gritaré.

La agarré de nuevo por el talle y la miré a lo profundo de los ojos.

—Grita, anda —dije.

Ella me devolvió la mirada. Al fin se echó a reír.

—Paul, éstos no son momentos para efusiones amorosas. ¿Seguimos?

—Conforme.

Cogidos de la mano, echamos a andar lentamente por un callejón situado entre dos edificios. De pronto, cuando ya íbamos a doblar la esquina de uno de ellos, oímos el rítmico rumor de unos pasos que se acercaban a nosotros.

Los labios de Sheila cosquillearon en mi oído.

—Debe ser el vigilante nocturno —susurró.

—¿Y qué hacemos? —preguntó en el mismo tono.

—Inutilizarle. Si da la alarma, estamos perdidos.

La frase me pareció una exageración, aunque en el fondo era razonable. De pronto, la silueta del vigilante apareció ante nosotros.

Salté hacia él, agarrándole por el cuello con un brazo, a la vez que le tapaba la boca con la mano opuesta. El hombre forcejeó, pero había sido cogido por sorpresa, y su resistencia no duró mucho. Truculentamente, Sheila dijo:

—Un solo movimiento más y lo frío a balazos.

El sujeto se aquietó en el acto. Miré a Sheila.

—Hay que atarlo —sugerí—. ¿Cómo lo hacemos?

—Espera —respondió ella. Se dirigió al vigilante—: Túmbese en el suelo boca abajo y no haga la menor resistencia. No pretendemos causarle el menor daño; sólo inutilizarle durante unos momentos. ¿Entendido?

El hombre sudaba de miedo. Sheila estaba situada a un costado suyo, de modo que no sabía si empuñaba o no la pistola. Tenía que creer en la palabra de la muchacha, lo mismo me hubiera pasado a mí, en un caso análogo, por supuesto.

Segundos después, el vigilante estaba tendido en el suelo, boca abajo. A falta de cuerdas, usé tiras de tela de sus pantalones, que deshice de cuatro rasgones. Una de ellas sirvió para amordazarle y

las otras tres sirvieron para sus muñecas, que atamos a la espalda y los tobillos. Al terminar, le registré cuidadosamente, quitándole la linterna y un manojo de llaves.

—Vamos —dije.

Echamos a correr hacia el edificio de la administración. Llegamos a la puerta, que abrimos, después de tantear con las llaves. Entramos en un pequeño vestíbulo, del cual arrancaba una escalera que conducía al piso superior.

A la derecha del vestíbulo había un largo corredor con numerosas puertas, todas ellas con su correspondiente rótulo, indicando el destino de cada departamento. Leímos los rótulos, alumbrándonos con la linterna, hasta convencemos de que allí no podía estar la fotografía acusadora.

—Veamos en el piso de arriba —apuntó Sheila.

Subimos las escaleras en silencio. También allí había bastantes puertas: *Director, Director adjunto, Secretaria, Caja, Control de Expediciones*, etc., todas ellas con el nombre del empleado encima de la frase que indicaba su especialidad. De pronto, Sheila lanzó una exclamación.

Alumbré la placa con la linterna. El rótulo decía:

MISS E. S. SHAYTON
Directora del Concurso Fotográfico

—Tiene que estar aquí, Paul —dijo ella.

—Muy bien, pues, adentro.

Abrimos la puerta, cerrándola con todo cuidado. Usábamos estrictamente la linterna, a fin de no delatar nuestra presencia desde el exterior. Moví el haz de rayos, hasta concentrarlo sobre una gran pila de sobres que había en una mesita auxiliar, junto a la de despacho de la directora del concurso.

—¡Aquí, Sheila!

Corrí hacia la mesa y le entregué la linterna.

—Alúmbrame.

Empecé a repasar los sobres, casi todos del mismo tamaño, ya que la *Haffner Photograph* había exigido unas dimensiones idénticas para todas las fotografías. Pero había más de un millar de sobres y de pronto me sentí descorazonado.

Aquel momento de desaliento pasó pronto, sin embargo. Armándome de valor, agarré una silla, me puse un cigarrillo entre los labios y empecé a hurgar en los sobres. Había escrito la dirección a mano y conocía mi letra.

Una hora más tarde suspendí mi labor. Miré a Sheila.

—Lo siento —dije—. No está aquí.

—¿Seguro?

—Positivamente —afirmé—. Lo he mirado por dos veces.

Ella se mordió los labios. Movi6 la linterna en todas direcciones. De pronto, lanzó una exclamación.

—Paul, mira, ahí hay más sobres.

Sheila tenía razón. En el centro de la mesa grande se veía una gran carpeta, por uno de cuyos lados sobresalían las puntas de varios sobres.

Abrí la carpeta como un loco. Habría allí medio centenar de sobres, conteniendo cada uno su fotografía. Empecé a repasarlos a toda velocidad.

Cinco minutos más tarde, dejaba escapar un suspiro de alivio a la vez que levantaba un sobre en alto.

—Aquí está, Sheila —dije con gran satisfacción.

Ella dio la vuelta a la mesa y se situó a mi lado, mientras yo sacaba la fotografía del interior. La imagen del sujeto con el puñal en alto era sumamente expresiva.

—Bueno —exclamé—, creo que la policía se llevará una gran alegría cuando contemple esta fotografía. Helen y su asesino se ven aquí muy pequeñitos, pero con una lupa las cosas varían.

—Aquí tienes una, Paul —dijo ella, entregándome una que había encontrado sobre la mesa.

Examinamos la escena. El rostro del asesino, un sujeto de treinta y cinco años, estaba deformado por la ira. Helen aparecía aterrorizada, cosa natural en semejantes circunstancias. Por supuesto, el que contemplase la fotografía sin estar advertido del suceso pensaría que se trataba de una broma, sin contar con que la escena había sido registrada en el ángulo inferior derecho y que solamente con recortar un par de centímetros a todo lo largo de la parte inferior, desaparecía el obstáculo que alteraba la belleza de la imagen fotografiada. Esto es lo que hubiera hecho yo, por ejemplo, si la escena hubiera sido una simple ficción.

Pero no había tal ficción, sino que se trataba de la imagen impresa de un crimen, y aquella imagen podía llevar a un hombre a su condena a muerte. Era una importante prueba y nuestro deber consistía en entregarla a la policía.

—Vamos, Sheila —dijo—; se nos hace ya tarde.

—Es cierto —concordó ella. Y entonces, una voz de tonos glaciales nos dejó clavados en el sitio.

—Creo que yo tengo algo que oponer a sus proyectos, señorita Ayers, señor Mereth. Por favor, miren esta pistola que tengo en la mano. Dispone de silenciador y no hará ruido, si me veo obligado a disparar.

CAPÍTULO VIII

El hombre vestía enteramente de negro: sombrero, guantes y abrigo, las solapas del cual estaban subidas hasta las orejas. El ala del sombrero le tapaba los ojos, que cubría con gafas oscuras, y hasta llevaba una especie de bufanda, también negra, que le llegaba hasta más arriba de la nariz. En resumen, no había forma de verle las facciones.

La pistola que empuñaba en su mano tenía un aspecto pavoroso. Estaba rematada por una enorme protuberancia de forma cilíndrica, la que debía ser, sin duda, el silenciador que había mencionado. Finalmente, hablaba con voz opaca, turbia, sin duda para no ser reconocido ni aun de esta manera.

—No pretendo causarles el menor daño —siguió, rompiendo el leve silencio que había causado con su inesperada aparición—; sólo deseo una fotografía que puede causarme mucho daño.

—Tanto como para ocasionarle la muerte, si le atrapa la policía —me atreví a decir.

El asesino soltó un gruñido afirmativo. Luego movió la mano izquierda:

—Deme la fotografía... no, mejor déjela aquí, en el borde de la mesa. Cuidado con las jugarretas; mi primer disparo sería para el bonito pecho de la señorita Ayers.

Sheila y yo nos miramos en silencio. Por un momento, pensé en deslumbrarle con el haz de rayos de la linterna, pero lo tenía Sheila y la pistola estaba, efectivamente, encarada contra su pecho. El disparo mortal sería incomparablemente más rápido que su gesto. Alargué la mano y deposité la fotografía en el lugar indicado.

—Alumbra, señorita —dijo el asesino secamente.

Sheila enfocó el haz de rayos de su linterna sobre la cartulina. El asesino arrojó una rápida mirada a la misma. Después extendió su mano izquierda.

—La linterna.

Sheila se la entregó. Entonces, el sujeto retrocedió dos pasos.

—Señor Mereth, va a hacer usted ahora mismo lo que yo le diga. Recuerde que no está en situación de desobedecerme, ¿entendido?

Asentí silenciosamente. El criminal prosiguió:

—Dé la vuelta a la mesa.

Obedecí sin pronunciar una sola palabra.

—Ahora, busque una cerilla en sus bolsillos y dele fuego a la fotografía.

Respingué; la cosa no era para menos.

—Haga lo que le digo —exclamó el sujeto con voz metálica—; no estoy para dilaciones.

Sheila y yo intercambiamos una melancólica mirada. La amenaza del asesino era total, efectiva; no había medio de resistirse. Así que saqué una tira de fósforos de mi bolsillo, encendí uno y tomando la cartulina con la mano izquierda, arrimé la llama de la cerilla a una de sus esquinas.

Treinta segundos más tarde, sólo quedaban en el suelo un montoncito de cenizas. Debajo de la bufanda, el asesino sonrió, satisfecho.

—Muchas gracias por su eficaz colaboración, señor Mereth. Y ahora...

—¡Un momento! —exclamé de repente.

El asesino me miró con gesto expectante.

—¿Sí? —dijo en tono cortés.

—¿Quién diablos le dijo que la fotografía delatora tenía que estar aquí?

—Muy sencillo —contestó el individuo ufanamente—. Estuve en su apartamento, buscando detenidamente, realizando en él un detallado registro, sin encontrar, por supuesto, lo que buscaba. Pero entre los papeles de su mesa de despacho descubrí una hoja de propaganda de la *Haffner Photograph*. Esto me hizo pensar que tal vez hubiese enviado usted alguna copia al concurso. Mis deducciones resultaron correctas, como han podido ver.

—Pues sí que nos ha fastidiado usted —dije con un gruñido de descontento.

—Lo siento —respondió el asesino fríamente—. Antes que nada es mi vida, compréndanlo. Y ahora...

Pegó a la linterna un fuerte golpe contra el borde de la mesa, dejando la estancia completamente a oscuras. Luego, antes de que nos diéramos cuenta, giró sobre sus talones y echó a correr.

Durante unos momentos, Sheila y yo permanecemos como atontados, sin ánimos para reaccionar. Luego ella, con tono pesaroso, dijo:

—Fui una estúpida, Paul. Nunca debí haber destruido los negativos.

—Eso te pasa por ser demasiado suspicaz —dije ácidamente.

—Pero no me negarás que es una descortesía tuya el obtener fotografías de una dama en *bikini*.

—El cazador no desdeña nunca una pieza cuando se le pone a tiro, querida —repuse filosóficamente.

—¡Obsceno! —Me escupió a la cara. Y, de repente, dijo—: Vámonos ya, aquí estamos perdiendo el tiempo.

Cuando regresamos al hotel era ya bien entrada la madrugada. Yo estaba molido y sólo quería dormir, no tanto por olvidar aquella pesadilla originada por mi afición a la fotografía, como por descansar. Pero en la habitación no había más que un lecho, el cual, forzosa y galantemente, hube de ceder a la muchacha.

Me arrellané en el sillón; coloqué las piernas sobre una silla, doblé la cabeza a un lado y me dormí como un tronco.

Cuando desperté era ya de día completo. Bostezando aparatosamente, me encaminé al baño para despejar de mi mente las brumas del sueño. Me quité la ropa para darme una ducha y entonces reparé en que había algo escrito con lápiz labial en el espejo del lavabo:

Volveré pronto. No te preocupes por mí. Sobre la mesita tienes comida.

»Cariños,

»S».

Me encogí de hombros. Estaba llegando ya a un punto en lo que todo me daba igual. Relegué la nota a un segundo plano y me zambullí bajo la ducha. En aquel momento, mi mayor preocupación era no disponer de ropa limpia para cambiarme.

Al terminar, me vestí nuevamente, quedando en mangas de

camisa. Comí la mitad de una lata de pollo, frío, por supuesto, acompañando la refacción con cuatro galletas y dos sorbos de cerveza de las botellas que Sheila había traído la noche anterior. Luego, puesto que no tenía otra cosa que hacer, me tendí sobre el lecho y conecté la radio que había en la mesita contigua.

Media hora más tarde, el locutor de noticias emitió un boletín, en el cual ya no se nos mencionaba en absoluto. Lo único que dijo es que la policía tenía una pista y que trabajaba activamente en la búsqueda del desalmado asesino. En fin, lo de costumbre.

El día transcurrió lentamente. En una o dos ocasiones, pensé en abandonar el cuarto del hotel. Sheila había dicho que volvería, y quería esperarla. Pero el «pronto» que ella había escrito sobre el espejo se estaba convirtiendo en «muy tarde», quizá «nunca».

Eran ya las ocho de la noche, cuando, desesperado, frenético por la espera, me dispuse a salir a la calle. Entonces alguien llamó a la puerta.

Abrí irreflexivamente, sin pensar en quién pudiera ser. Menos mal que no se trataba esta vez de ningún pistolero. Sin embargo, me costó reconocer a Sheila.

En primer lugar, se había teñido el pelo de un rubio ceniza fascinante. Normalmente, su cabello negro era un tanto ondulado, pero ahora le pendía lacio, suelto por completo, de la forma en que ha sido popularizado por las jóvenes estrellas del cine actual. Y en segundo lugar, delante de ella venía una pirámide de paquetes, cuyo contenido ignoraba por completo.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamé, atónito—. ¡Sheila! ¿Qué es esto?

—No te quedes ahí parado y ayúdame —dijo, enojada—. Y cierra la puerta. ¿O es que quieres que se entere todo el hotel de lo que hacemos?

Reaccioné enseguida, aunque sin comprender del todo lo que pretendía hacer. Descargué los paquetes sobre la cama y la contemplé con gesto inquisitivo.

—¿Y bien, Sheila? —dije.

Ella sonrió pícaramente.

—Aguarda un momento, ¿quieres? —Se inclinó sobre la cama, escogió varios de los paquetes y se encaminó hacia el cuarto de baño. Por encima del hombro, dijo—: Te conviene abrir los otros

paquetes, Paul.

Cerró la puerta del baño, dejándome completamente desconcertado. Por fin empecé a desenvolver las cajas, encontrando en su interior toda la ropa necesaria para vestir de etiqueta. Sheila había sido precavida y no había descuidado tampoco traerme ropa interior. No faltaba un solo detalle; hasta me había comprado una bonita pitillera chapada en oro con mis iniciales.

Permanecí un rato atónito, sin saber qué hacer. De pronto, divisé una cajita pequeña, perdida en aquel maremágnum de ropas y papeles de envolver. La abrí, divisando dentro de la misma unas gafas de gruesa montura negra y un bigote postizo, amplio, frondoso. ¿Tenía que disfrazarme?

Forzosamente, hube de esperar a que Sheila saliera del baño. Cuando lo hizo, sentí que me quedaba sin aliento.

Se había cambiado de ropa y ahora vestía un traje azul brillante, sin hombreras, perfectamente ajustado a sus curvas esculturales. Los hombros estaban cubiertos por una estola de visón, y en torno al cuello llevaba una fina gargantilla de perlas. Con gracia inimitable, dejó resbalar la estola hasta el hueco del brazo izquierdo, y dio un par de vueltas sobre sí misma.

—¿Qué te parezco, Paul?

Tragué saliva sin poder contenerme. La visión de la muchacha resultaba fascinadora. Pero ¿de dónde había obtenido todo el dinero necesario para adquirir aquel montón de ropas?

Ella no me dejó tiempo para reponerme.

—Vamos, Paul, se nos hace tarde y ya tengo una mesa reservada en el *Golden Arms*, a nombre de señor y señora Smith-Brown. Vístete, pronto.

Agité las manos en el aire.

—Un momento. ¡Un momento! ¿Qué diablos significa todo esto, Sheila? ¿Por qué he de cambiarme de ropa y por qué he de acudir a cenar al *Golden Arms*, llamándome Smith-Brown? ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en ese lugar?

—Pero, Paul, ¿es que ya no te acuerdas que estamos buscando al asesino de la pobre Helen McDrake?

—¿Y para qué? El sujeto de los guantes negros nos quitó la última prueba que quedaba. No, yo me voy ahora mismo a la Jefatura de Policía y...

Ella me agarró por el brazo, deteniendo mi acción, a la vez que clavaba sus ojos en los míos.

—Paul —dijo lentamente—, no puedo prohibirte que me dejes. Aunque quisiera emplear la fuerza, tú me ganarías fácilmente. Lo único que te diré es que, sola o acompañada, pienso acudir a cenar al *Golden Arms*.

Cuando a un hombre le hablan de semejante manera, y más si se trata de una chica joven y verdaderamente hermosa, todos los proyectos que ha elaborado, cualesquiera que sean, se vienen abajo. Hay que hacer lo que ella dice... y eso es lo que me pasó a mí.

—Está bien —suspiré—, iremos al *Golden Arms*.

Una sonrisa de satisfacción distendió sus labios. Empinó los pies y frotó su mejilla con la mía.

—Eso era lo que esperaba oírte, Paul —murmuró. Luego me pegó un empujón—: Vamos, vístete pronto.

—He visto un bigote postizo y unas gafas —alegué.

—Naturalmente. Yo también me he teñido el pelo. Puesto que Andy Nob nos conoce, sería absurdo comparecer en la guarida del león con nuestro aspecto habitual, ¿no crees?

Hice un gesto ambigua. Al león, por regla general, suele importarle muy poco la piel de la oveja; le basta con que sea oveja. Pero no había ya medio de retroceder.

Quince minutos más tarde, estaba ya equipado para lanzarme por el sendero de la guerra. Al salir del baño, Sheila me entregó una billetera nueva, llena de crujientes rectángulos de papel impreso por el gobierno.

—Ah, eso sí que no —exclamé, rechazando el dinero—. No soy de los que acostumbran a vivir a expensas de las mujeres...

—Bueno, pero no irás a decirme que en el *Golden Arms* dan de cenar gratis, Paul. ¿O prefieres que sea yo la que haga los pagos? Guarda ese dinero sin el menor escrúpulo; se trata únicamente de lo que pudiéramos llamar gastos de financiación de la campaña. No vamos a trabajar por amor al arte, ¿verdad?

La miré, fijamente, durante unos segundos.

—Sheila —pregunté—, ¿quién eres tú?

—¿Importa eso mucho ahora? —Recogió la estola de piel—. Vamos, la cena se enfría.

Guardé la billetera en el bolsillo posterior del pantalón y salí

tras ella. Mientras descendíamos las escaleras, Sheila dijo:

—Ah, y ya no volveremos más a este hotel. Luego pediré que lleven todas las ropas que hemos dejado a mi apartamento.

—¿No temes que...?

Movió la cabeza negativamente. Yo me dejé llevar sin emitir una sola protesta; realmente, había visto tantas cosas en tan pocos días, que ya empezaba a hacérseme indiferente cuanto pasaba a mi alrededor.

El conserje del hotel se quedó viendo visiones al contemplarnos de aquella manera. Abrió la boca y yo creo que cuando llegamos a nuestro destino aún no la había cerrado.

Al cruzar la acera divisé a un sujeto estacionado unos metros a la derecha de la puerta del hotel. Era el cara cuadrada que nos había visto salir de casa de Xavier, y su presencia allí no dejó de intrigarme. Se lo dije a Sheila y ella frunció el ceño un momento. Luego se encogió de hombros.

—Déjalo —murmuró lacónicamente.

—Tiene aspecto de policía —sugerí.

—Quizá lo sea.

—Eso quiere decir que nos siguen, Sheila.

—Bien, no veo cómo podemos evitarlo, Paul. Lo mejor será que te olvides de él; si no, no harás nada a derechas.

—Eso me está sucediendo desde que se me ocurrió tirar aquella maldita fotografía —me quejé lúgubrementemente, a la vez que me hundía en el asiento del coche.

CAPÍTULO IX

El *Golden Arms* era uno de los locales más lujosos de Wampton Falls. Cierta comentarista radiofónico local, muy conocido por su punzante ironía, dijo en cierta ocasión que cada vez que un cliente penetraba en el local, le colgaban del bolsillo un aparatito que medía la cantidad de oxígeno que respiraba, a fin de incluirla en la nota de consumo. Desde luego, Ray Cummings, el dueño del establecimiento, no había instalado aún los «respirómetros», pero tal como está la ciencia hoy día de adelantada, no desconfío de que algún día se inventen esos aparatos.

Un portero, alto, hercúleo, con galones encima suficientes para equipar a dos docenas de almirantes, nos abrió la puerta, barriendo el suelo con la frente de la inclinación que hizo. Entramos en el local y un obsequioso «*maître*» nos atendió al instante.

—Tenemos reservada una mesa. Señor y señora Smith-Brown —dije con perfecto aplomo.

—Si los señores tienen la bondad de seguirme —murmuró el sujeto. Al llegar a la mesa, situada no lejos de la orquesta, nos acomodó y luego llamó a un camarero. Discretamente, deslicé en su bolsillo un billete y el hombre se deshizo en reverencias.

El camarero nos entregó la carta. Sheila dijo:

—De momento, sírvanos dos *Martini* para entrar en situación. Después le encargaremos la cena.

—A sus órdenes, señora.

Vinieron los *Martini*. Mientras tanto, charlábamos indiferentemente, examinando el amplio salón, cuyo lujo era evidente. En la tribuna de la orquesta, media docena de negros se retorcían epilépticamente, al mismo tiempo que armaban un ruido considerable con sus instrumentos. Una cantante del mismo color, que parecía recién arrancada a la selva, sin más vestimenta que cuatro puñaditos de paja artificial, se movía por el breve escenario,

con la sinuosidad de una serpiente.

A derecha e izquierda de nosotros había dos puertas. Una de ellas se abría y cerraba incesantemente; era la que daba a la cocina. La otra se movía menos; a mi entender, conducía a los servicios higiénicos.

La negra se marchó, y salió una rubia curvilínea, enfundada a presión dentro de un traje de plata, que cantó un par de canciones con voz ronca. Cuando quise darme cuenta, el primer *Martini* había volado ya y tenía otro delante de mis narices. Súbitamente advertí al cara cuadrada, de pie en el mostrador. Su mirada y la mía chocaron durante unos instantes, pero él la desvió casi en el acto. Empecé a preocuparme.

Después de la rubia salieron seis que parecían pertenecientes a la Sociedad Enemiga de los Fabricantes de Ropa. Cantaron y bailaron con la precisión de soldados de una guardia de honor, y luego se fueron. La orquesta negra fue sustituida por otra que empezó a interpretar piezas de baile. Sheila encargó el tercer *Martini* para ambos.

—¿Bailamos? —dijo de pronto.

—Bueno —contesté con indiferencia, lanzándome a la pista. Me preguntaba qué podíamos hacer allí, pero no acababa de verlo claro. De pronto, vi pasar a un sujeto junto al escenario, evitando cuidadosamente chocar con las parejas que bailaban. Era uno de los que habían ayudado a «Manazas» a golpearme.

Se lo dije a Sheila. Ella no se inmutó.

—Es natural —contestó—. Trabajan para Cummings.

—Sí, pero ¿qué diablos hacemos aquí? No veo al asesino.

—Estoy segura de que tiene que hallarse aquí, Paul.



—Creo que está aquí, Paul

—Bueno, démoslo por hecho. ¿Qué haremos entonces? ¿Llamar a la policía a gritos?

Sheila no me contestó. La orquesta había parado de tocar en aquellos instantes y se separó de mí. De pronto, escuché una voz a dos pasos de distancia.

—¿Tendrá la bondad de excusarme unos momentos, señorita Shayton? Vuelvo enseguida.

—No faltaría más —contestó ella.

Disimuladamente, miré a la mujer que acababa de hablar por encima de mi hombro. ¿Qué me recordaba el apellido Shayton? Era una joven atractiva, propietaria de un busto generosamente contorneado y que vestía un traje negro que difícilmente podía contener sus numerosos encantos. La señorita Shayton se sentó dos mesas más allá de la nuestra, en tanto que su acompañante, un sujeto alto y fornido, aunque ya con el cabello entrecano, se dirigía a los lavabos.

Sheila me miró de pronto y se dio cuenta de mi preocupación.

—¿Qué te sucede, Paul?

—Acabo de oír un nombre... —le conté lo que acababa de pasar —. Pero no recuerdo dónde lo he oído anteriormente.

Ella se mordió los labios.

—Shayton —repitió.

Hice chasquear los dedos de pronto.

—Ya está —dije.

Sheila me miró interesadamente.

—¿Sí, Paul?

—Recuerda cierta placa sobre una puerta: «Miss E. S. Shayton, Directora del Concurso Fotográfico».

—¡Cielos! ¿Estás seguro de que escuchaste ese nombre, Paul?

—Positivamente —respondí con enfático acento—. No cabe la menor duda.

Sheila hizo un gesto de desaliento.

—Sí, pero ya no nos sirve de nada el verla aquí, Paul —murmuró—. Aquel sujeto destruyó la única prueba que nos quedaba. ¿Qué le vas a decir a ella ahora?

—Tienes razón —repliqué, desalentado—. Nada, Sheila Habrá encontrado un montoncito de cenizas, pero ni siquiera sabrá a quién pertenece la fotografía destruida.

Sheila me agarró la mano, de repente.

—Mira, Paul; ahora regresa su acompañante. ¿Lo has visto alguna vez antes de ahora? Su cara me recuerda a alguien conocido.

Miré al sujeto con disimulo. Era un hombre guapo, aunque ya bordeando los cuarenta. Pero no cabía la menor duda que con su

tipo, sus sienes plateadas y una buena cartera, aún podía tener mucho éxito entre las mujeres. La presencia de la Shayton en aquel lugar lo demostraba cumplidamente. La directora del concurso fotográfico lo devoraba literalmente con los ojos. Él se dejaba querer.

De pronto, el sujeto levantó una mano. Un camarero acudió y pronunció unas palabras que afectaron fuertemente en nuestro ánimo. Aunque estaban dos mesas más allá, las escuchamos con toda claridad, gracias a un oportunísimo intervalo de silencio entre dos piezas de música.

—Usted dirá, señor Haffner.

El sujeto encargó una botella de champaña, pero ya no nos fijamos en más. Sheila y yo cruzamos nuestras miradas. De modo que el dueño de la compañía fotográfica y su bella secretaria estaban allí.

El cara cuadrada continuaba en el mostrador, poniéndome nervioso a cada momento que lo miraba. El nerviosismo aumentó.

—Tengo que lavarme las manos, Sheila —dije de pronto.

—Y yo necesito empolverarme la nariz —manifestó ella.

—Buenos, vamos.

Atravesamos el salón y penetramos por la puerta que daba a los servicios higiénicos. Al cruzar al otro lado, vimos dos puertas, con los rótulos clásicos. A la derecha se divisaba un largo pasillo, cuyo suelo estaba cosa de un metro por encima del nivel ordinario y al que se accedía por una escalera de cuatro o cinco peldaños. A unos diez metros, el pasillo doblaba en ángulo recto hacia la derecha, pero en el mismo vértice se divisaba una puerta que, según deduje, debía tratarse de la del despacho de Cummings. Aunque en el pequeño vestíbulo que había delante de los lavabos la iluminación era brillante, en el pasillo dejaba mucho que desear.

Cuando me estaba secando las manos, vi que un hombre se ponía a mi lado. Le miré indiferentemente a través del espejo; es esa acción natural e instintiva que se hace en lugares semejantes. El hombre empezó a lavarse también las manos. Tuve que crispas las mías sobre la toalla para evitar que el temblor de todos mis miembros delatara el pánico que acababa de sentir. El sujeto que estaba a mi lado era Nob; y si no me había conocido, era gracias al disfraz que Sheila me había proporcionado.

Terminé de secarme, procurando adoptar una actitud enteramente natural. Luego salí con paso mesurado al vestíbulo y saqué la pitillera.

La puerta de «Señoras» estaba a la derecha, muy cerca ya de la escalera. Empecé a pasearme nerviosamente, mientras inhalaba con rapidez el humo del cigarrillo. De pronto, se abrió la puerta del lavabo de señoras y salió una obesa dama, que se me quedó mirando fijamente durante unos segundos.

Luego dijo:

—Joven, si no tiene más cuidado, se le va a caer el bigote.

Pegué un respingo, a la vez que llevaba mi mano al labio superior. No sé cómo había sido, acaso en algún gesto instintivo mientras me secaba las manos, pero lo cierto es que el bigote se me había ladeado por completo y me pendía a uno de los lados de la boca. La dama continuó su camino como si todo aquello fuese la cosa más natural del mundo.

Mi nerviosismo aumentó, de tal forma que el bigote acabó por desprenderse y caer al suelo. «Manazas» salía en aquel momento del lavabo y, lleno de cortesía, se inclinó para ayudarme a recogerlo, con tan mala suerte, que nuestras dos cabezas chocaron con fuerza y ambos quedamos sentados de golpe en el suelo. Al choque, las gafas se me desprendieron y cayeron entre mis piernas, junto con el bigote.

Sacudí la cabeza. El golpe había sido de los buenos, ya lo creo. En aquel instante, Sheila terminaba de empolvase la nariz.

—Su bigote, caballero —dijo Andy.

—Gracias. Dispense.

—De nada.

Nos pusimos en pie. «Manazas» continuó su camino. Dio tres o cuatro pasos y, de pronto, giró sobre sus talones y se enfrentó conmigo.

—Conque es usted —dijo rabiosamente. Me agarró por el hombro y se dispuso a asestarme un terrible puñetazo en la mandíbula.

No sé qué habría sido de mí sin la oportuna intervención de Sheila.

La muchacha levantó la pierna derecha y clavó la puntera de su zapato en la rodilla de Nob. Yo imité a Sheila y empecé a patearle

las espinillas. Un tratamiento así no hay quien lo resista y Andy no iba a constituir la excepción, así que empezó a dar saltos y a bramar de dolor. Como despedida, y recordando los golpes que había recibido el primer día, me permití el lujo de asestarle un puñetazo demoledor en la boca del estómago. Nob cayó sentado, mientras bramaba como un búfalo enfurecido.

Agarré la mano de Sheila. En aquel momento, y procedente del salón, entraba uno de los esbirros del golpeado. El sujeto nos cortaba la retirada, pero en el primer momento no vio otra cosa que a «Manazas» sentado en el suelo y moviendo mucho las manos; Nob no sabía a qué parte de su anatomía debía atender.

Sheila tiró de mí.

—Por aquí, Paul —gritó. Y los dos echamos a correr pasillo adelante.

Al llegar al ángulo, vimos que se abría la puerta. Ésta giraba hacia afuera. El segundo de los esbirros asomaba en aquel momento su rostro. Pegué un terrible empujón, y la puerta le machacó las narices. Sheila y yo doblamos el callejón y continuamos corriendo durante otros diez o doce metros, hasta llegar a otro sitio en que el pasillo giraba igualmente en ángulo recto. Oímos pasos apresurados a nuestras espaldas.

Volví la cabeza. Nob se había puesto en pie; debía tener una capacidad fabulosa para encajar los golpes, y corría detrás de nosotros.

—Date prisa, Sheila —dije.

Aquel tramo del pasillo terminaba en una escalera idéntica a la anterior, y al pie de la misma se abría la puerta de la cocina. Formando ángulo con ésta, se hallaba la puerta que daba al salón. Frente a la de la cocina, el muro del corredor hacía una especie de repliegue. Era evidente que no podíamos escapar por la cocina, al menos mientrasuviésemos a los forajidos a nuestro alcance. Tiré del brazo de Sheila y la obligué a esconderse en el ángulo del repliegue, detrás de mí. Los pasos de Nob sonaban cada vez más peligrosamente próximos.

De pronto, salieron dos camareros, portadores ambos de sendas bandejas cargadas de vajilla. El primero, atento a su servicio, no se fijó en nosotros; giró un cuarto a su izquierda y enfiló hacia la puerta de acceso a la sala. El otro le seguía inmediatamente y nos

vio, pero no se detuvo, a pesar de vacilar levemente. En el mismo momento, escuché los pasos de Nob ya en el primer peldaño. El forajido venía a toda velocidad.

Levanté la pierna derecha, sacándola fuera del repliegue. Nob tropezó con aquel inesperado obstáculo y cayó hacia adelante con tremendo ímpetu, golpeando con la cabeza en la espalda del segundo camarero.

El hombre fue proyectado hacia adelante con indescriptible violencia. La bandeja voló por los aires, con estruendo aterrador.

El segundo camarero alcanzó al primero, quien ya abría la puerta. Éste salió arrojado con ímpetu terrorífico. Su bandeja echó a volar, yendo a parar a la cara de una pomposa dama, que recibió de lleno todo el contenido. La dama y su acompañante rompieron a gritar de inmediato.

La cosa no paró ahí. El camarero no había podido detener su impulso y aterrizó de bruces en la mesa siguiente, que se derrumbó con tremendo estrépito, junto con dos de sus ocupantes. El escándalo era aterrador.

Delante de nosotros, Nob y el camarero se revolcaban por el suelo, poniéndose perdidos de comida. El camarero empezó a levantarse, pero pisó un filete en salsa que yacía sobre el cemento y resbaló hacia adelante. Al caer, su frente golpeó la nariz de «Manazas», el cual prorrumpió de inmediato en atroces aullidos. La cosa, sin embargo, no había terminado todavía.

Otro de los compinches de Nob corría por el pasillo en dirección a nosotros. Me agaché rápidamente y tomé la bandeja caída, con ambas manos. Cuando el sujeto estaba ya a nuestro alcance, moví la bandeja, estrellándosela contra el rostro. El pistolero cayó de espaldas, aullando como un energúmeno.

El escándalo era fabuloso. Los gritos sonaban por todas partes. Nob y el camarero pateaban frenéticamente, tratando de incorporarse en un suelo viscoso y resbaladizo, a causa de las salsas vertidas. No obstante, aquello no podía durar demasiado.

Agarré la mano de Sheila y tiré de ella hacia la cocina. Era el único sitio por donde podíamos escapar. Cruzamos el pasillo, esquivando los manotones de los forajidos, aún medio atontados, y entramos en la cocina, en el preciso instante en que el tercero de los sujetos corría pasillo adelante.

Los cocineros se volvieron a mirarnos. Estaban aturdidos, no sabían a qué se debía aquel fenomenal estruendo. Al otro lado divisé una puerta, que debía ser la de servicio. Pero en aquel instante, el tercer forajido irrumpió en la cocina. El sujeto hizo ademán de sacar una pistola al vernos allí.

No le di tiempo. Sobre una mesa contigua había una monumental tarta, dispuesta para ser servida. Alguien había querido celebrar su cumpleaños en el «Golden Arms», pero nosotros íbamos a estropearle la fiesta. Agarré la tarta con ambas manos y se la estampé en el rostro al sicario. Éste se sentó en el suelo, completamente cegado.

Sheila y yo echamos a correr. Los cocineros, espantados, se apartaban de nuestro paso. Alcanzamos la puerta y salimos al patio de estacionamiento. Buscamos nuestro coche y salimos de estampía, dejando detrás de nosotros un alboroto fenomenal que sería recordado durante mucho tiempo.

CAPÍTULO X

Rodamos en silencio durante largo rato. Yo conducía el automóvil y, francamente, no me sentía demasiado satisfecho de lo ocurrido. Habíamos organizado el gran escándalo en el «Golden Arms», pero los progresos obtenidos habían sido nulos por completo.

Así se lo dije a Sheila. Ella se encogió de hombros.

—Lo siento, Paul. Las cosas se han torcido y hay que tomarlas como vienen.

—Pero el asesino de Helen McDrake y de Hacking continúa en libertad. ¿Y quién sabe si también planeando nuevos crímenes?

—No lo creo.

—Lo dices muy convencida, Sheila.

—Tengo razones para ello, Paul.

—¿Qué razones?

—Lo siento, pero no puedo hablar.

—Eres incomprensible —refunfuñé—. ¿Por qué diablos se me ocurriría a mí tomar aquellas malditas fotografías de una dama que quería broncearse la espalda?

Ella sonrió suavemente.

—Se hubiera necesitado mucha fuerza de voluntad para no hacerlo, sobre todo disponiendo de medios idóneos, ¿no es cierto?

—Al principio, me trataste de sucio chantajista.

—Me lo pareciste así. Siento habértelo dicho, Paul.

—Eso está muy bien, Sheila. Lo que ya no está tan bien es tu reticencia y la forma tan misteriosa que tienes de guardar para ti ciertos secretos que me gustaría conocer. Porque, no sé si te habrás dado cuenta, me estoy jugando el pellejo lindamente cada vez que salgo de aventuras contigo.

—Un poco de paciencia, Paul —rogó ella, sonriendo hechiceramente.

Me encogí de hombros.

—Bueno —murmuré—, dicen que en el Más Allá se conocen todas las cosas que ahora nos permanecen ocultas. Entonces sabré el porqué de estos líos... incluso podré averiguar quién es el misterioso señor Xavier.

—Avísame cuando lo sepas, Paul. Yo también estoy muy interesada en ello.

Solté un bufido de descontento. Luego me encerré en un prolongado mutismo, que duró hasta que nos vimos frente a la puerta de mi apartamento.

—¿Piensas seguirme hasta aquí? —pregunté.

—Naturalmente. En estos momentos, tu casa es el lugar más seguro para mí.

Hice un movimiento de duda con la cabeza. Luego abrí la puerta.

Un momento después, decía:

—Te equivocas, Sheila. Mi apartamento no tiene nada de seguro.

Sheila ahogó un grito de susto al ver a Frantzek, que nos encañonaba con una pistola sostenida con su mano izquierda. En la derecha tenía el inevitable bastón de estoque. Slim y el otro estaban a sus flancos, armados igualmente de sendas pistolas.

Frantzek sonreía venenosamente.

—No se queden en la puerta, por favor —dijo con acento untuoso—. Pasen, se lo ruego.

Sheila y yo nos miramos, ambos muy pálidos. Pero no había otra opción. Cruzamos el umbral y, en el acto, Slim cerró la puerta.

—Su manera de actuar para escaparse de nosotros es altamente elogiabile, señor Mereth —dijo el mogul—. Pero, como comprenderá fácilmente, no vamos a permitirle que lo haga por segunda vez.

—¿Cómo vinieron hasta aquí? —exclamó Sheila, de pronto, adelantando un paso.

Frantzek continuaba sonriendo.

—Deducción, simplemente. Y unas cuantas investigaciones, por supuesto. La señorita Ayers tiene dos apartamentos; no estaba en ninguno de ellos. En los hoteles de la ciudad no daban razón de ninguno de ustedes dos.

Mentalmente, di las gracias al conserje del hotel en que nos habíamos alojado. El hombre nos había sido fiel.

—La policía les ha exculpado —siguió Frantzek—. Si no estaban en ninguna otra parte, tendrían que hallarse aquí... o acudir, tarde o temprano, como así ha sucedido.

—Bien —dije—, y ahora que ya nos tiene en su poder, ¿qué es lo que quiere de nosotros?

—Lo verán más tarde —contestó el repelente sujeto—. Ahora, háganme el favor de volverse de espaldas y poner las manos atrás. No traten de jugarnos una mala pasada; estaremos prevenidos.

Sheila y yo nos dirigimos una lúgubre mirada. Luego, en completo silencio, hicimos lo que se nos decía.

Inmediatamente, Slim y el otro nos ligaron las muñecas, utilizando para ello tiras de cinta adhesiva. Otros retazos de lo mismo fueron a parar a nuestra boca, con el fin de impedirnos gritar.

—Escuchen —dijo Frantzek—, vamos a llevarlos a un lugar reservado, desconocido para ustedes, por supuesto. No pretendemos causarles el menor daño... por el momento. Pero eso depende sobre todo de ustedes mismos.

Movió la mano ligeramente.

—Andando, chicos.

Slim me agarró del brazo, y el otro se encargó de Sheila. La hora intempestiva favorecía su actuación. Caminamos hasta el ascensor, el cual nos condujo a la planta baja en pocos momentos. Atravesamos el vestíbulo, completamente desierto en aquellos momentos, y llegamos a la puerta exterior.

Antes de cruzar la acera, Frantzek se cercioró de que el campo estaba despejado. Luego hizo un ademán y nuestros captores nos obligaron a correr hacia un enorme automóvil aparcado junto a la acera. Sheila, Frantzek, Slim y yo pasamos a la parte posterior. El otro gorila se encargó de la conducción.

Rodamos sin dificultades por las silenciosas calles de la ciudad, en las que el tránsito se había reducido al mínimo. Pese a las seguridades dadas por el mogol, yo no las tenía todas conmigo; en aquellos instantes hubiese dado algo muy valioso por encontrarme a cientos de millas de distancia.

En media hora estuvimos fuera de la ciudad. El conductor aumentó la velocidad un tanto. Transcurrió otra media hora. El coche se metió entonces por un camino secundario, en bastante mal

estado a juzgar por los saltos que daba. Tres millas más adelante el conductor golpeó el volante hacia la derecha adentrándose por lo que parecía un infame sendero de mulas.

Recorrimos así cosa de media milla. Al cabo, el auto desembocó en una pequeña plazoleta, rodeada de árboles de espesa copa, en uno de cuyos lados se veía una antigua casa de piedra, de dos pisos. El conductor frenó junto a la puerta y se apeó.

Frantzek saltó el primero. Educadamente, nos ayudó a bajar del coche. Slim había abierto ya la puerta de la casa y cruzó el umbral, encendiendo las luces del vestíbulo.

Entramos en el edificio, viejo y abandonado. Slim estaba ya al otro lado del vestíbulo, en donde se divisaba una estrecha puertecita situada al pie de la escalera que conducía al piso superior.

Frantzek nos indicó que caminásemos hacia dicha puerta.

Una escalera en descenso nacía desde aquel lugar.

Sheila y yo bajamos por los peldaños, húmedos y resbaladizos, llegando segundos después a un espacioso sótano, alumbrado por una sola bombilla situada en el dintel de la puerta de acceso al mismo. Slim trajo dos sillas; era el único mobiliario del sótano.

Frantzek nos indicó que ocupásemos las sillas. Luego nos quitó las tiras de esparadrapo que nos impedían hablar.

—Les ruego mil perdones por lo que nos vemos obligados a hacerles, pero crean que nos resulta absolutamente necesario.

—Si le pesca la policía, lo pasará mal —amenacé fútilmente.

Frantzek sonrió.

—Si tuviese miedo de la policía, no les hubiera traído aquí —contestó, lleno de lógica—. Bien, por el momento, les dejo ahí solos. Fíjense en que el sótano no tiene más que una salida y recuerden que en todo momento habrá un hombre armado en la puerta de arriba, suponiendo que puedan liberarse de sus ataduras, claro está. Para qué estén más cómodos, les recomiendo que no se muevan de las sillas. Y ahora, hasta luego.

La puerta del sótano se cerró. Sheila y yo quedamos solos.

—¿Qué pensarán hacer estos sujetos con nosotros? —pregunté al cabo de unos momentos de silencio.

—No lo sé, pero tanta amabilidad me da mucho frío, ¿qué quieres que te diga?

Revisé el sótano con la mirada. Frantzek tenía toda la razón del mundo: sólo había una salida.

—¿Tendrá esto que ver con las fotografías? —sugerí.

Sheila me dirigió una mirada de reproche.

—¿Esperabas algo en contrario?

—Pero es que ya no tenemos esas fotografías —alegué.

—Sí, claro, pero díselo a ellos. No se lo creerán.

Suspiré resignadamente. Sheila tenía razón. No se lo creerían.

El tiempo empezó a pasar lentamente. El sótano era frío y húmedo y al cabo de un rato empezamos a perder calor. Me estremecí un par de veces. Sheila no lo pasaba mejor que yo, puesto que sólo llevaba el vestido el cual le dejaba los hombros al descubierto. La estola se había quedado en mi casa cuando fuimos aprehendidos.

De pronto, cuando ya había transcurrido un lapso de tiempo que nos pareció interminable, se abrió la puerta del sótano. Eldon Charles penetró por la puerta, seguido de Frantzek y de los otros dos sujetos. El frío que ya sentíamos desapareció en un momento.

—Buenas noches, señorita Ayers. Buenas noches, señor Mereth.

Sheila frunció los labios. Yo no dije nada.

Charles no se inmutó.

—Siento mucho haber llegado a la situación en que estamos, pero es absolutamente necesario que nos digan dónde están los negativos que tanto buscamos.

—Pierde el tiempo, hermano —dije con toda frescura—. La señorita Ayers destruyó esos negativos. Lo crea o no, así es, y ya se lo hemos repetido en más de una ocasión, creo yo.

Los ojos de Charles brillaron repentinamente. Movié la mano derecha.

—Vamos, Frantzek.

Una expresión de sadismo inconcebible apareció en el rostro del sujeto. Avanzó hacia la muchacha y le asestó dos terribles bofetadas. Sheila rodó por el suelo, con gran revoloteo de faldas, a la vez que lanzaba un agudo grito.

Aquello me puso una venda en los ojos. Me incorporé de un salto, haciendo ademán de lanzarme sobre el mongol. Frantzek retrocedió un paso y echó mano a su bastón. Tiró del puño... ¡y sacó solamente diez centímetros de hoja!

El fulano se quedó de piedra al darse cuenta de que le faltaba el estoque. Seguramente, no se había molestado en comprobar que lo tenía intacto, después de que Sheila le rompiese el jarrón en la cabeza. Por un instante permaneció allí, quieto, en actitud estúpida, contemplando incrédulamente su estoque incompleto. Los otros tres se hallaban también muy sorprendidos.

Sheila gimió. Entonces levanté mi pierna derecha y asesté a Frantzek un terrible golpe en el bajo vientre, que le hizo lanzar un aullido espantoso. Frantzek se derrumbó al suelo, revolcándose como un poseso. Yo había perdido el dominio de mis nervios y, haciendo caso omiso de mis captores, olvidando incluso que tenía las manos atadas a la espalda, empecé a patearle con furia.

Frantzek chillaba como un energúmeno. Slim quiso arrojar sobre mí, pero hice un movimiento brusco con la cabeza y le machaqué las narices. Slim se retiró a un lado a meditar sobre la fragilidad de los apéndices nasales en general y del suyo en particular. En cuanto a mí, parecía haberme convertido en una bestia ávida de sangre.

Ciertamente, Charles no se había esperado aquella reacción mía, tan furiosa como inesperada. Cuando quiso recobrarse, ya tenía mi frente en su mandíbula, Cayó el suelo, pataleando aparatosamente. Entonces vi que alguien saltaba sobre mí.

Giré en redondo. En aquel instante, una cosa cayó sobre mi frente con demoledor estruendo. La bombilla que alumbraba el sótano empezó a girar vertiginosamente en espiral, mientras se alejaba a gran velocidad hasta esconderse detrás de un muro de impenetrable oscuridad.

CAPÍTULO XI

Desperté más tarde, cuando alguien arrojó sobre mi cara un chorro de agua fría. Al cabo de unos momentos, recuperé el conocimiento lo bastante para darme cuenta clara de lo que sucedía a mi alrededor.

Unos brazos fuertes me cogieron por debajo de los sobacos, colocándome en la silla. Torpemente, pude divisar la imagen de Sheila en la silla contigua. Ella me miró con expresión compungida.

—Lo siento, Paul —se excusó.

Hice una mueca. La cabeza me dolía aún horriblemente.

—Bueno, esto es algo que ya no tiene remedio —contesté.

De pronto se oyó un fuerte chasquido. Volví los ojos hacia donde sonaba aquel ruidito. Frantzek, recuperado ya, al parecer, tenía en la mano una navaja de resorte, cuya punta apoyó en la mejilla de la chica. Los otros dos sostenían su cabeza, a fin de impedirle todo movimiento. Charles estaba frente a mí, apuntándome con una pistola.

—No vuelva a moverse otra vez, Mereth —dijo con voz dura—, o le pesará.

—¿Qué es lo que pretenden hacer con la señorita Ayers? —grité—. ¡Ella les dijo la verdad, quemó los negativos!

—Está mintiendo. Ha mentido de principio a final —alegó Charles—. Esos negativos existen todavía y nosotros los queremos, ¿entendido?

—Lo entendería mejor si nos dijera para qué los quieren —exclamé.

—Eso no es cuenta suya, Mereth. Usted sabe dónde están los negativos; ella ha tenido que decírselo, a la fuerza. Si antes de medio minuto no nos ha contestado, Frantzek practicará el primer corte en la tersa piel de la señorita Ayers —Charles soltó una burlona risita—. Y le aseguro que hay mucha piel donde cortar,

Mereth.

Tragué saliva durante unos momentos, en tanto hacía funcionar a mi imaginación con toda rapidez. Era preciso buscar una salida a aquella desesperada situación, ya que no cabía la menor duda de que Charles estaba dispuesto a llevar a cabo su amenaza.

En cuanto a Frantzek, no había más que mirarle a la cara. Era el clásico tipo repleto de sadismo, que disfruta haciendo daño; no importa a quién, si animal o persona; el caso es hacer daño. La vista de la sangre le causaría vivos espasmos de placer.

—Está bien —dije al cabo, fingiendo resignación—. Ese chino de pacotilla, que quite la navaja de la cara de la señorita Ayers.

Frantzek miró a Charles. Éste hizo un gesto de aquiescencia. La chica me miró a mí con gesto extrañado.

—Les diré dónde están los negativos —seguí. La expectación era enorme—. La señorita Ayers hizo un paquete y lo envió a Lista de Correos.

—¿A nombre de quién? —preguntó Charles vivamente.

—¿A nombre de quién iba a ser? Al mío, por supuesto —contesté con gesto despectivo.

Charles se tiró del labio inferior, con expresión recelosa.

—Es posible que diga la verdad —exclamó al cabo—. Frantzek, regístrale y dame su documentación. Iré yo a la Central de Correos a reclamar el paquete, fingiendo ser el destinatario.

Era preciso actuar de aquella manera. Ganar tiempo, sobre todo, me dije, pero más que nada, evitar que el rostro de Sheila sufriese alguna mutilación irreparable. Ella me miró; había comprendido mis intenciones.

Mi documentación personal pasó a manos de Charles, el cual la examinó brevemente, quedando complacido de la revisión. Luego se la guardó en el bolsillo.

Consultó su reloj.

—Son las cinco de la mañana —dijo—. Hasta las ocho no abrirán la central de Correos. A las nueve estaré de vuelta.

Me miró con rostro hostil.

—Espero que me haya dicho la verdad, Mereth, porque, de lo contrario, no tendré compasión de ustedes dos. ¡Frantzek!

—¿Sí, jefe?

—Vigilad constantemente a la pareja. No les permitáis realizar el

menor movimiento.

—Está bien, váyase tranquilo.

Charles giró sobre sus talones y se alejó rápidamente. Después de su marcha, el tiempo empezó a pasar de nuevo con gran lentitud.

Slim y su compinche se retiraron a un rincón, en donde empezaron a charlar en voz baja, mientras fumaban un cigarrillo. Frantzek se paseaba, arrojándonos duras miradas con frecuencia. Sobre todo a mí, ya que, al parecer, aún le escocían los golpes recibidos.

Pensé en lo que sucedería a las nueve de la mañana, cuando Charles viese que le había engañado. ¿Qué haría entonces? ¿Apelar a la tortura de nuevo? ¿Matarnos sin más trámites?

De pronto, cuando menos lo esperábamos, sonó un ruidito en la parte superior de la escalera. Todos volvimos la cabeza hacia el mismo lugar, con gesto simultáneo.

El ruido se repitió. Frantzek dijo:

—Slim, anda a ver.

El aludido asintió. Sacó la pistola y se dirigió hacia la escalera, desapareciendo en su interior. Diez segundos más tarde se oyó el ruido de una ametralladora.

Un cuerpo cayó rebotando por los escalones. Era el de Slim, el cual quedó tendido de bruces, sangrando profusamente por los numerosos orificios que le había producido en su cuerpo la descarga. Después de la serie de estampidos, oímos pasos rápidos que se acercaban al sótano. Yo no tenía la menor idea de la identidad del o de los recién llegados; lo único que sabía en aquellos momentos era que alguien venía, y con no muy buenas intenciones. Por si acaso se perdía alguna bala, me lancé a un costado, empujando a Sheila al suelo. Rodé una vez y quedé mirando hacia la puerta.

Todo se produjo en cuestión de segundos, pero a mí me pareció que la cosa duraba un siglo. Viendo que Slim caía al suelo, Frantzek dio un salto de tigre y se apostó a un lado de la puerta, sacando su navaja de resorte.

Un sujeto apareció en el umbral. Lo reconocí al instante. Era uno de los compinches de Nob, y portaba una ametralladora «Thompson». Divisó al otro forajido, levantó el arma y soltó una descarga que lo acribilló en el acto.

Todavía estaba disparando el arma, cuando Frantzek saltó hacia él y le clavó el puñal en la nuca. El sujeto se desplomó al suelo, pataleando espantosamente, con el acero hundido hasta la guarda. Frantzek dio dos pasos hacia adelante para apoderarse del arma.

En lo alto de la escalera tableteó una pistola varias veces. El mogol empezó a saltar y a dar vueltas en el suelo, revolcándose de un modo espantoso. Un hombre apareció por la puerta. Era Andy Nob.

Nob traía una automática en la mano. Frantzek pataleaba todavía. Se acercó a él y le pegó dos tiros más en la cabeza. Los movimientos del mogol cesaron en el acto.

Acto seguido, Nob se encaró con nosotros. Sentí un frío espantoso al pensar en lo que nos iba a suceder dentro de poco.

Andy volvió la cabeza.

—¡Baja, Garry!

El otro pistolero compareció de inmediato. Contempló con pesar el inerte cuerpo de su compañero, en el que la navaja de Frantzek había causado ya efectos mortales.

—Lo mató ese maldito —dijo rabiosamente, pateando el cuerpo del mogol.

—Bueno, mala suerte —respondió Nob, filosóficamente. Luego le dio una orden—: Desátalos, anda.

Garry se acercó a nosotros, después de enfundar su pistola, y quitó el esparadrapo que ligaba nuestras muñecas. Sheila tosió; la atmósfera apestaba a cordita quemada. La ayudé a incorporarse y quedé a su lado, sosteniéndola por el talle, mientras miraba a Nob.

—Vamos —dijo éste.

—¿A dónde? —inquirí.

—No haga preguntas —refunfuñó «Manazas».

Nos habíamos librado de una buena para caer en otra peor, me dije amargamente, mientras sorteábamos los cuerpos yacentes en el suelo. Subimos las escaleras y llegamos al vestíbulo. Al atravesar la puerta de salida, pudimos darnos cuenta de que ya empezaba a amanecer.

Nob señaló un coche que había frente a la casa. Con gran sorpresa, pude darme cuenta que era el de Sheila.

—Ahí lo tienen —dijo secamente—. Tómenlo y lárguense.

Por un momento, pensé que no oía bien.

—¿Está seguro de lo que dice? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué nos suelta?

—Mi jefe ha decidido que ya no nos son ustedes necesarios —replicó el forajido, abruptamente—. Les presenta sus disculpas y les ruega olviden todo lo que ha sucedido.

—¿Cree que eso es fácil? —Miraba a Nob de frente.

—Ya lo creo. Se juegan la vida, si hablan una sola palabra de todo lo ocurrido.

Sheila tiró de la manga de mi traje.

—Vámonos, Paul. El señor Nob tiene razón.

—Bueno, en tal caso... Adiós, Nob.

—Recuerden —nos advirtió éste, mientras ayudaba a cerrar la portezuela del coche—. Silencio.

—O. K. —contesté, embragando ya.

Durante largo rato, rodamos en silencio. Mi cabeza bullía en mil pensamientos contradictorios, sin saber a qué carta quedarme. No entendía por qué habían intervenido aquellos sujetos a favor nuestro —¿acaso nos habían seguido después del jaleo del «Golden Arms» y visto que éramos secuestrados por Frantzek y sus compinches?—. Esto parecía lo que debía haber sucedido, no podía haber sido de otra forma, pero no acababa de comprender por qué se portaban tan correctamente con nosotros. De repente, se me ocurrió una idea.

—¿Sheila?

—Sí, querido —contestó ella con voz soñolienta.

—¿Nos sigue alguien? ¿Quieres mirar, por favor?

Mis palabras espabilaron a la muchacha. Sheila se incorporó en el asiento y miró hacia atrás atentamente durante unos momentos. Al cabo dijo:

—Tenías razón, Paul; nos sigue un coche.

—¿Puedes ver a sus ocupantes?

—No, está demasiado lejos.

Reflexioné durante unos momentos. Ya estábamos llegando a la ciudad, que empezaba a despertarse poco a poco. El tránsito no era aún demasiado espeso, por lo que podía correrse sin dificultad a buena marcha.

Di gas al coche y aumenté la velocidad a cuarenta millas por

hora. El auto perseguidor se mantuvo firme. Ya estábamos en las primeras casas de Wampton Falls.

—Continúa detrás de nosotros, Paul —anunció Sheila.

Aumenté la velocidad del coche. La aguja subió a cincuenta y cinco. Confié en no encontrar a ningún guardia celoso de sus prerrogativas. Sin embargo, aquella velocidad no era todavía suficiente para despegarnos de nuestros perseguidores. Se me había ocurrido que Nob nos había soltado para espiar nuestras reacciones posteriores.

—¿No puedes despistarle, Paul?

Demoré la respuesta unos momentos. Al fin creí haberla hallado.

—Agárrate bien, Sheila —contesté.

Atravesamos la Segunda Avenida como un huracán.

Un camión de reparto de leche que venía por la calle Monroe en sentido transversal, quemó sus frenos para no estrellarse contra nosotros. Estoy seguro de que rompió más de la mitad de las botellas que transportaba. Y me alegro mucho de no haber oído las maldiciones que nos dedicaba su chofer.

La calle Chattanooga se nos acercó velozmente. Reduje la velocidad a cuarenta millas y doblé hacia la derecha, haciendo protestar a las llantas del auto de un modo espeluznante. El auto derrapó un poco, pero pude mantenerlo firmemente. Apenas hube entrado en la calle, frené casi en seco, aunque sin parar del todo la marcha.

La calle Chattanooga era lo bastante ancha para lo que me proponía hacer. A treinta metros de la entrada, hice virar en redondo al automóvil, dirigiéndome de nuevo hacia la Segunda Avenida, a la vez que pisaba el acelerador a fondo.

En aquel instante, el coche perseguidor doblaba la esquina. Su conductor, el cara cuadrada, se sorprendió enormemente de ver que virábamos en redondo. Trató de frenar, pero yo me le eché encima a toda marcha. El sujeto se vio acorralado y para evitar el choque, se subió a la acera. Sorprendido por mis inesperadas maniobras, no había reducido la velocidad, así que fue a estrellarse de morro contra un escaparate, por el cual metió toda la parte delantera del vehículo, con formidable estruendo. Acto seguido, viré ligeramente hacia la derecha y escapé a toda velocidad por la Segunda Avenida en dirección a mi departamento.

Sheila me miró con admiración no disimulada.

—¡Pedazo de Fangio! —dijo en voz baja.

CAPÍTULO XII

Serví el café. La muchacha tomó su taza casi de un golpe. Como yo, ansiaba recuperarse de los horrores que habíamos padecido aquella noche memorable.

—Sheila —dije.

—¿Sí, Paul?

—Estaba pensando...

—¿En qué?

Encendí un cigarrillo y lancé el humo al techo.

—¿No te parece extraño que Cummings haya enviado a sus hombres a liberarnos?

—Bueno, un poco raro sí es, Paul —Sheila bostezó aparatosamente—. Me estoy cayendo de sueño.

—Yo no tengo ninguno en absoluto —contesté, paseándome nerviosamente por la estancia. Ella estaba en un sillón, con las piernas dobladas por encima de uno de los brazos del mueble y la cabeza reclinada lánguidamente en el respaldo del mismo—. Cada vez que pienso en la intervención de Nob y sus hombres, me pongo frenético.

Ella volvió a bostezar.

—Querido, te salvaron, ¿no es eso? Entonces, ¿a qué preocuparte más?

Seguí fumando, mientras hacía trabajar a mi cerebro activamente. De pronto, oí un hondo suspiro. Miré hacia la muchacha. Sheila dormía como un tronco.

Esto me inspiró una idea repentina. La agarré en brazos y la llevé a mi cama. Ella se removió, débilmente, murmurando algo entre dientes. La deposité sobre el lecho, le quité los zapatos y luego cubrí su cuerpo con una manta. Acto seguido, saqué del armario un traje limpio y pasé a la habitación contigua, en donde hice el cambio de indumentaria.

Al terminar, consulté el reloj. Eran las ocho menos veinte. Tenía que darme prisa si quería llegar a tiempo a la central de Correos. Charles había prometido que estaría allí a las ocho en punto, y quería ver cuál era su reacción al darse cuenta de que le había engañado. Luego le seguiría y...

Bajé en el ascensor y, unos momentos después, partía a escape hacia la central de Correos, a la cual llegué quince minutos más tarde, justo cuando el reloj del frontispicio marcaba las siete y cincuenta y ocho minutos. Estacioné el coche frente al edificio, un colosal mamotreto de líneas griegas, con grandes columnas de estilo dórico y al cual se ascendía por una impresionante escalinata de quince o veinte peldaños, cuya anchura era la misma que la del edificio.

La gente acudía ya a la central. Encendí un cigarrillo y esperé. Dieron las ocho y no ocurrió nada. Por supuesto, Charles debía tardar todavía un rato; antes era preciso que se enterase de la desagradable noticia que supondría para él el hecho de que no existía tal paquete a nombre de Paul Mereth.

Pasaron cinco minutos. Luego diez. Súbitamente, vi que un gran «Sedán» negro se detenía al otro lado de la calle, al pie de la escalinata. Charles apareció en lo alto de la misma. Su rostro expresaba claramente la contrariedad que le poseía. Llevaba en la mano un gran portafolios de cuero negro, que parecía vacío. Empezó el descenso.

De pronto, una de las puertas del «Sedán» se abrió. Un hombre salió fuera, al encuentro de Eldon. Éste se detuvo en seco. Empezó a gritar. El sujeto sacó una pistola y lo acribilló a tiros. Le disparó al rostro tres o cuatro veces, a menos de dos pasos de distancia. Trozos de materia ensangrentada volaron por los aires.

La gente se dispersó, asustada. Se oyeron gritos y chillidos. Una mujer se desmayó y empezó a rodar por las escaleras. Charles cayó y volteó también por los peldaños, dejando tras sí un amplio reguero de sangre. Parecía como si persiguiera furiosamente a la mujer desmayada. Sombreros, zapatos, bolsos, hasta abrigos quedaron esparcidos en el enloquecido pánico que habían provocado los disparos, entre el público que acudía a la central de Correos.

El pistolero dio media vuelta tranquilamente y descendió por las

escaleras. Uno de sus compinches mantenía abierta la puerta. Lo vi claramente; era Andy Nob. El asesino se metió dentro del vehículo, y el conductor partió a escape. Cuando sonó la primera sirena policial, estaba ya muy lejos.

Arranqué suavemente. Ni en sueños se me ocurrió perseguir a Nob y sus compinches. Harto sabía dónde encontrarlos, si me parecía prudente. Pero tenía la seguridad de que mis afirmaciones anteriores eran ciertas. Nob, por orden, naturalmente, de su jefe, nos había dejado en libertad, con el único objeto de seguimos y localizar al miembro superviviente de la pandilla de Charles, el propio Eldon Charles, por supuesto. Lo habían encontrado y suprimido el estorbo en el acto.

En pocos momentos estuve lejos de la central de Correos. Para poder reflexionar a gusto, empecé a dar vueltas por la ciudad con el coche, tratando de hacer encajar las piezas de aquel rompecabezas, que había *comenzado* con la muerte de Helen McDrake y que, por el momento, concluía con la de Eldon Charles. ¿A qué se debía todo aquel espantoso encadenamiento de crímenes? Era indudable que Sheila sabía algo, pero no podía decírmelo por las razones que fueran.

Por tanto, deduje, era yo el que debía apañármelas para resolver aquel misterio. «¿Qué hacer?», me pregunté.

Súbitamente recordé la calle Xenia. Sin pensármelo dos veces, me dirigí a casa de Melville Xavier. Recordaba la frase de Charles, relativa al mismo, y recordaba también el papelito hallado en la mano de Edgar Hacking. ¿Cuál era la relación de Xavier con todo aquel monstruoso lío? ¿Qué papel desempeñaban Xavier y Hacking en el mismo?

En pocos minutos estuve frente al número diez de la calle Xenia. Salté del coche y penetré en el edificio. Momentos después estaba llamando a la puerta del apartamento de Xavier.

La puerta se abrió y un hombre apareció bajo el umbral. Respingué al darme cuenta de que lo conocía. Era Haffner, el propietario de la «Haffner Photograph».

—¿Sí? —dijo el sujeto cortésmente.

—Perdone —murmuré—. Busco al señor Xavier, Melville Xavier.

—Soy yo —contestó Haffner—. ¿Qué es lo que desea?

Enarqué las cejas con gesto incrédulo.

—¿Usted? —exclamé.

—Sí. ¿Por qué lo duda? —Manifestó el sujeto con impaciencia.

—Creía que era usted el señor Haffner, de la «Haffner Photograph».

El fulano emitió una sonrisa condescendiente.

—En realidad, ése es mi segundo apellido. Xavier es el primero y el que uso habitualmente, aunque no falta también quien me llama Haffner. Bien, dígame lo que desea. Tengo el tiempo limitado y se me está haciendo tarde.

Estaba desconcertado. Nunca hubiera podido sospechar que Haffner fuese el sujeto a quién yo estaba buscando. Su explicación parecía congruente, pero no acababa de convencerme.

—¿Conoce usted a un tal Eldon Charles? —pregunté, de repente.

Mi pregunta cogió al tipo de sorpresa. La sonrisa se borró de sus labios un momento, pero se rehízo casi instantáneamente.

—No, no he oído ese nombre en los días de mi vida. Y, por favor, si no tiene nada más que decirme...

—En efecto —contesté—, no tengo más que decirle. Dispénsame la molestia... Ah, una última pregunta, señor Xavier.

—Usted dirá, señor...

Hice caso omiso de la insinuación a expresar mi nombre. Quizá lo sabía ya.

—Si se llama Xavier, ¿por qué su Empresa lleva el nombre de Haffner?

Sonrió blandamente:

—Comprenda. La Compañía es relativamente nueva y el nombre de Xavier no diría nada al público. El otro apellido es Haffner, de clara ascendencia germánica. Los alemanes tienen una bien ganada fama en el campo de la película para fotografía. Cuestión de psicología comercial, ¿me entiende?

—Está clarísimo —respondí—. Muchas gracias por su amabilidad, señor Haff... perdón, señor Xavier.

—No hay de qué, amigo.

Haffner cerró la puerta y yo emprendí el descenso, muy preocupado. Había allí algo que no encajaba bien. ¿Qué era? Mientras no lo averiguase, aquella serie de crímenes, no sólo permanecería impune, sino que no se descubrirían sus motivos.

Por un momento me pareció que Haffner podía ser el asesino de

Helen McDrake. En efecto, todos los recuerdos que yo conservaba de las placas impresionadas, parecíame que había cierta semejanza entre el rostro del asesino y el de Haffner. Claro, está también, que las acciones del criminal estaban deformadas por la rabia en el momento de cometer el asesinato, y esto alteraba notablemente el parecido. Ahora bien, si lograba establecer, por ejemplo, la actuación de Haffner a la hora del crimen, la acusación podría tener cierta consistencia.

¿Consistencia? No, era demasiado optimista. Destruídas las fotografías y los negativos, ¿con qué pruebas podría acusar a Haffner de haber cometido el crimen? Se reiría del juez, del Jurado y del fiscal, y no digamos de la policía. Sin aquella prueba, resultaba absolutamente imposible formularle la menor imputación con respecto a la muerte de Helen McDrake.

Entré en el coche y salí a la Segunda Avenida una vez más. Rodé lentamente durante unos minutos hasta que, de repente, me acordé de una cosa.

Detuve el coche junto al primer bar que me encontré al paso. Entré en el mismo y busqué la cabina telefónica. Consulté la guía; pronto hallé el domicilio de Ray Cummings, el propietario del «Golden Arms».

Cummings vivía en la calle Paxton, en el cuatrocientos quince, un lujoso edificio de apartamentos. Claro, no podía ser menos. Un sujeto como él tenía que vivir de acuerdo con el lujo de su establecimiento.

El conserje me informó del número del apartamento de Cummings. La propina que le di influyó notablemente en su acomodaticia actitud. Un minuto más tarde me hallaba ante la puerta del departamento de mi hombre.

Cummings tardó bastante en abrir. Cuando lo hizo, pude darme cuenta de que lo había levantado de la cama. Vestía una bata de seda sobre un arrugado pijama, y sus cabellos, ralos y escasos, estaban revueltos sobre un cráneo que brillaba ya más de lo necesario.

—¿Sí? —dijo de mal talante por haber sido despertado a horas que para él debían ser muy inoportunas.

—Quiero hablar con usted, Cummings.

El tipo entrecerró los párpados. Era grueso y tenía papada, pero

aun así daba la sensación de ser terriblemente fuerte.

—¿Quién rayos es usted? ¿Algún maldito reportero?

—No, aunque quizá mi nombre le recuerde algo. Paul Mereth.

Cummings mantuvo los labios prietos durante unos segundos. Luego, bruscamente, se echó a un lado.

—Entre —dijo lacónicamente.

Crucé el umbral. La puerta se cerró a mis espaldas con seco chasquido. Volví la cabeza. Cummings había sacado una pistola del bolsillo de su batín y me apuntaba con el arma.

CAPÍTULO XIII

No hacía ni cuatro días, me espantaba solamente de escuchar la palabra pistola. Ahora, había presenciado ya tantas cosas, que el verme frente a un arma de fuego me dejaba indiferente por completo.

—¿Piensa, acaso, que voy a atacarle? —pregunté irónicamente.

—No, pero quiero estar prevenido, Mereth —contestó el fulano en tono receloso.

Descubrí un bar en el extremo opuesto de la estancia. Caminé hasta el mismo y me serví una copa. Tomé un trago y luego me acodé en el mostrador. Cummings se sintió molesto de repente y guardó el arma.

—Está bien —gruñó—. Desembuche de una vez. Quiero saber qué diablos le ha traído a mi casa, Mereth.

—A mí me gustaría saber por qué envió a sus gorilas a la mía. Ah, y no me conteste que era por recoger unas fotografías, porque eso ya lo sé. Lo que deseo conocer es el fondo de todo eso, ¿me comprende?

Cummings me miró despectivamente.

—¿Piensa que se lo voy a decir, gusano?

—Bueno, quizá la policía tenga algo que manifestar al respecto.

—Tengo influencias en Wampton Falls —contestó en tono altivo—. Ni siquiera le harían caso a usted, Mereth.

—¿De veras? Oiga, esta mañana presencié el asesinato de un tal Eldon Charles. Lo cometieron sus hombres. Sí, sí, los conozco. Estaba a pocos pasos de distancia. Andy Nob ayudó a entrar en el coche al pistolero que destrozó a balazos el cráneo de Charles. ¿Quiere que le dé más detalles del asesinato?

La nuez de Cummings se movió espasmódicamente. De pronto, sacó el revólver y me apuntó a la cara.

—Las paredes de mi apartamento están a prueba de ruidos —

amenazó.

—Bien, pero ¿y qué hará luego con mi cadáver? ¿Pedirá una cesta de la ropa sucia para sacarme de contrabando? Además, no pensará que soy tan tonto como para no haber venido aquí con las espaldas guardadas. Hay una persona que me está esperando en la calle. Si dentro de un tiempo determinado no he salido de su apartamento, hará una llamada a la policía... y, ¿qué piensa que puede suceder entonces?

Era un farol, pero Cummings no tenía oportunidad de saberlo. Vaciló.

—Guarde ese chisme y hablemos seriamente —añadí—. Está usted metido en un lío gordo, y lo sabe. Todavía está a tiempo de librarse de este enojoso asunto. Si se muestra cooperativo, quizá, más adelante, obtenga beneficios en lugar de perjuicios, como sucederá indefectiblemente si mantiene su actitud actual. Y le conviene hacer lo que le digo, ya que, de lo contrario, el magnífico negocio que supone el «Golden Arms» podría arruinársele sin remisión. ¿Me equivoco al suponer posible tal eventualidad?

Cummings blasfemó entre dientes. Era evidente que mis palabras le habían impresionado. Gruñó algo ininteligible y luego dijo:

—Me es imposible hablar, Mereth. Si me voy de la lengua, me juego el pellejo.

—Arriesga mucho más si calla, Cummings —manifesté, ocultando mi júbilo—. Recuerde, además, que Helen McDrake era su secretaria. El hombre a quién usted trata de proteger la acuchilló despiadadamente.

—Eso es cierto, maldita sea.

—¿Por qué no puede hablar, Cummings?

El sujeto movió la mano.

—Póngame un trago, Mereth.

Hice lo que me decía. Presentía que estaba en camino de escuchar sensacionales revelaciones.

Cummings despachó su copa de un solo trago. Pude advertir que tenía la frente cubierta de minúsculas gotitas de sudor. Las manos le temblaban ligeramente.

—Maldita sea —repitió—. Ese bicho... Tengo un viejo lío de narcóticos allá en el Este. Hasta ahora, la policía no tiene pruebas, pero él dice que dispone de dos testigos que podrían declarar contra

mí, si él quisiera. Así me obligó a... Más *whisky*, Mereth.

Le serví otra copa. Cummings pareció serenarse un tanto.

—Helen McDrake y ese hombre eran, bueno, figúreselo. Ella averiguó algo gordo de su fulano; nunca me lo dijo. Era una chica lista y, por lo que sospecho, guardaba ese detalle en cartera para enriquecerse el día en que él se cansara de ella. A fin de cuentas, Helen ya era un poco mayorcita y, aunque todavía resultaba una mujer apetitosa, no podía compararse con una chica de veinte años. Sabía que el capricho del tipo se pasaría un día, y ese día quería cubrirse bien el riñón.

—Es decir, que pensaba hacerle un chantaje cuando el asesino le diese el pasaporte.

—Exactamente. Bueno, como sea, el fulano se enteró de que ella lo sabía —Cummings rió agriamente—. Creo que hablaba en sueños y por eso lo supo Helen. Entonces la liquidó. Se dio cuenta de que usted había obtenido unas fotografías y me pidió que le enviase a Nob a reclamárselas. Tuve que hacerlo; en realidad, él es el que manda. Yo no hago otra cosa que obedecer, compléndalo.

Asentí lentamente con la cabeza.

—¿Y los otros sujetos? Me refiero a Charles y sus compinches.

—Andaban detrás de él, también por las fotografías.

—¿Una pandilla rival?

Cummings movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Habiendo obtenido las fotografías, podrían arrojarle la policía encima si no cedía al chantaje.

—Creo que usted no se mostró muy reacio a colaborar en este aspecto. A fin de cuentas, si el asesino se hubiese hundido, usted también habría naufragado, ¿no es cierto?

Cummings apretó los labios. Por un momento, me había parecido una buena persona, metida involuntariamente en un jaleo de crímenes, un sujeto ansioso de olvidar un turbio pasado mediante un trabajo honrado, pero las muertes de Charles y sus hombres desmentían tales apreciaciones. Ahora, sin embargo, le veía acobardado, sabedor de que la nave se hundía irremisiblemente, y haciendo, por tanto, los mayores esfuerzos por salvar del naufragio todo lo posible.

—¿Fue él quien mató a Hacking? —inquirí, tras una pausa de silencio.

—Sí.

—¿Por qué?

—No quiso decírmelo. Se enojó mucho cuando le mencioné el asunto. Y últimamente, Nob y los otros le obedecían ya a él más que a mí, de modo que no me quedó otra opción que callar.

De pronto, me miró aprensivamente.

—Mereth —dijo—, ¿qué me harán, si hablo ante un Tribunal? ¿Cree usted que será posible llegar a un acuerdo con el fiscal para que me rebaje la pena?

—Bueno —contesté especulativamente—, a veces se hace así, como dice usted, Mereth. Si usted hablase detenidamente, sí, en efecto, el Tribunal lo tendría en cuenta a la hora de juzgarle.

Cummings se decidió de pronto. Su rostro se animó un tanto.

—Rayos, Mereth —dijo—, he estado pensando durante mucho tiempo, y he podido darme cuenta de que vale más un dólar honrado que cien obtenidos por procedimientos ilícitos. No soy viejo todavía; tengo cuarenta y dos años. Estaré unos cuantos en la cárcel y saldré antes de cumplir los cincuenta. ¿Qué le parece?

—Bueno, en principio, el plan es atractivo. Lo interesante es que se decida usted a hablar ante la policía y suelte todo lo que sabe.

—Lo haré, ya lo creo que lo haré —exclamó Cummings excitadamente—. Aguarde un momento, voy a cambiarme de ropa y usted me acompañará a Jefatura. Además, es abogado. ¿Querrá encargarse de mi defensa? Tengo dinero y éste es ganado lícitamente, de modo que no tiene por qué sentir escrúpulos. Por otra parte, usted también quedó liado y, si hablo, las pocas dudas que puedan tener sobre usted, se disiparán enseguida. ¿Le parece bien?

—El programa no puede ser más atrayente, Cummings —respondí.

El dueño de la casa corrió hacia su dormitorio. Yo terminé la copa y estuve reflexionando unos momentos. De pronto, se me ocurrió que tenía que ir al baño.

Mientras me lavaba las manos, estuve pensando en que, por mucho que acusara Cummings, iba a ser difícil probar al asesino las muertes cometidas. Sí, sabíamos que era él, pero una cosa era saberlo y otra demostrarlo. La empresa no tenía nada de fácil.

De pronto, por encima del ruido del agua al correr por las

cañerías, me pareció oír un sonido extraño; algo así como si una persona hubiese dado un par de palmadas. De momento, no presté mayor atención a la cosa; sacudí las manos, di con el codo en el botón del secador y puse las manos bajo el chorro de aire caliente. Al terminar, me miré en el espejo y me pasé un peine por el cabello. Luego, encendiendo un cigarrillo, salí del baño.

Un sonido extraño llegó a mis oídos. Parecía un gorgoteo, emitido en tono mediano, no excesivamente alto, como si alguien estuviese haciendo gárgaras en una estancia adyacente.

Miré en torno mío. El ruido se repitió, transformándose luego en un crispante arañazo. Empecé a preocuparme.

Salí al vestíbulo; allí no había nadie. En la cocina tampoco. Abrí un par de puertas, sin resultado alguno. De pronto, encontré el dormitorio de Cummings. Los ruidos brotaban de la garganta del hombre, el cual yacía, hecho un patético ovillo de trapos ensangrentados, al pie de la cama.

Creo que el corazón se me paró de repente. Haciendo un esfuerzo, me arrodillé al lado de Cummings, de cuya boca brotaba un hilo de rojo líquido. Ahora comprendía por qué había oído dos palmadas. Eran los disparos del asesino, hechos con un silenciador. El asesino era el mismo que nos había hecho destruir la fotografía en el despacho de la señorita Shayton.

Ray tenía la espalda completamente cubierta de sangre. Resultaba evidente que el criminal había penetrado subrepticamente en el apartamento y le había atacado, sin darle tiempo a prevenirse. Estoy seguro de que últimamente debía haber observado signos de «ablandamiento» en Cummings, y antes que correr el riesgo de un proceso, en el cual no hubiese salido él muy bien parado, por mucha severidad que hubiera empleado el Tribunal con el dueño del «Golden Arms», había preferido asesinarle.

Cummings abrió los ojos y me miró turbiamente. Sentí lástima de aquel individuo que agonizaba ante mis ojos. Quizá había sido sincero en sus propósitos de arrepentimiento a última hora.

Pronuncié el nombre del asesino.

—¿Ha sido él?

Cummings parpadeó en señal de asentimiento. Y yo me dije que no podía haber sido otro. Mi buena suerte había estado en hallarme

en el cuarto de baño, en el momento en que el asesino penetró en el apartamento para cometer su crimen; de lo contrario, yo también hubiese muerto.

Súbitamente, el cuerpo de Ray experimentó una terrible convulsión. Sus ojos voltearon agónicamente en las órbitas. Emitió un horrible ronquido, dobló la cabeza hacia atrás y murió.

Me puse en pie lentamente, contemplando el cadáver con sincero pesar. Un nuevo crimen que añadir a la ya larga cadena de los cometidos por el asesino de Helen McDrake. Pero, me dije, si sólo pudiésemos probar éste... Con una sola fotografía de las que yo había obtenido, hubiera sido suficiente para tostarle las posaderas. Y ahora todas las pruebas estaban destruidas.

Allí ya no podía hacer nada. Silenciosamente, borré lo mejor que pude todas mis huellas digitales y abandoné el lugar.

CAPÍTULO XIV

Estuve largo rato en un café, tratando de reponerme, a la vez que procuraba terminar de encajar las piezas de aquel rompecabezas. Había una o dos piezas sueltas, pero me parecía que iba a ser imposible colocarlas en el sitio adecuado.

Sí, era cierto que sabía el nombre del asesino. Asimismo conocía también sus motivos, pero no podía probar su intervención en los crímenes. Si pudiera hallar alguna prueba circunstancial que me permitiese abrir una pequeña brecha en su sólida defensa. De pronto, se me ocurrió una idea; ¿por qué no probarlo?

Consulté el reloj. Todavía eran las once y media de la mañana. Tenía una hora de tiempo para hacerlo. Aboné el importe de mi consumición y salí a la calle, subiendo acto seguido al automóvil de Sheila. Puse el vehículo en marcha y me dirigí hacia determinado punto de la ciudad.

Cerca ya de las afueras divisé una estación de servicio, con cafetería y restaurante adjunto. Llevé el coche hasta la bomba de combustible y encargué me lo revisaran en ese sentido. Después me dirigí a la cafetería, en donde busqué la cabina telefónica. Hice una llamada y después busqué una mesa discreta.

Tuve que aguardar hasta las doce y cuarenta minutos. A esa hora entró la señorita Shayton en el local.

E. S. Shayton era una mujer despampanante. Ella lo sabía y, pese a que era día de trabajo, procuraba acentuar sus curvas con un traje ceñidísimo, de amplio escote. Caminaba sinuosamente, con gran contoneo de caderas, o quizá lo hacían los altísimos tacones de sus zapatos.

Me puse en pie. Ella me miró y acudió lentamente hacia mí.

—¿Señor Smith-Brown? —preguntó, dando el nombre que yo le había facilitado a través del hilo.

—El mismo —repuse—. Encantado de conocerla, señorita

Shayton y, por supuesto, muy agradecido de que haya acudido a la cita.

Ella hizo un dengue. Seguramente me encontraba guapo. Le ofrecí una silla y le dije si apetecía algo de comer.

—Un poco de café tan solo —dijo. Sonrió melosamente—. La línea, ¿sabe? —Y respiró profundamente, con el solo fin de que yo me fijara en las pomposidades de su busto prieto y estallante.

—Sí, claro —dije. Moví la mano, vino una camarera y le encargué dos cafés. Luego expuse mis propósitos—. Pertenezco a la Redacción del *Evening Express* y me gustaría conocer algunos detalles del concurso fotográfico que se va a fallar hoy.

—Oh, cuánto lo siento, señor Smith-Brown —dijo ella, mientras removía el azúcar de su café—. Es algo absolutamente imposible, créame. Me costaría el empleo, si anticipase el menor detalle sobre el concursante premiado. ¿Sabe? mi jefe, el señor Haffner, es terriblemente estricto en las cuestiones comerciales y publicitarias.

Hice un gesto de decepción, naturalmente. A mí el concurso me importaba ya cuatro rábanos, y son demasiados rábanos.

—Soy nuevo en el periódico —murmuré, fingiendo pesar—, y me habría gustado tanto poder ofrecer las primicias de una gran noticia, a fin de realizar algún progreso.

—Créame que lo lamento, señor...

—Llámeme Paul —dije con la mejor de mis sonrisas—. ¿No cree que eso de señor resulta terriblemente protocolario?

—Mi nombre es Edith, Paul —contestó ella. No hacía más que inspirar y respirar fuertemente; parecía que todo su afán consistía en hacer resaltar sus encantos pectorales.

—Edith, pues —concordé. Y luego dije—: Es una lástima que no pueda anticiparme nada de ese concurso.

—Mi jefe, compréndalo, Paul.

—Ya, ya —murmuré reflexivamente—. El señor Haffner debe ser un hombre terrible.

—Oh, no, en absoluto; es la persona más amable que jamás he conocido —puso un momento los ojos en blanco—. Es muy guapo, Paul. Aunque no tanto como usted, claro.

—Gracias, Edith —sonreí—. Muy amable por su parte.

Ella continuaba moviendo el torso de modo fascinador. Resultaba difícil mantener la atención centrada en otro punto.

—Pero ha sido una lástima por mi parte —añadí—. Y todo por culpa de un ogro.

—Oh, no le llame así, Paul —replicó Edith—. El señor Haffner es muy bueno.

Contemplándola y viéndola agitarse de continuo, me dije que, en efecto, debía ser muy bueno... con ella.

—Lo cual no debe impedir, sin embargo, que sea un hombre enamorado de su trabajo —dije en tono elogioso.

—Eso sí, está todo el día en la oficina. Es un hombre terriblemente puntual.

—¿Y no falta nunca a su trabajo? ¡Qué raro! Los jefes, algunas veces, se permiten esos lujos, ¿no es cierto, Edith?

Los ojos de la chica se iluminaron.

—Aguarde, Paul —exclamó—. Tiene usted razón. Hoy ha llegado un poco más tarde de lo acostumbrado. Debían ser las diez y media de la mañana. Me extrañó, porque siempre está en su despacho antes de las nueve.

—Vaya, se le pegaron las sábanas —de pronto, con voz natural, cité una fecha e hice una pregunta—. ¿Sabe usted si ese día y alrededor de las tres de la tarde estaba Haffner en su despacho?

Edith se concentró durante unos momentos.

—Ahora lo recuerdo —exclamó de pronto—. Se marchó a las dos y volvió a las cuatro. Bueno, tampoco es cosa extraordinaria; a veces tiene que salir por cuestión de negocios.

—Sí, claro —y luego, pero ya por cuestión de fórmula, volví a insistir—: De modo que no puede decirme nada del concurso.

Edith tomó una de mis manos con gesto confianzudo.

—Haremos una cosa, Paul. El concurso se resolverá esta tarde a las cinco. A las cinco y cinco tendrá usted mi llamada. ¿Hace?

Abrí unos ojos como platos.

—¡Es usted maravillosa! Tendré preparado el artículo para esa hora y así solo tendré que añadir el nombre, para hacer que el original entre en máquinas con tiempo suficiente para la edición de las siete de la tarde. ¿Quiere que cite su nombre?

—Oh, no, no; el señor Haffner podría enfadarse mucho conmigo.

—Me gustaría recompensarla con algo, Edith —murmuré en tono insinuante.

Ella volvió a mover el opulento busto con gesto incitante.

¡Rayos! ¿Era que no pensaba en otra cosa?

—Invíteme a cenar, Paul —dijo con voz meliflua.

—Hecho —contesté. Prometer no costaba nada—. Pero hoy me será absolutamente imposible. A las siete y media tengo concertada una importante entrevista y durará al menos una hora.

—¿Mañana, Paul?

Acaricié su mano. Ella agitó sus pestañas.

—Mañana —repuse.

Edith se puso en pie. Recogió su bolso y, tras despedirse de mí, se alejó hacia la salida, con gran contoneo de caderas. En la puerta de la cafetería se volvió; lanzó un suspiro capaz de partir las piedras y luego se marchó.

Estuve allí todavía durante unos momentos. Edith podía ser un testigo importante, si se procesaba a Haffner. No había la menor duda de que el sujeto se había ausentado de su fábrica en dos ocasiones culminantes: para matar a Helen McDrake y para disparar contra Cummings. Naturalmente, esto no era prueba definitiva, pero pesaría en el ánimo de los jurados a la hora de dictar su veredicto, ya que dichas ausencias se habían realizado justamente a la hora en que habían sido perpetrados los crímenes. Sin embargo, para conseguir un veredicto condenatorio era preciso hallar una prueba más contundente, una prueba que resultase completamente irrefutable por el defensor de Haffner.

¿Dónde estaba la prueba?

En ninguna parte... bueno, en la atmósfera, después de haberse convertido en humo. Pensar que Haffner podía continuar viviendo, después de haber cometido una serie tan horripilante de crímenes, era algo que me daba náuseas. Y si no encontraba algo definitivo, así sería.

Aboné el gasto, salí a la estación y pagué el importe del combustible. Luego, lentamente, emprendí el camino de regreso a la ciudad. Se me había ocurrido que quizá discutiendo el asunto con Sheila podríamos hallar algo de luz. Dos cerebros, me dije, piensan más que uno solo y quizá entre Sheila y yo podríamos arbitrar una solución para atrapar a Haffner de manera definitiva.

Poco más tarde, llegaba a mi apartamento. Entré rápidamente y cerré a mis espaldas.

—¡Sheila!

Nadie me contestó. Volví a repetir la llamada y al no recibir otra respuesta que el silencio, sentí cierta angustia dentro de mi pecho. ¿Habría pasado Haffner por allí?

Entré en mi dormitorio. La cama estaba vacía. Sobre la almohada vi un papelito prendido con un alfiler. Leí su contenido.

»He tenido que salir. No te preocupes por mí. Volveré pronto.

»Cariños,

»S».

Arrugué el papel y lo tiré a un rincón. Estuve tentado de ir en busca de la muchacha a cualquiera de los dos apartamentos que ocupaba, pero me arrepentí de inmediato. Llevaba una noche entera sin dormir, y me sentía terriblemente cansado. Lo único que hice fue quitarme los zapatos. Coloqué el sombrero sobre mis ojos y momentos después dormía apaciblemente.

Me despertó un fuerte golpe, después de un tiempo que no creí superior a un minuto. Rezongué algo entre dientes:

—Sheila, estoy muy cansado. Déjame dormir un rato.

Sonó una risita.

—El tipo dice que está cansado.

—Y sueña con ella —dijo otro individuo.

Una mano me quitó el sombrero de delante de los ojos. La luz me hirió con brusquedad, obligándome a cerrarlos de nuevo. Las palabras que sonaban en torno mío me resultaban un tanto ininteligibles, como si quienes las pronunciaban tuviesen la boca llena de algodón. Esto era el sueño que tenía yo, claro.

De pronto, sentí en la mejilla el escozor de una bofetada. Me senté en el lecho, completamente despabilado, mientras mascullaba una imprecación.

Hice que mis pupilas adquiriesen el foco correcto. Entonces vi a dos sujetos delante de mí. Nob y su compinche Garry. Éste tenía una pistola en la mano, en tanto que Andy me miraba con cara de muy pocos amigos.

—¡Vamos, arriba! —dijo «Manazas» con tono áspero.

—¿A dónde vamos? —pregunté ya directamente. Nob soltó una risita llena de tonos siniestros.

—A dar un paseíto, figón.

CAPÍTULO XV

Sentí que un helado escalofrío me recorría la columna vertebral. «A dar un paseíto», acababa de decir el pistolero. La frase me puso los pelos de punta.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Es que ya se han arrepentido de lo que hicieron?

—No haga preguntas y póngase en pie, Mereth —contestó Nob con tono áspero—. Cuanto antes lo haga, mejor para todos.

—Será mejor para ustedes. En lo que a mí respecta, la perspectiva no tiene nada de agradable —refunfuñé.

—Es posible, pero no tiene otra opción que obedecer.

—Podría negarme a ir —alegué.

—Nos lo llevaremos de todas formas. Por su pie o fingiendo que está enfermo. ¿Qué prefiere?

Pensé desesperadamente durante unos momentos. Garry se hallaba en la puerta del dormitorio, empuñando su pistola con una mano de granítica solidez. Y en cuanto a «Manazas», estaba lo suficientemente alejado de mí como para no poder saltar sobre él, de improviso. Eran dos tipos que no dejaban nada al azar.

—Vamos —dijo Nob con acento urgente.

Me senté en el borde del lecho y empecé a calzarme los zapatos.

—Están cometiendo un grave error —dije.

—Deje que seamos nosotros los que juzguemos si hacemos bien o mal —gruñó Nob, ásperamente.

Terminé de atarme las cintas de los zapatos. Me puse en pie.

—¿Puedo saber, al meaos, dónde me llevan?

—No.

Miré fijamente a «Manazas». Una idea se me acababa de ocurrir de repente.

—El «Golden Arms» dispone de sótanos muy acogedores, ¿no es cierto?

Nob se sobresaltó un instante. Fue un tiempo brevísimo. Una fracción de segundo; pero suficiente, sin embargo, para lo que yo quería saber.

—Bueno —dije—. Antes de salir quiero ir al baño.

—No nos haga perder tiempo —rezongó Nob.

—Quiero ir al baño —insistí—. De lo contrario, me tendrán que llevar a rastras... y eso no les conviene, ¿verdad?

—Vamos, Andy —gruñó el otro sujeto—, que despache de una vez.

—Está bien —concedió Nob—. Vamos allá.

Caminamos juntos hasta llegar al cuarto de baño. Nob entró detrás de mí. Le puse una mano en el pecho.

—Atrás, esbirro.

—No. Quiero estar presente todo el tiempo.

Le señalé la ventana, una estrecha abertura por la que difícilmente cabría el cuerpo de un hombre.

—Mira eso, idiota —dijo de mal talante—. Hay doce pisos hasta la calle. La pared es lisa, suponiendo que pudiese pasar a través de la ventana. ¿Crees que puedo escaparme en estas condiciones?

Nob vaciló.

—Muy bien. Dejaré la puerta entreabierta, pero usted cantará durante todo el rato. Si oigo que calla un solo segundo, entraré disparando, sin importarme en absoluto lo que pueda pasar después, ¿estamos?

Miré al rufián mientras sonreía, insultante.

—¿Te paga bien Haffner? —pregunté.

—¡Váyase al diablo! —masculló el sujeto.

—Te advierto que Haffner está perdido. Caerá de un momento a otro... y hablará hasta por los codos, con tal de salvar el pellejo.

—¡Nob! —gritó Garry desde afuera—. ¡Ese maldito está hablando ya demasiado!

Nob me pegó un fuerte empujón. Asió el pomo de la puerta.

—No se olvide, Mereth: ¡a cantar!

—¿El «Adiós a la Vida»? —pregunté, burlonamente.

El rostro del pistolero se congestionó. Fue a golpearme, pero di un salto hacia atrás.

—¡Cante! —rugió.

Cerró la puerta, excepto una rendija. Empecé a cantar una vieja

canción vaquera.

*El día en que yo muera,
no quiero un ataúd de madera,
no quiero un féretro de pino;
sólo quiero encima de mí la tierra,
la madre tierra... mis espuelas,
mi silla y mí «Colb»...*

Pero mientras cantaba, escribía furiosamente en el espejo, con un lápiz graso de retoque de negativos que había encontrado entre los cachivaches de mi laboratorio. El mensaje decía:

*«Haffner es el asesino. A mí me llevan al “Golden
Arms” Nob y otro pistolero.
»S.O.S».*

Tiré el lápiz a un rincón sin dejar de cantar. Luego hice que el agua cayera por el inodoro, a fin de prestar más realidad a mi ficción. Después abrí la puerta.

—Ya ves, no me he escapado.

Nob me contempló durante unos momentos. Luego emitió un gruñido.

—Andando.

Salimos del apartamento y penetramos en el ascensor. Innecesariamente, Nob me advirtió, cuando ya se abría la puerta:

—No haga ningún movimiento sospechoso o lo freiremos a balazos en medio de la calle.

—Sí, de la misma forma que lo hicieron esta mañana con Eldon Charles.

Nob respingó.

—Estuve viéndolo en primera fila, monigote —dije.

—Bueno —rechinó los dientes—, ahora no tendrá ocasión de repetirlo a nadie.

—Quizá a Haffner —murmuré en tono ambiguo—. ¿Se lo mandó él?

—No haga preguntas, maldita sea —contestó el sujeto, exasperado.

—No podrá decirle eso mismo al fiscal, Nob.

—¡Cállese ya de una vez! ¡Me está poniendo nervioso! —estalló el otro sujeto. Levantó la mano para golpearme, pero Andy detuvo su gesto.

—Quieto, Garry. Aquí no. Hay que salir a la calle con toda naturalidad.

—Claro; la gente no debe darse cuenta de que le pasan ante las narices un condenado a muerte, ¿no es así? —exclamó sarcásticamente.

Los dos pistoleros no se dignaron contestarme. Llegamos al vestíbulo y lo atravesamos con paso medurado. El conserje nos dirigió una mirada distraída; éramos tres hombres corrientes que salíamos del edificio, sin hacer nada de particular. Hubiese podido gritar para llamar la atención del conserje, pero sabía que tenía a mi lado dos sujetos dispuestos a todo, y me pareció inoportuno arriesgar la vida de una persona inofensiva para, seguramente, no obtener nada positivo.

En la calle nos esperaba un coche, al volante del cual había un sujeto de cara fúnebre, en el cual reconocí al individuo que había volado a balazos la cabeza de Charles. Si Nob y su secuaz tenían mal aspecto, el del conductor me heló la sangre en las venas.

El coche arrancó de inmediato. Veinte minutos más tarde, se detenía en un angosto callejón que daba a la parte trasera del «Golden Arms». Nob me hizo bajar empujándome con la pistola en un costado. La tranquilidad de que había hecho gala hasta entonces, empezó a abandonarme.

Pasamos a través de un estrecho corredor, sembrado de trastos viejos y barriles vacíos. Al final del mismo había dos puertas, una de las cuales conducía a un sótano, tal como yo lo había intuido. La otra debía dar al interior del local.

Descendimos al sótano, destinado igualmente al almacenamiento de trastos viejos. Respiré hondamente. Mi fin se acercaba.

Había allí unos cuantos cajones viejos. Uno de ellos, seguramente, serviría para sacar mi cadáver y arrojarlo luego a las aguas del Oyster con un buen peso en los pies. Aun hallándose en pleno casco urbano, el sótano era mucho más seguro para los siniestros fines de los asesinos que el de la casa de campo de la cual había sido liberado por el propio Nob.

Éste me empujó hasta el fondo.

—Espera ahí.

Se volvió hacia sus acompañantes.

—Vigíladlo bien. Yo voy a hablar con el jefe.

Giró sobre sus talones y emprendió el ascenso. Me quedé solo con los dos gorilas, uno de los cuales, sobre todo, el asesino de Charles, me daba pánico solamente con mirar sus ojos vacuos, de pez muerto, pero al mismo tiempo con una luz de infinito sadismo en ellos.

Busqué en mis bolsillos y saqué un cigarrillo. Lo encendí con mano temblorosa. ¿Volvería Sheila a tiempo para leer el aviso?

Los minutos transcurrieron lentamente. Acabé aquel pitillo y encendí otro, minutos después. Los dos pistoleros permanecían inmóviles, fumando igualmente, con rostro inexpresivo, sin apartar la vista de mí ni por un segundo. El silencio era total, denso, siniestro.

De pronto, me pareció oír un ruidito, algo parecido al que produce una puerta al cerrarse. Los dos pistoleros volvieron la vista hacia arriba.

—Es Nob —dijo uno de ellos.

El silencio volvió nuevamente. Encendí el tercer cigarrillo. El ruido se repitió de nuevo.

—Iré a ver —dijo el amigo de «Manazas», Garry—. Andy tarda demasiado.

—Bueno, pero date prisa. Esté o no esté, regresa en el acto.

—O. K., Shurt.

Así supe el nombre del asesino de Charles. Lástima no poder hacer algo para castigar su repugnante crimen. Por supuesto, Charles no era digno de compasión, pero no por ello había que dejar impune su muerte.

Garry se retrasó. Shurt empezó a ponerse nervioso. Le vi sacar la pistola y examinar su contenido. Luego la guardó de nuevo en la funda axilar. Debía estar muy seguro de sí mismo, cuando no se molestaba siquiera en encañonarme.

Shurt refunfuñó algo entre dientes. Era evidente que se sentía incómodo al verse a solas conmigo en el sótano. Cuando fui a encender mi cuarto cigarrillo, el chasquido del fósforo le hizo respingar.

—Estese quieto, maldita sea —gruñó.

También yo me sentía notablemente intrigado. ¿Por qué tardaban tanto Nob y su colega?

Aquello no me parecía lógico ni natural. Nob había subido para telefonar a Haffner y decirle que ya me habían apresado, esto es, con el fin de obtener el beneplácito para mi ejecución. Pero ya habían transcurrido casi cuarenta y cinco minutos, sin que Nob hubiese dado señales de vida. Su compinche faltaba desde hacía un cuarto de hora.

Shurt se cansó. Sacó la pistola.

—Ea —dijo—, esto se acabó. Voy a liquidarle, y al infierno con todo.

El sudor inundó mi frente. Era evidente que el pistolero no quería correr ya más riesgos. Me apuntó cuidadosamente y en aquel momento sonó una voz de tonos suaves:

—Shurt, eh, Shurt.

El pistolero volvió la cabeza. Un hombre estaba en la puerta del sótano. Con gran asombro por mi parte, reconocí en él a «Cara Cuadrada».

«Cara Cuadrada» tenía un revólver en la mano. Shurt se dio cuenta del lazo en que había caído. Intentó disparar, pero el recién llegado fue mucho más rápido y le metió dos balazos en pleno rostro.

Las detonaciones resonaron estrepitosamente en el interior del sótano. Shurt permaneció unos momentos en pie, y luego se derrumbó de golpe, sin un solo movimiento.

Alguien empujó a «Cara Cuadrada», el cual se tambaleó, esforzándose en mantener el equilibrio. Sheila irrumpió en el sótano, con tremendo revoloteo de faldas, y se colgó de mi cuello ansiosamente.

—Paul, ¿estás bien? ¿No te ha sucedido nada? Encontramos tu aviso en el espejo del lavabo...

Pasado el susto del momento, empezaba a recobrarme. Vagamente, pude advertir que el sótano se llenaba de hombres de uniforme. Varios de ellos sostenían a Nob y su compinche, los cuales parecían terriblemente abatidos por la ignominiosa captura de que habían sido objeto.

—Me alegro de que llegaseis a tiempo —dije, acariciando su cabello.

«Cara Cuadrada» se nos acercó con gesto satisfecho.

—¿Qué tal, Mereth? —saludó.

Le miré, extrañado. Sheila se dio cuenta de mi extrañeza.

—Paul, éste es Tom Boyd. Pertenece a la C.I.A.

Enarqué las cejas, atónito.

—¿La C.I.A.? —repetí, absorto—. ¿Qué tiene que hacer el Servicio de Contraespionaje en un caso de pandillas?

—Haffner recogía informaciones de interés vital para la defensa y las transmitía, impresas en rollos de película fotográfica, debidamente señalados, a fin de que fueran recogidos por su destinatario en una tienda del ramo, en Nueva York —contestó Boyd—. Vamos detrás de él, aunque no sabemos todavía cómo vamos a probarle que hacía espionaje. Los otros pueden acusarle, pero mientras no dispongamos de pruebas contundentes, no podremos formular una acusación definitiva.

—Hubieran dispuesto ustedes de un medio eficaz —dije mirando severamente a la joven—, si esta dama entrometida no hubiese quemado unos negativos sumamente acusadores.

Sheila trató de defenderse:

—En aquel momento, yo ignoraba que tú habías retratado a Haffner. Por otra parte, estaba vigilando a Helen McDrake; puesto que era su amiga, teníamos sospechas de que pudiera estar mezclada en el asunto.

—Vaya una manera de vigilar —comentó sarcásticamente—. Tomando el sol en la azotea.

—Helen no estaba en casa en aquellos momentos. Cuando te vi que me hacías las fotografías, bajé a mi apartamento para vestirme. En ese momento fue cuando Helen llegó a casa. Haffner estaba esperándola y ella, loca de miedo, huyó por el primer camino que encontró al paso, que fue el de la azotea.

—¿Y Hacking?

—Era un agente del C.I.A. —contestó Boyd, con el semblante ensombrecido—. Haffner lo asesinó. Sabía que le andábamos a los alcances y como Hacking estaba esperando en el apartamento de Sheila, lo degolló, sin darle tiempo a defenderse. Hacking no sospechó que Haffner fuese a matarle siquiera; por eso no se defendió. El asesino había acudido al apartamento de Helen McDrake, con objeto de revisarlo, por si se había dejado alguna

huella comprometedor. Vio a Hacking que entraba en casa de Sheila y le siguió para eliminarle.

»Pero entonces vino usted, y tuvo que echar a correr. Por cuestión de segundos tan solo, Hacking no salvó la vida. Sin embargo, nos dejó una pista, que se llevó usted, sumiéndonos en el desconcierto durante algún tiempo. Entre paréntesis, le diré que Haffner es para nosotros, los del C. I. A., el señor Xavier».

—Y ahora está libre —murmuré—. Ustedes saben que hace o ha hecho espionaje y que ha cometido una serie de crímenes, a cuál más espantoso, pero no poseen unas pruebas que puedan demostrar su culpabilidad.

Boyd miró a los dos pistoleros.

—Algo hablarán éstos, digo yo.

—Sí, pero Haffner negará toda relación con ellos. Por ejemplo, yo vi a ese sujeto, me refiero a Shurt, matar a Charles. Ahora bien, dígame usted qué fiscal podría probar una relación entre Shurt y Haffner.

Boyd se tiró del labio inferior, sumamente pensativo.

—A menos que él lo confesase de plano.

—¿Y cómo obtener de Haffner una confesión que le incriminase? —objeté—. Si yo fuese su defensor, el fiscal se iba a ver en un serio aprieto, créame. Ni siquiera se podría demostrar que liquidó a Charles y a su cuadrilla, porque éstos conocían la existencia de las fotografías, y querían apoderarse de ellas para hacerle chantaje. Claro, que —agregó—, seguramente Eldon no sabía que Haffner era un espía. Solamente vio a un prominente hombre de negocios, del cual obtener una buena tajada en metálico.

Boyd meneó la cabeza. Luego movió la mano. Los policías se llevaron a Nob y a su compinche. Éstos hablarían mucho, por supuesto, pero no sería fácil obtener una condena del Jurado para Haffner.

—Bueno —dije—, yo me voy a casa. Estoy harto; en cuatro días he pasado más aventuras que en mis treinta y un años de vida. Usted se encargará del resto, Boyd.

—¿Por qué no nos invitas a una copa en tu apartamento, Paul? —sugirió Sheila—. Quizá si discutimos un poco, podríamos llegar a una solución satisfactoria.

Me encogí de hombros. La única solución satisfactoria no

resultaba viable. Pegarle cuatro tiros a Haffner no encajaba; debía ser juzgado y castigado con arreglo a la Ley.

Y tal como estaban las cosas, eso parecía muy improbable.

Después de solucionar todos los trámites legales, Boyd, Sheila y yo nos dirigimos a mi apartamento. Me parecía algo inútil, pero puesto que Sheila lo había sugerido así, no quería parecer descortés. Media hora más tarde, abrí la puerta del apartamento. Entonces vimos a Haffner.

CAPÍTULO XVI

La sorpresa fue absoluta, de tal modo que ni siquiera acertamos a reaccionar, máxime cuando el criminal sostenía en sus manos su famosa pistola con silenciador.

El sujeto sonreía con expresión infernal.

—Pasen, por favor. No se queden ahí parados. Y usted, señor agente de la C. I. A., ponga las manos detrás de la nuca o le vuelo la cabeza en el acto. Sé que va armado, y eso podría resultar peligroso para mí, cosa que no me gustaría en absoluto.

Boyd hizo lo que le decían. Yo agarré el brazo de Sheila con una mano, mientras que con la otra daba un fuerte empujón a la puerta. Haffner se echó a un lado.

—Póngase ahí, de espaldas contra la pared —dijo, accionando con la mano izquierda.

—¿Qué es lo que piensa hacer con nosotros? —pregunté.

—Matarlos, por supuesto —replicó el asesino, con espantosa sangre fría.

—¿Y después?

—Escaparé. Cuando quieran alcanzarme, ya estaré muy lejos de Wamptan Falls.

—¿Cree que podrá conseguirlo? —inquirió Boyd.

—Bueno, eso no le importará a usted mucho, después de muerto.

—Se organizará una gigantesca caza, Haffner —advirtió Boyd, severamente—. No podrá escapar.

—Verdaderamente —rió el asesino—, quizá continúe en la ciudad. De todas formas, no hay contra mi pruebas contundentes, sólo circunstanciales, que un hábil abogado rebatiría con facilidad, ante un Tribunal.

—Nob y su compinche hablarán —dijo Boyd—. Además, el dueño de la tienda de artículos fotográficos, de Nueva York, hablará también.

—No es seguro. Es un hombre muy fiel, Boyd —contestó el asesino—. En todo caso, tampoco hay pruebas de mis actos de espionaje. Lo más que arriesgo es una sentencia de expulsión del país, ya que todavía no me he naturalizado americano. Pero de sentarme en la silla eléctrica, ni habl...

El timbre de la puerta sonó repentinamente, cortando en seco la irónica perorata del asesino. Éste volvió los ojos un momento, ejecutando un gesto maquinal.

Aproveché la ocasión y le arrojé una silla con todas mis fuerzas, alcanzándole en el pecho. Haffner perdió el equilibrio al intentar esquivar el proyectil, y cayó de espaldas. Su pistola se disparó inofensivamente, abriendo un grueso boquete en el techo. Antes de que pudiera repetir el disparo, Boyd saltó hacia él y le pateó la muñeca, desarmándolo en un santiamén.

Cuando se trataba de actuar, Boyd era un ciclón. Agarró a Haffner y en un instante le esposó las manos por detrás de la espalda. Haffner, completamente aturdido, no intentó oponer la menor resistencia.

—Abre, Sheila —dijo el agente de la C.I.A.

La joven hizo lo que le decían. Entonces vimos a Edith Shayton en el umbral de la puerta. Edith traía un gran sobre en la mano.

—¿El señor Mereth? —preguntó. De pronto, me vio por encima del hombro de Sheila, y sus ojos se animaron—. ¡Paul!

—Hola, Edith —dije.

Sheila se echó a un lado, con cara de enojo. Edith cruzó el umbral y se asombró.

—¡Señor Haffner! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

El asesino no contestó. Sheila declaró:

—Sería muy conveniente que nos dijese usted qué es lo que viene a hacer aquí, señorita.

—Buscaba al señor Mereth, pero no lo encuentro —contestó Edith.

—Soy yo —dije de mala gana—. La engañé a usted este mediodía, pero tenía que hacerlo. Quizá lo sepa más adelante.

—Ahora me lo explico —exclamó la opulenta secretaria—. Llamé al *Evening Express* y me dijeron que allí no tenían ningún redactor que respondiese al nombre de Smith-Brown. Pero ¿por qué está esposado el señor Haffner?

—Ya lo sabrá usted a su tiempo, señorita —replicó Boyd—. Ahora, exponga lo que tenga que decir al señor Mereth y déjenos solos.

Edith miró al agente con aire irritado.

—Pues, sí que es usted un sujeto galante con las damas —refunfuñó—. Y lo malo es que, bien mirado, no es tan feo como parece.

—¡Por lo que más quiera, señorita! —explotó el agente—. Déjese de rodeos y hable de una vez.

—Ya voy, ya voy —dijo Edith, muy enojada—. La verdad, Paul, tiene usted unos amigos que no me gustan nada. Y, señor Haffner, si quiere que le diga la verdad, me disgusta verle en esa posición. Seguramente se tratará de un error, ¿no es cierto?

Avancé hacia la parlanchina joven.

—Edith, por favor; más adelante le daré todas las explicaciones que quiera, pero ahora le ruego sea breve.

Me miró con simpatía.

—Conque tratando de engañarme, ¿eh, picarón? Ya se lo dije este mediodía al señor Haffner. «Un periodista ha estado tratando de sonsacarme, pero yo, ni pum; callada como una losa sepulcral» —miró al asesino—. Ahora comprendo por qué tenía tanto interés en saber la descripción del periodista.

Y yo pensé que Haffner se había supuesto quién era ese falso periodista; razón por la cual había enviado a Nob y a sus compinches a liquidarme. Posiblemente, después se había acercado al «Golden Arms» para cerciorarse de que sus órdenes habían sido cumplidas, encontrándose entonces con el lugar lleno de policías. Naturalmente, lo más fácil para él había sido esperarnos luego en mi apartamento.

—Bien —continuó la estallante muchacha—. Paul, tengo que darle una buena noticia. Es usted el ganador del concurso.

La miré con aire incrédulo.

—Eso es imposible, Edith —dije—. Mi... mi fotografía resultó destruida.

—Ya lo sé. Algún idiota envidioso entró en mi despacho y la quemó —me guiñó un ojo alegremente—. Pero ese estúpido ignoraba que yo había seleccionado unas cincuenta fotografías de entre las mejores y que ordené realizar una copia de cada una de

ellas a tamaño doble del original. La suya es la que más me agradó, Paul; ¿no sabía que era yo la que debía fallar el concurso? Supongo que ahora me invitará a una buena cena, ¿eh? Es una fotografía magnífica. La titularé: «Crimen a la hora de la siesta»...

Miré a Haffner. Su rostro tenía la blancura del yeso.

Edith continuaba con su inagotable verborrea.

—... Por cierto, que me fijé en las dos figuras que aparecen en el ángulo inferior derecho, y el hombre se parece mucho a usted, señor Haffner... ¡Señor Haffner! ¿Qué le sucede? ¿Se siente mal?

Se sentía muy mal, en efecto. Tanto, que acababa de desplomarse redondo al suelo, completamente desmayado al escuchar la increíble noticia.

Arrebaté el sobre de manos de la estupefacta Edith. Saqué la fotografía de su interior y luego se la tendí a Boyd.

Éste examinó detenidamente la fotografía. Luego miró al caído con ceño severo.

—Cometió muchos crímenes y los pagará. Sólo le condenaré por uno de ellos, pero será suficiente —dijo.

Edith respingó.

—¿Qué está diciendo usted? —preguntó.

—Nada, nada, no se preocupe. Se trata solamente de una broma entre amigos, Edith —dije, para tranquilizarla.

Ella volvió a guiñarme un ojo.

—Bueno, ¿qué hay de la cena? Con cinco mil dólares, creo que...

—¡Nada de cenas! —intervino Sheila, de repente, muy picada—. ¿Cómo pretende usted que este sátiro la invite a cenar, teniendo en casa seis chiquillos que le están pidiendo pan y zapatos a cada instante?

—¡Qué! ¿Usted... seis hijos, Paul? —exclamó Edith.

—¡Edith! Eso no es verdad... —grité.

—¡Y encima lo niega! —gritó la rubia furiosamente—. Jamás volveré a fiarme de los hombres. Lástima que ya no me pueda volver atrás; de lo contrario, haría anular el concurso. ¡Canalla! ¡Sátiro! ¡Sinvergüenza!

—Pero, Edith, deje que le explique. Yo soy soltero...

—¡Soltero! —Edith se horrorizó más todavía—. ¡Soltero... y con seis hijos!

Giró sobre sus talones y echó a correr precipitadamente. Entonces me enfrenté con Sheila. Ella estaba frente a mí, con los pies ligeramente separados y las manos a la espalda, sonriendo descaradamente.

—Hola, papaíto.

—¡Vete al diablo!

—Seis hijos. Es una cifra redonda.

—Pero muy gastosa —gruñó Boyd, ayudando a Haffner a ponerse en pie.

—Bueno, Tom, deja que Paul y yo nos ocupemos de ese asunto.

Boyd empujó al asesino hacia la puerta, agarrándole con una mano. En la otra llevaba la fotografía que serviría para enviarle a la silla eléctrica.

—Está bien. Si tanto os gustan los niños, allá vosotros —y salió, en unión de Haffner, dejándonos solos a los dos.

—Conque seis hijos, ¿eh? —dije.

—Ni uno menos, señor futuro marido mío —replicó ella con toda frescura.

—Bueno, con los cinco mil dólares del premio fotográfico tendremos para los gastos de la boda.

—Y de la casa, porque la compraremos grande desde el principio, para que más adelante no haya angosturas e inconvenientes.

—De modo que persistes en casarte conmigo.

—¿Por qué crees que espanté a esa chica, Paul?

Lancé un suspiro.

—Dejarás la C. I. A., supongo.

—Soy agente eventual. Mañana redactaré mi dimisión.

—Muy bien —dije, acercándome a ella—. Yo te ayudaré a hacerlo.

Cerré los ojos, estremeciéndome un momento, mientras me inclinaba para besarla. Ella rodeó mi cuello con sus brazos, ronroneando como una gata satisfecha.

—¡Seis hijos! —exclamé, aterrado.

FIN

Colección 
SERVICIO SECRETO



TIROS POR LA ESPALDA

Clark Carrados

Uno... dos... tres puñetazos...
Había perdido ya la cuenta,
y hasta entonces... ¡no
había hecho más que re-
cibir!

Aunque era periodista,
manejaba los puños tan
bien como la máquina de
escribir, pero una razón
poderosa le obligaba a
esperar el momento en
que podría devolver fodo
con creces a aquellos de-
salmados.



APARECERA LA PROXIMA SEMANA

Colección SEL. SERVICIO SECRETO



LA CICATRIZ DELATORA

Peter Debry

—¿Es usted Walter Logan?

—Yo soy.

—Iré rápido a mi asunto. Busco un detective privado, dinámico y listo.

Y mientras el hombrecillo de guantes blancos y bastón de ébano hablaba, Walter Logan no imaginó que se enfrentaba con uno de los casos más endiablados de su accidentada carrera de detective privado.

APARECERÁ LA PROXIMA SEMANA

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
862 — Jesús Navarro
LO MEJOR DEL MUNDO

COLEC "MADREPERLA"
753 — María Teresa Sesé
QUEDA EL AMOR

COLECCION "ROSAURA"
702 — María Pilar Carrá
SE NECESITA UN HOMBRE

COLECCION "AMAPOLA"
589 — María Morgan
LA CASA DE LAS SOMBRAS

COLECCION "ALONDRA"
523 — Marisa Villardefrancos
LA MUJER ACOSADA

COLECCION "CAMELIA"
464 — Corín Tellado
QUIERO CASARME

COLECCION "CORAL"
160 — Corín Tellado
UN SOLO HOMBRE

COLECCION "CORAL"
161 — Corín Tellado
ELVIRA NO REFLEXIONA

COLECCION "CORAL"
253 — Corín Tellado
EY MI MARIDO

COLECCION "BISONTE"
803 — Fídel Prado
LOS CUERVOS
DE PINEY BUTTES

Col. "SERVICIO SECRETO"
667 — Clark Carrados
TIROS POR LA ESPALDA

COLECCION "BUFALO"
500 — A. Rolcest
MISION PAGADA

COLECCION "CALIFORNIA"
347 — Alf. Regalicio
¡HAY QUE MATAR
A SAXON!

COLECCION "COLORADO"
292 — M. Lafuente Estefanía
SENTENCIA: LA HORCA

Col. "HEROES DEL OESTE"
240 — M. Lafuente Estefanía
RUBRICADO CON PLOMO

COL. "ASES DEL OESTE"
210 — Keith Luger
MIL CARAS

COLEC. "BRAVO OESTE"
122 — John Lack
DISPAROS EN LA NOCHE

COLECCION "KANSAS"
258 — M. Lafuente Estefanía
LA TIERRA
DE LOS HUIDOS

COLEC. "PUNTO ROJO"
56 — Keith Luger
EL MUERTO SE ESTA
QUEJANDO

COL. "SELECCIONES S. S."
34 — Peter Debry
LA CICATRIZ DELATORA

COLECCION "TEXAS"
268 — M. Lafuente Estefanía
CANDIDATOS A LA
CUERDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. A.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Car-
ra 6.º núm. 12-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apa-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos,
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 251
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49 - CI-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre,
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay,
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Es-
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASU-
CION.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SA-
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.º Calle Orie-
te 242 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.º
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferre-
quina a la Cruz, 178 - CARACAS.



**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

